

PERIFERIA O MUERTE

Luis Lucena Canales

Periferia o muerte



LUIS LUCENA CANALES



Nace en 1954, Jaén. Se traslada a Madrid a los nueve años. Actualmente vive en Granada.

Empieza a escribir a los trece años. Desde los quince pone música a sus poemas.

Ha trabajado como animador sociocultural y educador de calle para el Ayuntamiento de Madrid en los barrios de Vallecas, Moratalaz y Vicálvaro.

Desde 1980 imparte cursos de escritura creativa y desde 1996 de iniciación a la música y de mandalas.

En 1981 empieza a estudiar las culturas, las artes y las ciencias antiguas, indígenas y tradicionales de diversas partes del mundo. Como resultado de este estudio elabora el Arkegrama, sistema de correspondencias que unifica mitos, símbolos, letras, sonidos, elementos del paisaje, formas, colores... que utiliza en sus cursos y talleres e incorpora a su práctica artística y educativa en busca de una nueva relación entre el hombre y el medio natural a través del arte.

Ha publicado el libro de poemas *El espíritu de la serpiente* (Cara de Plata, Madrid, 1993).

Ha escrito novela, poesía y ensayo. La mayor parte de su obra permanece inédita.

En la actualidad trabaja en el proyecto *Regreso a origen*, la vida entendida como un viaje de regreso al hogar, un viaje de vuelta a lo elemental, a lo más básico en los ámbitos de lo material, de lo psíquico, de lo mental, de lo espiritual. Un viaje individual pero también colectivo.

Periferia o muerte (novela escrita en la década de los noventa) narra la etapa final de un viaje al infierno de un exmilitante antifranquista, ex toxicómano, expoeta adicto a la ficción.

Periferia o muerte no se queda en la mera descripción de ciertos submundos ligados a la droga, sino que relata la travesía por los extrarradios de la civilización actual e indaga en el suburbio que todo ser humano, aún sin saberlo, alberga en su interior.

Luis Lucena Canales

PERIFERIA O MUERTE

Título: Periferia o muerte

Autor: Luis Lucena Canales

Maquetación y cubierta de Luis Lucena Canales

luislucenac@gmail.com

<http://luislucenacanales.wordpress.com>



Queda rigurosamente **permitido** sin la autorización escrita del autor la **reproducción parcial o total de esta obra** por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares para préstamo público siempre que quienes lo realicen no obtengan con ello beneficios económicos.

Esta licencia sólo afecta a esta edición digital.

PERIFERIA O MUERTE

Esta novela se distribuye libremente bajo el criterio de neomecenazgo propuesto por anotherky.org aunque se publica y distribuye al margen de esta organización.

Esta novela es fruto del trabajo, si piensas que su autor se merece una remuneración puedes hacerlo mediante una donación. Escribe a luislucena@gmail.com y te diré cómo. Se te enviará una copia digital numerada y dedicada personalmente.

Si crees que esta obra merece la pena reenvíala a tus amigos.

La propuesta de anothersky.org:

queremos que nos lean, aunque sea gratis

El neo-mecenazgo es una (r)evolución del mecenazgo permitida por la conectividad que la tecnología actual provee entre el artista y su audiencia. Fundamentalmente, el neo-mecenazgo se basa en el honor y la confianza, y es un sistema de apoyo financiero para el artista que viene de la audiencia colectiva de ese artista en vez de hacerlo de un individuo u organización. La suma de las contribuciones de todos los mecenas es la que se convierte en los medios y el incentivo para que el artista continúe su trabajo.

Esta multiplicidad de mecenas es la responsable de las dos principales diferencias entre el mecenazgo y el neo-mecenazgo:

1. El sentimiento de propiedad que el mecenas tenía sobre el artista queda completamente desmantelado. El artista es libre para continuar creando como quiera, y no está sujeto a la visión de quienes los apoyan.

2. Al distribuir los costos del mecenazgo entre varios mecenas, cualquiera puede convertirse en uno contribuyendo a un artista en base a su interés y sus capacidades financieras.

En la práctica, el dinero que el artista recibe mediante el neo-mecenazgo cumple dos propósitos:

1. Es el pago y agradecimiento por un trabajo completado.
2. Es el financiamiento que le permite al artista continuar con su producción.

PERIFERIA O MUERTE

Es esencial entender que no hay un límite que separe estos dos propósitos: si, por ejemplo, el artista decide retirarse para seguir otras actividades, todas las contribuciones futuras caerían sin lugar a dudas en la primera categoría. Dicho eso, si un artista está constantemente recibiendo contribuciones, tiene un fuerte incentivo (monetario y artístico) para seguir creando.

Esta dualidad de cometidos para cada contribución es una mejora significativa frente al tradicional modelo de mecenazgo en el que el mecenas se convertía esencialmente en el amo y señor del artista. Bajo el neo-mecenazgo la dinámica de poder entre el artista y el mecenas se rompe pues todo es voluntario en ambos lados de la ecuación. Los mecenas sólo apoyan a los artistas que les placen y los artistas simplemente continúan creando mientras esperan el apoyo futuro tanto de sus mecenas viejos como nuevos.

Todo el mundo gana.

<http://www.anothersky.org/main/our-beliefs/neo-patronage/neo-mecenazgo/>

Índice

Prólogo.....	9
El diario.....	13
Epílogo.....	278

PERIFERIA O MUERTE

Prólogo

LUIS LUCENA CANALES

Periferia o muerte narra la etapa final de un viaje al infierno de un exmilitante antifranquista, extoxicómano, expoeta adicto a la ficción... al que conocí personalmente cuando trabajaba como educador de calle para el Ayuntamiento de Madrid en la década de los 90.

Me he basado en su diario, que él me entregó personalmente, si bien, en el intento de hacerlo legible, me he visto obligado a hacer algunas correcciones. He cambiado, además, nombres de personas y lugares para que nadie pueda reconocerse ni reconocer a otros. He seguido, no obstante, al pie de la letra los acontecimientos narrados pero, sobre todo, la actitud que subyace en ellos: su protagonista no era un ser humano común ni un vulgar toxicómano de la calle.

Dejemos que sea su propio protagonista quien nos introduzca a su diario:

“No podría decirse que un viaje al submundo de la mala vida sea precisamente agradable. No pidáis pues que su descripción lo sea. Determinados individuos somos propensos a caminar por el filo del abismo. O, si lo prefieren ustedes, nos

PERIFERIA O MUERTE

gusta traspasar el umbral que para otros es tan solo un juego literario (qué pasaría si...) y vivir a muerte los ejercicios de estilo de los profesionales (atreverse a decir lo que no se debe, lo que no se siente...) y a vivir lo que se piensa y a violar la cuarta pared, los tabúes que marcan lo que está mal y está bien, tanto en lo moral como en lo técnico), a considerar todo parecido con la realidad como mera conveniencia (*¿imago mundi* deformada en los espejos del Callejón del Gato?) y dejarse llevar al otro lado... o sea, ficcionar arrasándonos la piel con las esquinas y reconstruir la Torre de Babel en contra de ismos, santones y academias a partir de lo que hay, aunque sea, como en las calles de mi barrio, basura... pura y dura inmundicia y corrupción como la que comenzó a expandirse por nuestra sociedad precisamente en aquellos años en que escribí este diario y que, por desgracia, aún siguen siendo carroña de reporteros.

Quizá, en esta línea de errores sobre errores se descubra algo nuevo...

...y haya paz, que este libro no pretende ofender a nadie. Acepto las héticas condiciones éticas convencionales, las condiciones de uso y abuso, aunque sea legales... al fin y al cabo, escribo según las normas establecidas.”

LUIS LUCENA CANALES

Periferia o muerte no se queda en la mera descripción de ciertos submundos ligados a la droga, sino que relata la travesía por los extrarradios de la civilización actual e indaga en el suburbio que todo ser humano, aún sin saberlo, alberga en su interior; lo que, quizá, pueda ser ofensivo para ciertas sensibilidades “modelnas”, que prefieren mirar para otro lado.

El diario

LUIS LUCENA CANALES

*Solamente amo yo lo que se ha
escrito con la propia sangre, de todo cuanto se
ha escrito.*

Friedrich Nietzsche

Je est un autre.

Arthur Rimbaud

Camino, en la oscuridad de la noche, por un valle sin senderos. No veo sino imprecisos bultos de contornos borrosos, que imagino troncos o rocas, aunque bien pudieran ser cuerpos muertos. Tropezco con densos ramajes espinosos que arrasan la piel de mi cuerpo desnudo y se enredan en mi pelo como enfurecida garra, garrones afilados que a punto están de vaciarme la cuenca de los ojos y dejarme para siempre ciego. A tientas voy por un bosque de polímeros, me rodean cadenas de carbono e hidrógeno con una pizca de nitrógeno serpenteando entre bolsas de plástico, venenos de la abundancia, polietilenos, carrocerías asesinas, muñecas rotas, envases para pizzas, envases para huevos, latas de sardinas,

PERIFERIA O MUERTE

policloruros de vinilo, televisores, cacerolas, cañerías de PVC, envases para leche, envases para galletas, envases para agua, envases de comida para perros, envases de comida para gatos, envases de comida para pájaros, carcacas para móviles, latas de verduras... pero... ni una luz que resalte el lado oscuro de los chismes, ni un contraste en la espesura turbulenta de mi carne.

-¡Ajajuí! -grita él, como un relámpago negro.

No sé si he cerrado los párpados o ya lo estaban, pero nada he visto dentro de mí sino negrura, quizá una sombra moverse entre las sombras, cierto olor azufrado, una mirada sin pupilas y un oscuro grito:

-¡Ajajuí!

Al suelo caigo.

.....

No sé si duermo o he dormido: una tenue luz azulada me ha hecho creer que estoy soñando. Me levanto. A mi alrededor veo masas abstractas sobre un fondo de luz tersa y plateada, esparcida melosamente en lo que parece el cielo. Sobre la tierra se confunden fuscas materias y sus sombras, tereftalatos, frigoríficos, latas de comida precocinada, jirones de nylon, un caos de obsoletos ordenadores, suelas de zapatos

LUIS LUCENA CANALES

y zapatos de cueroacrílico, embalajes plásticos, muebles desvencijados, extravagantes paraguas rotos sobre electrodomésticos abandonados, sartenes con mangos de baquelita, polipropilenos, hules sintéticos, cables raídos, radio casetes, envases para embutidos, envases para quesos, envases para frutas, llantas de automóviles, mangueras, envases de aluminio... Doy un paso, tropiezo, y luego otro. Todo lo toco, lo acaricio, lo abandono con manos temerosas, ávidas... Avanzo esquivando a tientas lo que no sé si es objeto o reflejo, sombra o fantasía, recuerdo o deseos de otro tiempo...

-¡Ajajuí! -grita él, ese lucífugo, ese lambrijo.

Me pierdo por el valle, acariciando sombras, tras una luz, difusa y lejana, quizá de la luna.

.....

He caminado durante días, años, siglos y, en un instante, el dolor de las horas llega a su límite. La boscosa calígene se desvanece en un destello rosado. Delante, una inmensa llanura sin horizontes, desierta, sin vida. Detrás, un inmenso hoyo lleno de cadáveres.

-¡Ajajuí! -grita, su escueta figura sobre la azulenca bóveda, ángaros sus pupilas.

PERIFERIA O MUERTE

-¡Tengo hambre , me muero de sed! ¿Qué quieres de mí, maldito? -le grito.

-¡Ajajuí! -grita él.

El momento se despliega delante de mí creando un doble horizonte tras el laberinto de desechos, una montaña de azabache rematada por un templo de mármol negro sobre el que se está poniendo el sol en este instante. Terriblemente cansado, pero jubiloso como un romero que ha llegado a su destino, a sus pies me postro, agradecido. Inesperadamente, una bandada de grajos levanta el vuelo y oscurece mi conciencia al tiempo que, llenándome de un inusitado gozo, me rompe por dentro. Estoy al final del camino que comienza en este templo. Al final del laberinto hay un hombre que está leyendo un libro y él, ese duende burlón, ese escuerzo, esa sombra de nuevo.

-¡Ajajuí! -grita.

-¿Qué quieres de mí?

-Te vendo una entrada al Templo de la Gloria.

-¿Qué pides a cambio?

-¡Tu alma!

-¿Mi alma? ¿Tan poco pides? ¡Tuya es!

-¡Ajajuí!

.....

LUIS LUCENA CANALES

Me acerco por detrás a ese hombre que sentado lee un libro. Hay un agujero negro en su coronilla, una puerta por la que entro. Ya estoy dentro de la cabeza de ese hombre, recorro sus pasillos, sus estancias atiborradas de trastos inútiles, recuerdos y palabras de otro tiempo. Un día quiso escribir un libro, su libro. Ahora es sólo un lector, sin duda el mejor lector para cualquier libro.

Abro los ojos. Me está mirando un hombre que no reconozco.

-¿Te pasa algo, Arturo? -pregunta, y deja la boca abierta como queriendo decir algo que no acierta a encontrar en los tortuosos recovecos de su cerebro, supongo, pues he visto, en un destello, una luz veloz, como un motorista loco, recorrer abandonadas autopistas y oscuras calles de una ciudad perdida y desolados pasillos y desiertos salones y tenebrosos túneles de una mansión deshabitada, en busca de otra luz con la que poder fundirse para ofrecer unas palabras, quizá otra pregunta-. ¿Te pasa algo? -repite esa boca pequeña y contraída.

PERIFERIA O MUERTE

-Siempre pasa algo, Vicente -acabo de recordar que así se llama-. Nada importante. Estaba tratando de recordar un sueño.

-Ya. Bueno, perdona que te moleste, enseguida te dejo con tus sueños -dice, llevándose la mano a la cabeza, frunciendo el entrecejo, aguzando la mirada, insinuando una breve sonrisa -. Son las dos de la tarde, ¿sabes? Venía a pedirte un libro. Lo he buscado por toda la casa y no lo encuentro. Quizá tú sepas...

-Se trataba de un sueño especialmente intenso, podía sentir incluso dolor y hambre...

-No me extraña, Arturo. Tú siempre estás hambriento.

-... y sed.

-Tú siempre estás sediento.

-No me estoy refiriendo a esa clase de sensaciones físicas.

-¡Ah! ¿No? ¡Ya! ¿Te refieres a hambre y sed de justicia o a algo por el estilo? -y se echa a reír, grotescamente, con una mueca torcida que oprime sus ojillos hasta cerrarlos e imprime a su rostro un gesto descreído-. Estupendo, estupendo. Tú siempre me haces reír con tus salidas -y vuelve a su risa cargante y desproporcionada-. Ahora va a resultar que tienes sueños idealistas.

-Yo no he dicho eso. Eres tú quien lo está diciendo.

LUIS LUCENA CANALES

-No me hagas reír, Arturo. En fin, todo es posible en este infecto mundo. Por cierto, ¿dónde has metido el *Fausto* de Goethe?, llevo más de una hora buscándolo.

-¡Eso es: *Fausto*, Goethe... ese duende burlón, ese diablo!

-levanto la almohada y descubro el libro que estuve leyendo hasta altas horas de la madrugada-. Pero, ¿y los pájaros?

-¿Qué pájaros?

-Los pájaros que salían al amanecer del templo.

-Pero, ¿de qué estás hablando, Arturo?

-De mi sueño. La selva oscura y la montaña... del infierno al paraíso...

-Eso me recuerda que tampoco encuentro *La Divina Comedia*, también una edición muy valiosa, por cierto.

Vicente no quiere saber nada de mi sueño. Agarra el libro y se lo lleva. Y sale de la habitación mascullando no sé qué jerigonza indescifrable de monosílabos y exclamaciones dichas con gusto cercano al éxtasis.

-¡Huuuuuuuuuummmmmmmmm! iaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

¡yaaaaaaaaaaa! isii!

isii!

Yo me quedo aún un ratito más en la cama, desperezándome al tiempo que repaso las escenas menos

PERIFERIA O MUERTE

claras de mi sueño tratando de recomponerlas y descifrar su mensaje oculto en el lenguaje preciso y absurdo de los sueños.

Una de las cosas que más me llamaba la atención de mi sueño era el nombre que aquella sombra le daba al templo. "Gloria" es la visión de Dios y el lugar en que este habita, pero, si se vende el alma, no hay manera de alcanzarla. Había, pues, un evidente contrasentido: no se puede vender el alma a cambio de una entrada al templo de la Gloria. Aquel lambrijo me engañaba. A no ser que esa palabra fuera usada en su acepción de "fama". Así sí tenía sentido, pues la fama no es otra cosa que la degradación de la gloria o una especie de gloria mundana.

Con el tiempo supe que para los poetas latinos la Fama era "la voz pública", una divinidad engendrada por la Tierra, que vive en el centro del mundo, en su templo de múltiples aberturas que devuelven amplificadas las voces de los hombres, en compañía de los Falsos Rumores, la Credulidad, el Error y otras divinidades semejantes. Pero sólo, cuando recordé que "gloria" también significa "gusto o placer vehemente", comprendí más plenamente mi sueño, pues el

buscador de fama es un buscador del placer de estar en la boca de muchos, regodeándose en lo que los demás dicen de uno. Sin embargo, qué hacía yo allí y por qué vendí mi alma por algo en lo que no creía, sólo lo comprendí hasta que, el curso de los acontecimientos en el año que había de venir, acabó por desvelármelo: lo que dejé escrito en mi diario y es, en definitiva, la materia de este libro. Pero, en aquel momento yo estaba bastante confundido, incluso, perplejo con mi sueño, porque su luz era una luz negra, como de abismo, donde quedaban jirones sueltos de rostros y sucesos sin relacionar. Yo sentía que aquel hueco de mi memoria no estaba vacío, aquel inmenso hoyo estaba lleno de cadáveres que por alguna razón no deseaba resucitar.

Así que me levanté, de un salto (no diría que felino) por no darle más vueltas al asunto y me planté en el salón ante Vicente, que estaba sentado en el sofá con el *Fausto* entre las manos, mirándolo con delectación, muy atentamente, y que, al sentir mi presencia, sin levantar la vista del libro, como respondiendo instintivamente a una pregunta no formulada, dijo:

-Sólo quería comprobar la fecha de publicación. Acabo de leer en una revista especializada que la primera traducción de *Fausto* ofrecida a la consideración del público de habla

PERIFERIA O MUERTE

española fue la de García de Santiesteban, en Madrid, 1841. Al parecer se trata de una edición muy valiosa. Sólo quería comprobar si se trataba de esta. Pero no lo es. Es una pena. En fin, qué le vamos a hacer... Sin embargo, esta también debe ser, sin duda, una joya bibliográfica. Me la regaló mi madre, ¿sabes? Perteneció a mi abuela, un tesoro -y ríe, con inesperado estrépito dejando ver varias de sus muelas empastadas: negra simulación, de un vacío inerte-. Me refería al libro, por supuesto. Mi abuela era sencillamente insoportable, como un lacerante dolor de muelas, como una pulga esquiva en el dobladillo de los pantalones, como una canción de la Pantoja, qué sé yo, como... -y busca otra comparación que exprese con mayor exactitud aún lo que quiere decir, sin encontrarla, hasta que, al fin, se deja vencer y dice como para sí mismo-. La verdad es que dudo que leyera algo, un título siquiera, de la extensa biblioteca que le habían legado sus antepasados en herencia. Los vendió todos, al principio uno a uno, escogiendo los más valiosos; luego, por rimeros, montones de libros antiguos, verdaderos tesoros vendidos por cuatro perras, para costear su afición a la bebida... Ay, fue, sin embargo, una auténtica aristócrata, una mujer con clase, de verdad, no como otros que sólo lo aparentan.

-Lo dices por mí, ¿no es así, Vicente?

-Por ti... y por muchos otros, que lo sepas -y se ríe entre dientes, algo nervioso-, por ti y por esa vana presunción tuya, precisamente -y vuelve a reír, esta vez, con total franqueza.

-Ay, ay, Vicente, sigues sin creer en mí.

-¿Y por qué habría de hacerlo? A ver, ¿qué tienes tú, que no tenga ese? -dice, señalando su imagen en el espejo-. Por mucho que me cuentes, que yo sepa, tú no tienes antecedentes...

Le miro, y no sé si creerme lo que he oído. Aunque, bien mirado, igual que en la literatura, lo que menos importa es la verdad o mentira de lo narrado, sino el cómo, y en este sentido, estoy tan sorprendido por el magnífico estilo de Vicente que me he quedado plantado y ya ni siento deseos de ir al retrete. Alerta, respirando lenta y brevemente, para no perder detalle, le observo. Nos miramos, pero, es evidente que él no me ve, él sólo ve sus pensamientos. Espero a que, en cualquier momento, vuelva a las andadas, y, efectivamente, al cabo de un rato, cambia de tono y sigue:

-Con los años me enteré de que todos los volúmenes de la valiosa biblioteca habían acabado en una librería de viejo vendidos por cuatro perras, que mi abuela se bebió tan ufanamente en sus últimos meses de vida. Todos menos este,

PERIFERIA O MUERTE

este se salvó, el *Fausto* de Goethe -y lo levanta y lo mira con satisfacción, moviéndolo de un lado a otro-... y también la *Divina Comedia*, que por cierto no encuentro, ¿por casualidad no la habrás visto?... y el *Libro de Buen Amor* que descansa en aquella estantería y un *Buscón* viejo y remendado como sus falsos hidalgos y... a veces pienso que todo esto ha ocurrido por una cruel burla del destino, cuyo oculto sentido no logro entender; y percibo en ello como una especie de historia que habrá de desplegarse, de manera paralela aunque invertida en un espejo, con la historia de otro libro, de otros libros. Ya sé que parece una insensatez, una locura, sin embargo, lo pienso, es más lo siento a veces con tal fuerza que no puedo sustraerme a su encanto, y me gustaría ser yo el protagonista de esa historia que alguien escribirá algún día. Sí, aunque el espejo sea un espejo cóncavo y perverso y devuelva las imágenes empequeñecidas, torcidas, torpes o grotescas, qué más da: todo sea por la inmortalidad -y hace una breve pausa, solemne-. En fin... -sigue, impertérrito, Vicente, al tiempo que yo salgo flechado al retrete sin poderme aguantar más las ganas de cambiar el agua al canario-, que esta no es la edición valiosísima que menciona la revista y es una pena, ¿no crees? -pregunta, elevando exageradamente la voz para que pueda oírle, mientras desahogo la vejiga dolorida, que se desinfla

LUIS LUCENA CANALES

como un globo, ya escurriéndose su flavo líquido por el blanco cielo de loza del retrete-, no por su valor pecuniario –sigue y eleva aún más la voz para que pueda oírle entre el estruendo de la cálida chijetada al caer en el níveo abismo-, por nada del mundo me desharía de él, sino porque daría un nuevo valor, un valor más... más... cómo decirlo, más... ¿qué dices, Arturo? -¡Aaaahhh... qué gusto!

-Eso, de más gusto, un gusto más exquisito y refinado, a la historia de mis antepasados...

Y sigue, imperturbable, girando en círculos, de un lado a otro, avanzando cuando retrocede y retrocediendo cuando avanza, contento de poder expresar con su interminable perorata las minucias, excelencias y exquisiteces de su aristocrática e interesantísima familia; pero yo ya le oigo como desde ultratumba y, al final, ya ni le escucho. Su voz se confunde y amortigua con el claro sonido de mi agüita amarilla. Atento a sus cascabeles dulces resbalando por la blancura reluciente de la taza del retrete estoy más allá de donde confluyen todos los caminos, en ese otro reino donde el mendigo es el rey, y creo que aquí ningún Vicente podrá venir jamás a turbar mi paz con sus gilipolleces, pero... estoy equivocado.

PERIFERIA O MUERTE

-Oye, por cierto -insiste el pavo, metiéndose dentro del retrete (propriadamente, el cuarto donde está situado la taza o letrina)-, no vuelvas a dejarlo debajo de la almohada, podría estropearse -y se me echa literalmente encima-; y pasa las hojas con sumo cuidado, como quien acaricia a una niña, seguro que no te será difícil imaginarlo; mímallo como a un hijo o, mejor aún, como a un sabio anciano que necesitara de tus cuidados...

-Por favor, Vicente, no seas plasta y déjame mear tranquilo.

-Bien, está bien... -por fin se va, su voz se aleja por el pasillo-, pero no sé si lo has... -dice algo que no entiendo ya que coincide con el último chispa; luego, hace una breve pausa y, elevando la voz de nuevo, sigue-... creo que lo mejor es que lo guarde y te consigas una edición más barata; eso haremos, no debemos correr riesgos innecesarios...

Y sigue así, hilvanando sus naderías con embolismáticas filigranas, como algún escritor de los de ahora mismo, pero yo ya no le escucho. Completamente ajeno a su huero discurso siento la gloriosa placidez de mi vejiga al acabar de deshincharse y, ya definitivamente relajada, gustosa y sosegada, acomodarse de nuevo, vacía (ella sí) a su natural ser, en los pliegues laberínticos (estos sí) de mis intestinos, de manera que mi antes tensa espalda vuelve a la plácida quietud de la serpiente recién comida, dirigiendo su almuerzo al

apacible sol de la mañana... Me olvido de Vicente, aunque él siga en el salón con su inacabable perorata (o es que ha encendido el televisor, lo que vendría a ser lo mismo), repitiéndose una y otra vez para volver, rendido, a ese denso vacío, a ese pesado silencio, no gustoso ni sosegado, sino hastiado, a ese perpetuo trajinar rutinario del que no tiene nada que decir que no sea lo que ya, una y otra vez, ha dicho. Vuelvo, si no al verdadero silencio de "la noche sosegada/.../la música callada,/la soledad sonora" de Juan de la Cruz, sí a mi sueño de esta noche (que es lo más parecido a *eso*)... el sueño que regresa insinuándose en la grata calma, resplandeciente y atrevido, entrando como una cuña en la futilidad cotidiana, invadiendo con un golpe de mano inesperado mi consciente, el reflejo de mi mirada en el espejo, los blancos azulejos, las coloridas cortinas, la bañera, la taza del retrete, la puerta, el pasillo, el salón donde Vicente prosigue con su monólogo huero y aburrido (¿o es el televisor encendido?), la cocina, mi habitación, la mesa con la máquina de escribir y mis escritos, estos apuntes... volándose por la ventana como una bandada de negros pájaros en el mediodía.

PERIFERIA O MUERTE

Hablo aquí con verdadera emoción, admiración incluso, de mi amigo Vicente: aunque es incapaz de escribir una sola línea cuando habla dice todo lo que yo quisiera expresar en mis escritos y, además, paga el alquiler del piso y todos los demás gastos, incluyendo la comida que, a veces, raras veces en verdad, llena el frigorífico. También costea la desorbitada voracidad de mis pequeños vicios, y es de agradecer.

Vicente y yo hicimos un trato de amigos: le prometí los derechos de autor de mi futura novela.

Un día, se acercó a mi mesa y, después de divagar un rato, dijo:

-Lo he estado pensando, serena y concienzudamente, Arturo. Tengo una idea: haremos un contrato. No es que yo desconfíe de ti, Arturo, no me malinterpretes, pero ya sabes como son estas cosas. Tú no le das importancia al dinero, porque no lo tienes. Pero, todo lo puede el dinero, el dinero hace lo malo bueno y, además, hace al hombre entero.

-Sí, pero ganar amigos es ganar dinero a logro y sembrar en regadío.

-Yo, la verdad, bolsa sin dinero, dígola cuero.

-Está bien, Vicente, dejemos en paz el refranero: haremos un contrato. No te preocupes, te devolveré hasta la última peseta que hayas invertido en mí.

Pero, los días pasan y yo no empiezo mi novela atareado como estoy en descifrar los signos de mi verdadera historia, en este diario. Cuando se mosquea demasiado, le tranquilizo:

-Mira, Vicente, lo que estás haciendo es una inversión segura -le digo-. Te pagaré hasta la última peseta, más los intereses, más los derechos de autor que te he prometido. Hemos firmado un contrato, ¿no es así?

-Pero los días pasan y...

-Compréndelo, amigo, mi estado de ánimo es ahora como el de una embarazada: frágil y antojadizo. Piensa en nuestra obra. Te lo pido por favor, Vicente. Confío en tu lucidez y sensibilidad. Estoy en un momento muy delicado, créeme.

-El tiempo pasa y ni siquiera has comenzado a escribir tu libro.

-Nuestro libro, amigo, nuestro libro. Paciencia. Estoy elaborando la materia prima, diseñando la cadencia narrativa, la altura, la medida y el tono discursivos, imaginando el tema, los personajes, el argumento, la ambientación, los contextos y pretextos, preparando la estructura de las exposiciones, divagaciones, invenciones, refundiciones, amplificaciones,

PERIFERIA O MUERTE

lucubraciones, confirmaciones, traslaciones, metagoges, abusiones, trasnominaciones, comparaciones, enumeraciones, concatenaciones, transposiciones, personificaciones, asociaciones, precisando el proceso de las exclamaciones, imprecaciones, conminaciones, gradaciones, disyunciones, alusiones, pretericiones, circunlocuciones, duplicaciones, aliteraciones, conmutaciones, cromatismos dominantes y subdominantes, pausas y silencios... tomando apuntes del natural, elaborando anécdotas, simbolismos, terminologías, registrando jergas... y todo para dar en la tecla de lo que gusta, no al público sino a los intermediarios, a los editores y agentes literarios, que son los que pueden colocar y editar la novela... es para volverse turuleta, tronco. Por eso es preciso cambiar de actividad de vez en cuando, ¿no te parece?, para tomar aire y distanciarse, para no repetirse... ya que es preciso estar permanentemente en forma, atento para eliminar los obstáculos que se oponen al libre fluir de la creatividad. Además, dicen los que saben, los que han aprendido en la universidad o talleres literarios que al autor no se le puede ver, que tiene que esconderse como un cobarde entre las bambalinas, que hay que ocultar la tramoya y yo estoy empeñando en hacer visible la tramoya, al autor, frágil y vulnerable, entre sus personajes... con el fin de que el lector

pueda elegir su propio punto de vista. Cierto que para un verdadero escritor divertirse es trabajar, pues trabaja las veinticuatro horas del día, incluso cuando duerme... Además, puedes contar con los ingresos extras.

-¿Ingresos extras? ¿A qué te refieres?

-He escrito varios artículos de una serie que titularé *Diario de la Periferia* y que pienso colocar en distintos periódicos de tirada nacional. Mira aquí tengo el último, ¿quieres leerlo?

Se sienta en el sofá con los folios en la mano, en la otra un cigarrillo. Lee, atentamente, sin levantar los ojos. De vez en cuando da un golpecito con el pie en el suelo, como haciendo una pausa, o se sonríe. Cuando termina, con un gesto ambiguo y mirada displicente y un tanto socarrona, dice:

-No está mal, pero... no creo que te lo compren.

-¿Por qué? Si puede saberse.

-No quiero ofenderte.

-Al contrario, amigo. Tu opinión me será de gran utilidad para corregir mis errores. Venga, dime, por qué crees que no me lo van a comprar.

-Porque es demasiado personal, se ve demasiado al hombre que lo ha escrito. Es demasiado directo, exagerado, agresivo... yo diría, incluso, que un tanto brutal y algo grosero. Por ejemplo, esto que dices aquí: "Vivimos en la era de los zombis,

PERIFERIA O MUERTE

los muertos-vivientes, que deambulan por los aparcamientos, las calles, las salas de fiesta, los bares, los hipermercados, las oficinas, los pasillos oficiales (...) de las desoladas urbes en busca de un pedazo de carne de verdad viva que llevarse a la boca, porque las multitudes de este fin de milenio se nutren de medias verdades agonizantes, cuando no de muertas mentiras, de ilusiones podridas, cuando no de auténticas falsedades putrefactas, creadas por los medios de comunicación de masas, y que flotan como una niebla fantasmagórica y letal sobre la viva realidad del mundo (...)" ¿No te parece demasiado retórico y pretencioso? ¿De verdad crees que esto te lo va a comprar cualquier periódico medianamente serio? ¿Quién te has creído que eres: un cazafantasmas? A estas alturas es ridículo ir de profeta, o de héroe, o de genio incomprendido. Ya no se lleva.

Lo malo es que Vicente tiene razón y eso que no ha leído mi otro artículo: La conjura de los necios. Así que no tengo más remedio que aceptar su crítica. Al fin y al cabo, un desencanto más quizá acabe por templar mi ánimo.

LUIS LUCENA CANALES

La conjura de los necios

"Cuando un verdadero genio aparece en el mundo, lo reconoceréis por este signo: todos los necios se conjuran contra él".

Jonathan Swift

El caso de John Kennedy Toole no es el primero, ni será el último en el que los editores demuestran ser lo que son: mercaderes de la cultura sin escrúpulos. No solamente rechazaron publicar su novela sino que después de su muerte incluyen cínicamente (como reclamo publicitario) la noticia de que se suicidó a causa de esta

PERIFERIA O MUERTE

negativa y convierten la novela en un éxito editorial.

Dice una de estas editoriales:

Tras terminar La Conjura De Los Necios, a sus 32 años, el autor intentó infructuosamente que la publicasen. Ello derivó en una profunda depresión que le condujo al suicidio. Gracias a la tenacidad e insistencia de su madre hoy podemos disfrutar de esta deliciosa obra galardonada con el Premio Pulitzer.

Esto sí que es rizar despiadadamente el rizo, lo que demuestra que los mercaderes no tienen corazón y que todo, absolutamente todo, hasta la necesidad que denuncia Toole, su propia necesidad, pueden convertirla en una mercancía. Sé

LUIS LUCENA CANALES

que con esta afirmación me cierro definitivamente las puertas al mundo editorial y al mundillo (nunca mejor aplicado el diminutivo) literario (al que por otra parte nunca quise pertenecer), pero lo hago conscientemente: se puede crear en la cárcel que te imponen otros, pero nunca en la que uno se impone a sí mismo.

El negocio de la literatura da como resultado negación de todo aquello que suponga no sólo novedad, es decir, riesgo para el empresario, sino también verdad. Dice Joan Fuster en *Miseria de la literatura* (1975):

"Al fin y al cabo, con la maquina de Gutenberg, el libro se convirtió en una industria digna de cultivo, y quienes se

PERIFERIA O MUERTE

dedicaban a ella procuraron satisfacer al mercado".

Estoy convencido de que algún día se podrá, a través de la novedosa Internet, leerme a mí y a tantos otros despreciados por los intermediarios (agentes o perros guardianes de la propiedad privada) y por los propietarios de los medios de edición.

En el mundillo de la literatura cualquier editor quiere ser un Lara y cualquier escritor un premiado o finalista del premio Planeta porque a partir de ese momento, aparte de la cuantía monetaria, independientemente de los valores literarios, ya ve usted qué cosas, se es alguien... pero como yo no quiero ser sino el nadie que soy, como Pessoa (*Sí, ya sé que nunca alguien seré*)

LUIS LUCENA CANALES

tendré la libertad de decir lo que digo y usted de leerlo, gracias a la publicabilidad no mediatizada de la Red.

¡Gracias sean dadas a la Diosa Web! Aunque también aquí se cocerán sus habas. Tendrá sus *rankings*, sus luchas por el poder, por la visibilidad, sus publicistas, sus mamoneos... sus inventos... inventores de lo ya inventado, páginas de exquisitos, incursiones de los grandes medios y con valores asegurados en la literatura convencional y otras coñas que demostrarán que no es oro todo lo que reluce y que, aunque tres o cuatro lectores lleguen a mi web (o a otras semejantes), que conservarán su independencia gracias a que sus autores hablan claro, la mayoría de los lectores de Internet quedarán prendidos, perdido el hilo de Ariadna, en las redes de la

PERIFERIA O MUERTE

Araña Digital, sugestionados por los cantos de sirena de los que pueden más y son, existen.

Los necios, pues, se conjurarán de nuevo contra los no necios, que no son necesariamente los listos. Los listos son los comerciantes que al final siempre salen ganando. Efectivamente, parece que los editores le vieron el plumero a Toole, sobre todo *Simon and Schuster*, cuando rehusaron su novela aduciendo que era un libro que no trataba de nada en concreto. Es decir, que no trataba de nada inteligible para ellos, o sea, nada que les pudiera aportar unas ganancias en el más breve lapso de tiempo. Y no se equivocaron... sólo que había que esperar a que se suicidara proporcionando así a los editores un valor de promoción incalculable.

LUIS LUCENA CANALES

Lo que no dice la descarada publicidad es que *La conjura de los necios* es, tanto por lo sucedido a su autor con relación a ella como por su contenido, un alegato contra la mediocridad y vulgaridad de los escritores publicistas y los editores, contra sus necias prácticas comerciales, su ceguera para ver más allá de los currículos y el negocio asegurado.

No obstante, *La conjura de los necios* puede llegar a ser la biblia de los resentidos y llevarnos a meter a todos editores en el mismo saco, pero no hay alternativa: o se sale uno del saco y le importa un bledo publicar o no publicar (y en Internet ser visible, existir, ser o no ser nadie) o se verá sometido, irremisiblemente, por la conjura de los necios.

PERIFERIA O MUERTE

Estrujo con un rápido apretón los folios y arrojó los artículos a la papelería. Se me va con ellos una penúltima esperanza. Por lo que se ve soy incapaz de escribir nada verdaderamente interesante y aceptable, y menos aún para un periódico serio, ningún producto para el mercado. Así que vuelvo a mi diario, me refugio en sus páginas convencido de que aquí, en mi confortable útero, en mi rincón seguro, al menos nadie va a decirme lo que tengo que escribir, ni cómo. Y para darme ánimos releo aquella carta de Henri Miller a Lawrence Durrell de agosto de 1936, que tanto bien me ha hecho:

"Escuche, Durrell, no se desespere todavía. (*Ne faut pas désespérer.*) Si tiene agallas suficientes, lo que hay que hacer es ir hasta el fondo, por amargo que sea; en sus escritos, quiero decir. Si puede aguantar, y yo creo que puede, escriba sólo lo que le gusta. No se puede hacer otra cosa, al menos que quiera hacerse famoso. Van a cagarse en usted de todas maneras, así que diga lo que tiene que decir".

Después, me duermo y tengo un sueño raro, una pesadilla agobiante, confusa y violenta, donde un jurado de

LUIS LUCENA CANALES

famosos personajes me juzga y condena a irme tras la sonrisa grotesca de un duende burlón que salta de un sitio para otro, con su extravagante risa, por los rincones oscuros del sueño, esos que son como sacos de hollín, en el profundo caos, allí donde hay un hoyo lleno de cadáveres que rebullen por renacer de sus cenizas.

Aquel libro fue escrito, lo tienes lector entre tus manos.

Este libro no es el resultado de ningún saber u oficio literario, este libro no es ningún ejercicio de ficción, este libro no sirve para distraerse o consumir un rato... este libro es la escoria recogida en el viaje al fondo de mi infierno y, por eso, este libro es un escupitajo al rostro de los santones convertidos en marcas comerciales, de los que vampirizan al creador negándoles el pan y el agua y que sólo ven un buen negocio en la literatura, al rostro de los que escriben para no aburrirse, o porque quieren triunfar o realizar sus sueños.

Este libro es la conclusión de mi relación con la literatura de la que, con ésta declaración, formalmente me despido.

Mi trabajo ha terminado.

Ya puedo decir con Henri Miller

PERIFERIA O MUERTE

No tengo dinero, ni bienes, ni esperanzas. Soy el hombre más feliz del mundo. Hace un año, hace seis meses, creía que era un artista. Ya no lo pienso, lo soy. Todo lo que era literatura se ha desprendido de mí. Ya no hay más libros que escribir, gracias a Dios.

Adiós, muy buenas.

Todos llevamos dentro un suburbio, donde arrojamos lo que más nos molesta, aquello que pensamos que es un oprobio, una acusación callada para la propia imagen, que hemos levantado en nuestra fantasía con lo mejor que tenemos, o creemos tener. Un basurero donde va a parar lo sucio, lo roto, lo aparentemente inservible que ocultamos lejos de la superficie de nuestros sueños. Estoy hablando del extrarradio interior, por donde camino maravillado de los desechos que amontonaron los años y que, tantas veces, di por innecesarios, agotada su inmediata utilidad.

Me he hundido un poco más en mi suburbio y he buscado analogías, correspondencias con los suburbios de

fuera de los muros, hasta plantearme, muy seria y formalmente, si es que en realidad hay alguna diferencia entre ambos, si es que no son una ilusión esos muros. Y he visto el mismo miedo que levanta ciudades, civilizaciones, imperios, la misma miseria acumulada por los siglos, tanto abajo como arriba, tanto dentro como fuera. La misma basura amontonada en los despachos del poder como en las humildes casas, la misma podredumbre por todos lados. Sin embargo, pudiera ser que entre la basura del hombre común se encuentre el oro del sabio.

Pero, ¿de dónde venía? De la Gran Decepción venía. Habíamos luchado por un nuevo mundo y ese mundo resultó ser una farsa más de los nuevos oportunistas. Si el futuro estaba corrompido en su propia raíz no había otro camino sino ir hacia el origen. Buscando esa luz me interné en el territorio de las sombras, en aquella tierra de nadie. Probé todas las formas de autodestrucción, de embriaguez (como aconseja Rimbaud), ninguna servía para apartar las sombras de mis ojos. Comprendí que la esperanza es una alcahueta del poder y que sus profetas son sus servidores.

Cuando me di cuenta de que en mi vida había acabado la fase del desengaño, del fracaso, de la derrota, me lancé a un viaje tanto exterior como interior, a una búsqueda sin

PERIFERIA O MUERTE

limitaciones de mí mismo en lo otro. Yo no sabía a donde me conduciría, ni siquiera lo que pretendía, lo que sí sabía es que no podía permanecer durante más tiempo en donde estaba, porque ese mundo había acabado y no me reconocía en el mundo que empezaba. Me refiero concretamente al final de la lucha antifranquista, el primer periodo de la llamada Transición, cuando irrumpieron en calles y escenarios aquellos niños viciosos y sin moral que nuestra movida austera y clandestina desconocía.

Todo comenzó como una evasión de la realidad convencional, a través de drogas modificadoras de conciencia, sin embargo, aquel viaje, no se realizó sólo en el tiempo interior sino, también, en el espacio. Viajé a las fuentes... primero a Ketama en busca de la esencia de la marihuana, luego a California y a Nueva York, tras la huella de los primeros beat y de los jipis, luego, a la India, al Tibet, a Turquía... Grecia y, de vuelta, la vieja y sabia Iberia, alfa y *finis terrae*, donde descubrí el verdadero origen. Deambulé por todos esos caminos sin darme cuenta de que no me había movido: lo que buscaba se encontraba ya en el punto de partida, allí donde los mitos no se oponen a la razón sino que son la razón misma.

LUIS LUCENA CANALES

Cuando volví a Madrid, toda la escoria del pasado se me vino encima. No podía creer lo que me estaba pasando. Me encontré de golpe con la secreta historia de incalculables seres sin rostro, sin nombre, sin destino, ellos que habían sido el Destino. No lo entendía. Yo era todavía un ángel y, por lo tanto, no sabía que la vida se mantiene desde abajo, que se nutre de la tierra y sus miserias. Me dije: una vida así no merece la pena, es mejor acabar de una vez por todas. Y escogí una vía corta y rápida. Me refugié en los poetas malditos, sublimes ángeles caídos entre la gente de la mala vida. Escribí y viví como ellos dando tumbos por las calles, garabato grotesco y fantoche ridículo, como un personaje de esperpento, del que podría decirse, parafraseando a su creador, que es inferior a la fatalidad y a la nobleza del dolor que aparenta. Sin embargo, no había calculado que esa forma de muerte es la mayor de las miserias, que lo malo no es la muerte, sino la forma que elegimos de morirnos.

Vagaba por los suburbios como un espectro y de vez en cuando me acercaba al Café Gijón buscando la luz de los maestros, que apenas lograba vislumbrar en sus espejos. Yo era simplemente un vagabundo para ellos, aún tartamudeaba. Pero, un día, miré a los ojos del otro, que eran mis ojos, en los espejos y los vi diferentes a todo lo que hasta entonces había

PERIFERIA O MUERTE

conocido. ¿O quizá ya estaban agazapados en alguna perdida visión de la niñez? ¿Un reflejo de cristal en un fragmento de cielo roto o un destello de sol en mis ojos destrozados? No sabría decir qué. Después, caí, de nuevo, volví a la profunda noche llena de cadáveres... pero, aquellos ojos jamás podré sepultarlos en el olvido. Sólo diré, pues es lo que recuerdo, que aquello ocurrió en una cumbre, pero dónde y qué hacía yo en esa cumbre, de eso no me acuerdo.

Andaba por las calles de Vallecas pidiendo unas monedas para un bocadillo y un café. Me acerqué a un grupo que charlaba a la puerta de un pub nocturno. Ellos continuaron su conversación como si nada, como si no me hubieran visto ni oído, aunque yo sabía que no era así, que me habían visto y sabían que estaba allí, con mis ojos idos y mis ropas gastadas y sucias, despeinado, con mi expresión de yonqui a punto del mono, como uno venido de otro mundo. Insistí. Como un disco rayado repetía una y otra vez mi letanía, enajenándome con su sonido como si de una oración, un ritmo vudú, un mantra se tratara.

LUIS LUCENA CANALES

DaNMe algo para comerrr

Por el amorrr de Diosss, daNMe algo

DaNMe algo para comerrr

Por el amorrr de Diosss, daNMe algo

DaNMe algo para comerrr

Por el amorrr de Diosss, daNMe algo

Alguien, apenas un bulto, dio un paso hacia mí. Cuando extendí la mano, mi mirada se cruzó con la mirada de Luis y quedamos frente a frente. Nadie me había mirado nunca de aquella manera. Una mirada completamente vacía, sin una pizca de reproche, ni de miedo, llena de entendimiento y compasión. Una mirada que se hundía como un rayo en el fondo sin fondo de la noche de mi ser, que abarcaba el principio y el final de mi vida, que colmaba por completo el espacio y el tiempo como una flecha clavándose en el blanco del instante, del que surgían las luces y las sombras de la calle, los cuerpos y los rostros sin nombre, los incesantes ruidos de los coches y de la ciudad fundidos en un mismo punto de quietud enorme. Yo esperaba el tacto cálido de las monedas y sentí, como una descarga eléctrica, su frío de metal. Un escalofrío me hizo retirar la mano. Las monedas cayeron, desparramándose por el suelo, sonando como campanillas de

PERIFERIA O MUERTE

latón barato, despertando en mí resonancias que creí perdidas. Quedé paralizado. Y un solo instante fue todo el universo.

No me atrevía a recoger aquellas monedas abandonadas en el suelo. No podía explicarme el porqué, pero no podía. Paralizado esperaba que ocurriera un milagro, que alguien decidiera por mí. Mi destino estaba colgado de ese hilo atado a ninguna parte, sin apoyo, y, no obstante, mi destino pendía/dependía de ese indeciso milagro. Y todo porque aquel hombre me había mirado como nunca nadie antes me había mirado: me había mirado a MÍ, no mi ropa, ni mi aspecto, ni mi máscara, ni mi historia, ni mis pensamientos, ni mi miedo... ME HABÍA MIRADO A MÍ.

Las monedas seguían tiradas en el suelo y sus caras y cruces multiplicaban los destellos de la luz en la noche y el mundo se miraba en ellas, si bien, yo veía mi rostro disuelto en el vacío de las máscaras, en sus caras ocultas... *In promptu*, algo succionó las formas y se borraron los caminos de los hombres en las encrucijadas, descomponiéndolos en una caótica masa, y respondí: Sí... y caí como una moneda más al suelo.

Cuando me desperté estaba en casa de Vicente.

Ahora, vivo con Vicente y cuando me dejo caer por los suburbios, desde el arrimo de la medianería en que vivo, busco a mis antiguos colegas de la calle, en su nueva y vertical desventura, véase: Nuevas Palomeras, que es la hostia, la remodelación ha recibido incluso un premio de urbanismo. Les cambiaron el solar de las chabolas por un pisito en el cielo (santa protección oficial) y sus viejos compraron muebles nuevos, camas, cortinas, alfombras, electrodomésticos... para estar a la última, y no se privan (esto es vida) de los últimos adelantos anunciados por televisión.

Cuando me dejo caer por la zona y me encuentro con mis viejos colegas, nos hacemos unos chiris o nos emborrachamos (¡qué te habías creído!), y naqueramos de cualquier cosa por pasar el pedo, celebrando (¿qué otra cosa podríamos celebrar?) el estar vivos y coleando... aunque tampoco es exactamente así, además, quién soy yo -un sucio drogadicto, qué te habías creído- para pretender dar lecciones al mundo, joder, qué te habías creído, que es mucho más jodido y más auténtico y más qué se yo... y, a veces, incluso, no siempre, sólo cuando me sobra o voy demasiado cargao, les presto unas monedas de las que he logrado sablear a Vicente o a otros pelmazos, periquitos y pringaos como él.

PERIFERIA O MUERTE

Y cuando voy de vuelta a mi pisito, que es *su* pisito como un nido para mí, veo a lo lejos, espantando sombras, la figura inconfundible de mi viejo colega el Choli, que no cabe de placer al verme. Viene hacia mí risueño, con las pupilas encogidas y los ojos entornados, metido en su chupa de raído cuero como en una funda, las manos en los bolsillos, sin duda acariciando con gusto las últimas papelinas y la chuta ensangrentada del último pico.

-¡Qué pasa, tronco! -me dice-. Se ve que te trata bien la vida, Marqués. ¿Te hace un pico?

-No. Aquello ya es historia -le digo.

Pero, no es verdad. Al yonqui no lo hace el caballo ni la chuta. He visto, lo mismo que William S. Burroughs, tipos con pinta y mentalidad de yonqui que no habían probado el caballo en su vida, pero también a la inversa: hay verdaderos adictos con aspecto de misioneros. Por eso repito, una y otra vez, que yo nunca he sido un verdadero yonqui, no me importa si me creen o no. (En aquellos años no podía negarlo, mis amigos lo comentaban a mis espaldas, sin embargo ninguno de ellos me vio ponerme un pico nunca.) Mi vida no ha sido sino un consumirse en una apasionada danza de fuego, con droga o sin droga. Ahora lo veo claro. A mí nunca me gustó la insensible marcha del caballo, lo mío fue la búsqueda

consciente de una muerte segura y lenta, un dulce y aplazado suicidio. Mi lema era el de los primeros yonquis: "antes destruirse que agredir". Pero, aviso: este no es un libro sobre drogadictos ni sobre drogas, yo no vendo morbo, hago literatura. "*No quiero oír más historias sabidas ni más mentiras sobre drogas...* Las mismas cosas repetidas un millón de veces y más cuando no vale la pena decir nada porque nunca pasa NADA en el mundo de la droga." Esto lo dice el autor citado más arriba, adicto a los opiáceos durante veinte años.

Si bien es necesario decir, ahora, que mis células *recuerdan*, que por mis venas todavía corren inmundicias ansiando nuevas inmundicias, y que, al fin, lo que quisiera, por qué disimularlo, es meterme una sobredosis y reventar de una vez por todas. Pero sobredosis no lleva. El Choli lleva lo justo para pasar la noche. Mañana ya verá, todos los días sale algo para seguir tirando.

- He pillado -dice, entusiasmado- el mejor caballo de toda mi vida, colega. Chachi, tendrías que probarlo. Se deshace que es una gloria. ¡Qué flipe, tío! Me lo ha pasado un menda por dos casetes que he levantado esta tarde. Esto rula.

- Sí, ya veo que rula.

PERIFERIA O MUERTE

- Y tengo guipao un chollo que alucinas. Pero necesito un socio. Colega, si te enrolla, nos lo montamos esta misma noche.

- Que no, Choli, que no me enrollo.

- Eres un cagao, Marqués. Seguro que vas sin un pavo en el bolsillo. Claro, que a ti eso no te importa, ya lo sé, estás colgao. Mira, nos lo hacemos y luego te lo montas a tu aire. Vamos a pachas.

-Tengo que irme.

-Espera, te invito a un pico.

.....

No sé qué ocurrió realmente aquella noche. ¿Dejé plantado al Choli, que aún me llama, en las noches sin luna con su voz carrasposa, a mis espaldas? Seducción de noche ilimitada donde el hombre se encuentra con la bestia. Voy casi corriendo. Arden los suburbios y yo hacia ellos. Delante de mí, desplegándose frente a mí entre las llamas, veo escribirse ese libro que aún está por escribir. Y mi destino es ese libro, lo que se dice y lo que se oculta en ese libro. Libro que se refleja en otro libro que invisible asoma en los acontecimientos que aquí cuento, pero que se esconde como el misterio del hombre

primordial que me habita y en cuyo suburbio interior crece el otro, la bestia, ya ni varón ni mujer, ni luz ni sombra.

Sé que escribí: al menos esta noche, voy a morir o a matar de verdad, mañana ya veremos... tengo una historia acojonante que contar y tengo que vivirla necesariamente, esta noche. Mi vida, cuyos múltiples caminos confluyen irremisiblemente en esta noche, no ha sido sino un consumirse en una apasionada (y destructiva) danza de fuego, ahora lo veo claro.

Sin embargo, prefiero creer que huí hacia delante, deambulando por las calles sin rumbo fijo, “embriaguez religiosa de las grandes ciudades, Panteísmo. Yo soy todos; todos son yo. Torbellino”, Baudelaire habla, “gozar de la muchedumbre es un arte”. Como un *flâneur* baudelairiano me baño en la muchedumbre. Paseo hasta últimas horas de la noche del viernes celebrando la concepción de mi libro en las primeras borracheras del fin de semana... y me encuentro con mi rostro en el espejo de un retrete, empañado y sucio y de un puñetazo lo rompo. Voy sangrando y mi camisa se empapa de mi sangre y de otra sangre quizá: yo soy otra/otro.

La realidad y la ficción se confunden. Sucedió aquella noche y está sucediendo ahora mismo, con mi nueva máscara de héroe de novela, aquella noche en que arrojado a los

PERIFERIA O MUERTE

extremos viajé al fondo del abismo y vi al único ser provisto de identidad propia, él y otra/otro dominando la corriente de las muchedumbres sin rostro, como un mojón en el camino: el criminal, el proscrito. Aquella visión cambió mi historia, el proscrito se transmutó en dandi, el dandi que se burla del dandismo, el nuevo dandi de las ajadas ropas y el ser sin forma, el ángel transformado en gusano...

Cuando regreso a casa, Vicente –mañana no trabajame espera despierto para comentarme las últimas noticias.

-Pero, qué te ha pasado, tienes la camisa llena de sangre.

-No ha sido nada, un accidente.

-A ver, si tienes la mano rajada.

-No es nada, ya te he dicho que he tenido un accidente sin importancia.

-Una pelea, seguro ¿Qué nos está pasando? ¿A dónde hemos llegado? ¡*O tempora! io mores!*

Después de curarme se relaja. Dice estar verdaderamente interesado en conocer mi opinión sobre ciertos acontecimientos de última hora. En realidad, se trata de la misma basura de siempre: una puta asesinada a

navajazos en un garito de carretera, después de ser forzada, ultrajada, torturada, violada, escarnecida, por dos drogadictos que han huido, hace no más de una hora. En fin, una noticia más entre otras tantas a las que nos tienen acostumbrados los informativos, y que no guardan, o al menos eso creemos, relación directa con nuestras vidas, pero que, en este caso, sin yo saberlo todavía, se iba a introducir en mis días, produciendo un giro inesperado en los acontecimientos que se cuentan en este diario.

-Y esto no es nada, al fin y al cabo, se trataba de una profesional de la noche, a eso se exponía; ni por asomo resulta comparable a la reciente violación y asesinato de las tres niñas de Alcàsser y tantas otras; incluso un hombre, asómbtrate, amigo, ha sido violado en un descampado de las afueras. ¡Oh, este mundo está sangrando como un San Sebastián, el mártir guerrero, atado, asaeteado por sus enemigos, aunque, como este, seguro que sobrevivirá y comerá el pan del conocimiento divino que le trae el cuervo celeste! Si bien, entretanto, ¿qué nos está pasando, Dios, a qué estamos llegando? ¡*O tempora!* ¡*io mores!*

No sus acciones, más bien anodinas, sino sus expresiones, siempre me sorprenden: Vicente es mi héroe, sobre todo a estas horas. Me quedo adormilado en el sofá y él

PERIFERIA O MUERTE

continúa lamentándose, enredándose en mis sueños con su eterno sonsonete, hasta que de pronto vira, y me despabila bruscamente.

Comienza ahora una perorata acerca de las excelencias de mi visión de la realidad, que al ser vivida, directa, inmediata, dice, contiene unos elementos de juicio distintos por fuerza a los suyos, pues al haber vivido yo (eso cree él) en el submundo que él sólo conoce por los medios de comunicación, dice, estoy en condiciones de aportar determinados matices muy importantes para la perfecta comprensión de la noticia, de todo su humano alcance y todo lo demás, bla, bla, bla, bla, bla y me pregunta que qué ocurre en la mente de un adicto a la heroína, ya sé que tú lo has dejado, pero recuerda, algo debe pasar, algo terrible, porque si no lo entiendo, dice.

-¿Qué va a pasar? No pasa nada.

-Algo tiene que pasar.

-Cuando falta la droga es cuando pasa.

-No, algo permanente... quizá, una indeleble perversión... quizá se rompa el resorte interno que pone los límites en su lugar, donde Dios manda, y, entonces, se traspasa la frontera que separa el bien del mal.

LUIS LUCENA CANALES

-Nada de eso pasa, ya te lo he dicho: lo que pasa es que no pasa nada.

-Algo tiene que pasar.

-Nunca pasa nada.

Quiere saber, dice, si la droga deja huellas imborrables, si un drogadicto que ya no se pone es aún un drogadicto, si el caballo es capaz de volver a quien lo usa un asesino o, en todo caso, "un servidor de las fuerzas oscuras", así lo expresa. Y, así, gira y gira en círculos, asustado de que un buen día acabe tropezándose con ese muerto que también es suyo; proyectando: la culpa es del otro, siempre; sin atreverse a entrar en el corazón de su propio conflicto; y así queda aturdido.

Yo le escucho haciendo como si en realidad me importara lo que dice, hasta que, por fin, me entero de lo que, en realidad, le preocupa: quiere saber si he estado con Lucía. Cuando le juro que no, se tranquiliza, se toma un respiro y luego sigue, se confiesa. No soporta saber que quedo a solas con ella. La ama. Se confiesa, como si fuera la primera vez, con los ojos húmedos, brillantes a la luz cenital de la única bombilla: no puede vivir sin ella, aunque está preocupado por la diferencia de edad que los separa. Es casi una niña, dice, podemos hacerle mucho daño si... Le interrumpo para

PERIFERIA O MUERTE

preguntarle que por qué usa el plural, que qué tengo yo que ver en todo eso. Entonces, me recuerda que estoy casado, que tengo un hijo, que soy algunos años mayor que él, que he estado enganchado a la heroína (eso dice él, por qué negárselo) y que sigo siendo un desvergonzado y un vago a pesar de los esfuerzos que hace por reinsertarme en la sociedad, por educarme tratándome como a uno más, después de lo que ha hecho por mí al admitirme sin reservas en su casa cuando se lo pidió Luis, el educador de calle... y me lo suelta a la cara como quien vomita un mal alcohol revuelto con una pesadilla amarga y una cena mal digerida; y sin ningún pudor, sin ninguna compasión, ningún decoro, me lo restriega por la cara.

-Había pensado proponerle que se venga a vivir conmigo -dice, cortando por lo sano, y agrega-, pero no lo haré hasta que me prometas que no tratarás de seducirla.

-¿Por qué habría de hacerlo? No es mi tipo. Para ti, es toda tuya, Vicente. Te lo prometo.

-¿De verdad? ¿No me engañas? Dame tu palabra.

-Te doy mi palabra, Vicente.

-¡Estupendo! ¡Estupendo!. ¡Formaremos un trío estupendo!
-exclama, entusiasmado.

LUIS LUCENA CANALES

Cuando está contento "estupendo" es su palabra favorita. En un minuto puede soltar más de veinte "estupendos" seguidos, cada uno entonado con un acento distinto. Estupendo, estupendo, formaremos un trío estupendo, dice, será estupendo, lo pasaremos estupendamente, estupendo, estupendo... y sigue, mientras pienso, riéndome para mis adentros, que sí, que lo pasaremos estupendamente en la cama, Lucía y yo, mientras Vicente nos trae estupendos cubatas entre polvo y polvo.

A la hora del café ha venido Lucía a visitarnos. Ha quedado con una amiga para ir de copas, podemos acompañarlas. Estupendo, estupendo, dice Vicente, muy contento. Y busca mi asentimiento con la mirada. Sé lo que me espera: una aburrida sesión de machacantes estupendos atrapados en una red de riquísimas risitas inocentes, pícaras, y equívocas miradas, todo ello bañado con abundante alcohol y algo de comida.

iiiiiiCOMIDA!!!!!!!!!!

iiiiiiiiiiiiHUUUUUMMMMMMM!!!!!!!!!!!!

PERIFERIA O MUERTE

iiiiiiiiRUUUUUAAAAAAACCCCCC!!!!

iiiHOOOOOOOOOOCCCCCCCC!!!!!!!

De pronto, me doy cuenta, por el leve movimiento de mis tripas al evocar esa rara y sagrada palabra, que apenas si he comido hoy. El frigorífico hiede desde hace días un gélido aliento a vacío, como si fuera una tumba recientemente profanada. Un viento de otro mundo, que llena las estancias de la casa con un halo de sombras, como un doliente heraldo de la miseria y el hambre, me envuelve. Me veo agonizando en la cama, con un bolígrafo en la mano, escribiendo mi testamento. Y percibo en la escena un tono tan ridículo, tan cutre con mi bolígrafo de plástico en la mano y la expresión trágica y solemne, que no tengo más remedio que reírme, ante el asombro de Lucía y Vicente que, como es lógico, no saben de qué me río.

-¿De qué te ríes ahora, Arturo?

-De la muerte, Vicente.

Y he visto un brillo extraño -quizá lúbrico- en los ojos de Lucía. Por lo tanto, acepto. Sé de antemano que la juega corre a cuenta de las chicas. Aunque también es verdad que Vicente pagará las primeras rondas, hasta que confiese, falsamente confundido, que se ha quedado sin blanca, que despiste el mío, me he dejado la Visa en casa.

Estamos sentados en un mesón de la Avenida de la Albufera, atiborrado de gente: hoy es sábado. Se oyen risas y fragmentos sueltos de conversaciones sobre un griterío de fondo, algo así como:

... ji, ji, ji... ja, ja, ja... joder, con la tía... como te lo cuento... jo, jo, jo... sí, claro... es que son unos capullos... una de bravas y dos cañas... oído... ji, ji, ji... no, jodas tío, no me lo creo... hijo de puta... tiene un morro que se lo pisan... ji, ji, ji... el muy cabrón... jo, jo, jo...

De vez en cuando una sintética melodía nos recuerda que alguien acaba de ganar unas monedas a la máquina tragaperras.

...una de gambas y dos secos... marchando... ji, ji, ji... que no, joder si está más claro que la ginebra... ese tío es un bocas... ja, ja, ja... ji, ji, ji...

Aprovecho que mis amigo/as charlan coanimadamente sobre los últimos acontecimientos, que Vicente acaba de poner sobre la mesa, para pedir solidariamente al camarero otra ración de bravas, otra de pulpo a la gallega y

PERIFERIA O MUERTE

más cañas. Inesperadamente, Lucía aprieta su pierna derecha contra mi pierna izquierda, mientras yo, sin darle mayor importancia a la prieta calidez de la carne de Lucía, me aplico con fruición a la comida.

-¡Otra de pulpo y dos de bravas! -grito de nuevo al camarero que pasa a nuestro lado haciendo malabarismos con platos y vasos.

Insiste Lucía apretándose cada vez con más fuerza contra la pierna que sería-yo-íntegramente-ahora si no fuera por el sabroso y ardiente picor de las patatas que ocupan toda la atención en mi boca, aaahhh. Además, no creo que lo haga intencionadamente sino llevada por la pasión, digo, de la conversación. No obstante, y mezclado con cierto regusto a cerveza arrastrando la quemazón de mi gástrico, siento por un instante mi cuerpo soldado al suyo como si fuéramos hermanos siameses. Nada de lujuria en ello. Sé que no lo hace intencionadamente porque está a la vista que atiende, con intensa fijeza, a la incontrolada verborrea de nuestro amigo Vicente, que se destaca con aristocrática suficiencia, sobre el griterío de fondo:

...bla, bla... una de pulpo y dos de bravas... oído en cocina... bla, bla, bla, bla, bla,

LUIS LUCENA CANALES

seguirla y hacer todo lo que ella ordena. Adquiere su propia autonomía, no hay quien la detenga. A veces se convierte en una loca furiosa, otras, en una servil borrega, reclamando zalamas y caricias. Aunque, quizá sólo se trate de un estímulo condicionado, adquirido cuando era niño.

No sé, el caso es que si me toca una mujer ya no puedo controlarme, ya no soy yo quien manda... aunque eso ahora no me preocupa. Pienso, mientras meo, que puedo con ella, pero, por si acaso, busco una salida. Veo una ventana. Me asomo. Da a un pequeño patio interior pringoso y renegrido por los humos de las cocinas. En el muro exterior hay una puerta que parece cerrada. Habría que saltar la tapia... Cuando vuelvo la cabeza veo a Lucía cruzar por el pasillo. Me doy cuenta, entonces, de que aún la tengo cogida. Escurro de cualquier manera las últimas gotas y la devuelvo a su sitio. Con la mano aún en la bragueta abordo a Lucía.

-Vamos a abrirnos, Lucía.

-¿A dónde?

-No sé, por ahí. He descubierto una salida secreta.

-¡Qué emocionante!

Lucía no está de coña. La ventana es demasiado estrecha, aunque suficiente. La ayudo a saltar la tapia. Al apoyar mis manos en su culo noto los ribetes de sus bragas

PERIFERIA O MUERTE

contra la prieta contextura de sus duros glúteos. Para auparla no tengo más remedio que poner mi cara contra sus ceñidos pantys negros y suaves a la altura de sus nalgas. No puedo evitar el ponerme de nuevo cachondo. No hay nada que hacer, lo siento, ahora es ella la que manda.

Al otro lado nos espera la noche sin fronteras, esa noche libertina y ruidosa de Madrid donde nunca pasa nada hasta que pasa. Ya en la calle, réimos como dos compinches, como dos niños traviesos, que escaparan de la bigotuda nurse o del padre tirano de halo misterioso, para darse de bruces con la misteriosa noche; sedientos de luz, a escondidas, nos vamos por ahí a romper las lunas de los escaparates, donde la gente proyecta sus pacatas ilusiones, relicarios, ataúdes en donde se guardan los últimos deseos, ya muertos, como auténticos tesoros.

Lucía joven, Lucía dura y tierna al mismo tiempo, Lucía es demasiado, mucho para un duro-duro como yo, este menda de cáscara calcárea, concha que cubre el blando bicho. Lucía es tierna-tierna tanto por dentro como por fuera. Primero es dulce como un cervatillo perdido en el bosque;

LUIS LUCENA CANALES

luego, montaraz y noble como una loba... el acto del amor la transmuta de lene nube en ruda roca en que se apoya la boca del infierno... Yo, fuego y humo.

Se me entrega Lucía completamente abierta, generosa, sin recelos, y yo, agradecido, acepto su regalo de fonje espuma. Le doy a cambio lo poco que tengo: una respuesta justa a sus deseos, poco, mi juventud gastada, mi experiencia. Quizá por eso me persigue sin tregua como dulce babosa que enternece lo que toca, y me abate a la primera su cuévano de esponja que dejándose llenar llena. Y, después, hacemos un descanso. Silencio. Las palabras sobran. Por el lecho se desliza una canoa, mi piel por el río de la suya; por el techo y paredes, por el suelo, la selva misteriosa. Mis ojos sólo conocen el umbral de su secreto, si bien mi cuerpo ha penetrado más adentro, muy dentro, en prístinas honduras se ha deleitado y ha estallado mi cielo fusionado con su cielo, más allá de la cumbre de la montaña más alta, gozoso y satisfecho al sentirse acogido por su ternura...

Los reflejos de la luz, que vienen de la calle y ablandan sus facciones como en un abisal sueño, la muestran eterna como una diosa de mármol, tan mansa y vulnerable como una madre-amante tumbada con el pelo revuelto, en el que, idas las olas, quedó su ritmo fijado... Y yo soy ella. Es extraño, pues

PERIFERIA O MUERTE

siento el gozo sin límites de la amante que en su vientre ha acogido la semilla que la convierte en madre. Y he sido fecundado por lo otro sin figura, oh misterio, y no sé cómo ha sido.

Me voy hundiendo, enredándome en las algas del fondo, sepultándome en el limo marino, hasta llegar al filo de un recuerdo, apenas un instante, ni un octavo de segundo, que pincha y salto... fluye el puente que une mi pasado a mi futuro, lo cruzo, lo rompo... la penumbra se llena de imágenes desconocidas... después sólo queda consciencia del olvido.

Se ha quedado dormida y yo he sido sus sueños.

Vicente ha vuelto a casa muy tarde. Ha entrado en mi cuarto sin llamar y al ver el bulto de Lucía bajo las mantas ha susurrado un perdón, quejoso y rendido. Me ha indicado por señas que salga. Tiene algo muy importante que decirme, susurra. Pero él no se entera, a pesar de los aparatosos movimientos que hago con los brazos señalando con mi índice derecho el bulto de mi amante, plácidamente dormida y arrebujada debajo del embozo de la cama, él no se entera. Con gestos le indico que temo despertarla. Sé que no puede ver su

LUIS LUCENA CANALES

rostro, pero insiste, ¿no se entera? Me levanto con cuidado, resignado, armado de paciencia en lo que puedo. En el salón se ha echado a llorar sobre mi hombro. Gimotea:

-Esa tía que duerme en tu cama no será Lucía, ¿verdad, amigo mío? -me ha soltado a bocajarro-. Tú mi mejor amigo, no puedes hacerme eso. No te lo perdonaría nunca. No puedes ser tan cerdo.

Se desahoga. Su aliento le delata: ha bebido más de la cuenta. Está muy deprimido por lo que ha pasado. Quiere que le cuente por qué lo he hecho, qué me ha movido a traicionarle, a romper el pacto que habíamos establecido. Su voz se derrama como agua de un vaso colmado y lo empapa todo, empezando por los rincones más sórdidos, sucios y oscuros, siguiendo por las aristas convencionales de los muebles, se escurre luego por el parqué del suelo y chorrea por el temple blanco de las paredes, inundando recuerdos olvidados, sentimientos idos, emociones fuertes largamente contenidas, y flota y asciende, quejumbrosa y vencida, como una inmundada y viscosa neblina confundida con el humo del cigarro. Y así continúa hasta que empieza a sospechar, por mi silencio, que es verdad lo que supone y teme, ay, que allí en mi cama está Lucía, sí, Lucía, su verdadero y único amor, que algún día caerá, como una María Magdalena, arrepentida a sus

PERIFERIA O MUERTE

pies... Es tanta la pasión que pone en su queja que estoy a punto de echarme yo también a llorar, arrepentido, pues siento dentro de mi pecho una dolorosa llamarada que me empuja a confesarlo todo.

Si bien, un instante después, me veo a mí mismo tan extremadamente ridículo con esos sentimientos que descarto el confesarlo todo. Sin quererlo he debido confundir lo de "dolorosa llamarada", pues en realidad no se muestra de manera tan extrema. Quizá quise decir "dolosa llamada", con menos quemantes erres, lo que sería más apropiado. Además, eso no haría sino estropearlo todo. Sería una crueldad innecesaria, que haría peligrar nuestro equilibrio, el de Vicente y el mío. Lo que significa que me echaría de su casa sin contemplaciones y volvería a quedarme con la posteridad al aire, la cual volvería a arrastrar de cualquier manera por esas calles. De eso nada, tronco. Búscate la vida. Que yo no me quedo con el culo a las canales por un repentino arrebató de empatía. O sea, que no. Le tranquilizo. Disimulo. Le miento con dulzura.

-Lucía volvió a su casa pronto -le aseguro-, no te preocupes, hombre. Todo sigue igual entre nosotros. Lo que hemos hecho Lucía y yo ha sido una chiquillada, lo confieso, no más que una pequeña travesura, una broma sin importancia. Esa que

LUIS LUCENA CANALES

duerme ahí es una vieja amiga de la noche amarga a la que encontré por casualidad en un bar cuando se fue Lucía.

Se lo digo mientras observo, cuidadosamente, cómo me mira, indeciso aún, pero haciendo un tremendo esfuerzo por creérselo y por descubrir, al mismo tiempo, en mis palabras o en mis gestos, algo que le indique con total seguridad si le estoy mintiendo. Y como no descubre nada, nada definitivo, y como en el fondo desea que todo haya sido una falsa alarma, y como tiene una peonza que no se aclara y está tan harto de sufrir y tan cansado que ya no diferencia la verdad de la mentira, el bien del mal, al fin se tranquiliza, se va a la cama.
-Que sueñes con los ángeles, Vicente.

A la mañana siguiente, Lucía y yo, como dos espías, de puntillas por la casa, entramos en el baño y mientras ella me cepillo con meticulosidad los dientes, procurando no dejar ningún rastro de la noche en los labios, en la lengua o en las encías. Después, nos duchamos y jugamos un poco más con nuestros cuerpos, que guardan todavía el calor de los sueños compartidos; rastreamos nuevos senderos volviendo siempre a parajes conocidos y cuando nos hartamos de explorar nuestros

PERIFERIA O MUERTE

cuerpos por fuera, nos miramos y tocamos por dentro, casi sin creerlo, y decidimos de común acuerdo que ya está bien por hoy. Esto no ha hecho nada más que empezar, Lucía, dejemos algo para mañana, para después, para otro día. Vicente acecha. Ella no sabe que es su gran amor secreto, pero yo, que sí lo sé y no quiero que Vicente nos descubra, me invento una increíble historia.

-Vicente es un moralista pijotero y medio cura que no permite que me traiga mujeres a su casa, se pone hecho un basilisco, mejor te abres sin que te vea -Lucía se ríe procurando no hacer mucho ruido-. Sólo que necesito un talego para lograr que se marche.

-Busca en mi bolso -dice, volviendo a sujetarse la risa.

Salgo del baño sin hacer ruido. Voy a mi cuarto. Abro el bolso de Lucía. Busco. Creo que será suficiente con los últimos cien duros que Lucía apalanca en su bolso. Le dejo unas monedas para el autobús y vuelvo, sigiloso como un ratero, al baño. Lucía, todavía desnuda, se está secando, y yo recorro con mimo embelesado los dulces quiebros de su figura. Después, nos despedimos con un beso, largo.

Salgo del baño, oigo a Vicente trastear en la cocina, me acerco y con mi mejor sonrisa le doy los buenos días, le cojo del brazo y le cuento que mi vieja amiga, esa chica, ya sabes,

LUIS LUCENA CANALES

esa que está ahora en el baño duchándose, me ha dicho que quiere conocerte y darte las gracias por no haberla despertado anoche.

-¿Por qué no preparamos un desayuno a lo grande? -y lo mando a por churros y de camino a que compre el pan y la prensa del día (para él el mayor regalo que trae la mañana del domingo)-. O mejor, yo te acompaño, quiero hablar contigo.

En la calle nos tomamos un café mientras le cuento no sé qué nadería acerca de no sé qué tontería que se me va ocurriendo sobre la marcha... y le pido de nuevo disculpas por lo de ayer. Todo por darle tiempo a Lucía, que debe ser lenta en acicalarse, como todas las chicas.

Cuando regresamos, bromeando y contentos por nuestra buena acción, Vicente, con las manos llenas de revistas, dominicales y coleccionables, se queda parado en medio del salón y repara en el sostén, abandonado por Lucía, en su apresurada huida, sobre un brazo del sofá. La jodimos.

-Ha volado, se ha ido, cual mariposa por la ventana... pues, se ha quedado sin churros -digo, tratando de distraer su atención-. ¡Vamos, que se enfrían!

Pero él ni se inmuta, petrificado, absorto en el sostén derrengado y desvaído sobre el brazo del sofá. De pronto, antes de que yo pueda impedirlo, se va hacia él, lo recoge, se lo

PERIFERIA O MUERTE

lleva a los labios, parece que va a besarlo, pero se detiene. Lo huele con afectada delicadeza de enamorado y, haciendo un gesto de desagrado, dice, satisfecho:

-Tenías razón, es verdad, no me has engañado. Con todos mis respetos para tu amiga, este sostén apesta a mariposa nocturna que es un gusto. No puede ser de Lucía, ella huele a limón y a fresa de la mañana.

Y no he tenido más remedio que aplaudir al poeta que Vicente lleva dentro, ese que no se cosca. ¡Qué ejemplo! Después, se ha pasado el día rondando mi escritorio, lloriqueando, suspirando, reclamando mi atención como un niño frágil y herido. El invierno, ese fluir interno que pone sus desgarrados dedos de contenida muerte en los árboles del parque, que diviso desde mi ventana, se ha estremecido con los llantos de Vicente. A lo lejos, sobre las ramas desnudas de los árboles y sobre los últimos y más altos tejados, brillan, azules y blancas, las montañas de la Sierra de Guadarrama.

Estoy escribiendo desordenadamente mis recuerdos y al hacerlo descubro sucesos olvidados o nuevos hechos que ahora son sin duda, pero que no sé si fueron...

LUIS LUCENA CANALES

Soy la crisálida de un ser desconocido para mí. Un ser que aún no se atreve a ser él mismo y por eso tiene que vivir a través de este que soy yo. Pero crezco, no dejo de crecer en el interior de mi capullo, que es tumba y cuna al mismo tiempo. Sé que un día me transformaré en él, saldré de mi encierro y con sus poderosas alas volaré lejos de aquí, hasta mi auténtica patria, su patria, y viviré su vida porque en realidad soy él.

Ahora, cómodamente sentado frente a mi mesa de trabajo, vuelvo a los viejos hábitos que se agazapan en el córtex estriado, me escondo en el fondo de mi cerebro de reptil, vuelvo a ser el dinosaurio autómatas. De algo (sí, pero ¿de qué?) estoy huyendo, en un convencional aquí y ahora.

Aquí y ahora. Hostias, cómo puedo escribir sobre el aquí y ahora, si la misma expresión me lleva a algún lugar de la memoria...

En mi habitación. Leo la última anotación de mi diario:

"Siento que alguien, en este instante, está inventándose... Sí, en algún lugar, hay un autor escribiéndose, que confunde su vida con la mía. Soy uno de los muchos caminos posibles que en una época de la vida del

PERIFERIA O MUERTE

autor se dispersaron en diversas direcciones temporales... Siento que le sirvo de excusa, que me da vida para perpetuar la suya, ya que yo soy el que él pudo haber sido, y no se atreve a ser... Pero, ¿por qué precisamente yo? ¿Por qué el autor decidió vivir precisamente en mí, a través de mí? Quizá, porque yo soy el camino que lleva al final del camino.”

Manera genuinamente esquizofrénica de pensar que me sirve para descubrir que el *yo* que escribe es un personaje más y que, por lo tanto, tiene que haber un autor que no sea personaje. Es decir, que el personaje-autor no es sino una invención del autor-creador. Ahora bien, hablar del yo creador es como hablar de nadie, porque en él están contenidos todos los personajes y, por consiguiente, puede ser cualquiera o, lo que es lo mismo, nadie. Hay en mi memoria una laguna llena de cadáveres y yo soy uno de ellos.

Más allá de mi vida y de mi muerte he muerto y renacido, he vuelto al principio muchas veces, pero ahora no sé lo que eso significa, he perdido el sentido de las palabras. En un limbo donde sólo se recuerdan imprecisos destellos de pasado y se vislumbra el futuro en lo que ha sido y se tiene la certeza de que nunca volverá, estoy vendiendo mi alma a un viejo diablo y recuperándola como una olvidada melodía, a Él que es Ella, mi sombra.

LUIS LUCENA CANALES

Estoy solo, envuelto en la penumbra de mi habitación. Embriagado, iluminado o sobrio viajo (como Céline) al final de la noche (que es otra y la misma noche de Céline) y toco la sustancia, hecha de llantos y de risas, que hay más allá del pensamiento y de las palabras y es la misma sustancia de la vida, allí donde yo nací, allí donde me separé del autor creador, el mismo con el que, aquí y ahora, en esta habitación, sobre esta mesa, en este papel que escribo, confluyo.

Viajo al final de mi propia noche -estoy recordando ahora echado sobre la cama mientras oigo el mecánico ronroneo del televisor y el trajinar de Vicente en la cocina- en un destartalado chevrolet de carrocería oxidada, pero de motor preparado y engrasado por Tolo en su desguace. Con nosotros vienen, además, otros dos pibes. Unos es Lío, alto, desgarrado y miope. El otro, un tipejo nervioso, de movimientos rápidos y pinta de representante de ultramarinos, aunque sus gestos de matón de barrio provinciano le dan un aspecto aún más vulgar, más autosuficiente, si cabe, y que, desde el primer momento, deja ver que no soporta mi distante, chocante, autismo de jachís. Acurrucado en el fondo del asiento trasero, junto a Lío, a la velocidad rugiente del destartalado chevrolet de Tolo, que es poeta como yo, mujeriego, borracho y alucinado, y enamorado

PERIFERIA O MUERTE

de las pequeñas aventuras de la edad, vislumbro violentas ráfagas, desgarrados jirones de la noche espantándose a nuestro alrededor. A toda hostia, las estribaciones de Sierra Mágina se abren como una vagina palpitante y húmeda, que nos engulle, mientras el coche se va comiendo a dentelladas las luces de los chalés y garitos de la carretera, desparramados en el aire caliente del verano andaluz y que se enredan en las hileras interminables de los olivos del valle, sobre las laderas de los cerros de plomo y las lomas estañadas por una luna permanentemente quieta, alerta en el azul oscuro.

Después de pasar Granada, en un llano, comienza a salir humo del motor.

-¡La hemos jodido! -dice Tolo.

-¡Joder! -grita el enano autosuficiente.

Mi compañero de asiento y yo no decimos nada. Lío mira imperturbable a través de sus gafas de culo de vaso y ve como Tolo se apea, levanta la tapa del motor, maldiciendo.

-¡Se ha quedado sin aceite el muy cabrón!

-Le has metido demasiada marcha, Tolo, ya te lo había advertido yo- protesta el pseudomatón provinciano.

Revolotean alarmados los colegas alrededor del coche, en el que sólo quedo yo, acurrucado en mi rincón, observando los aspavientos amanerados del enano, las manipulaciones de

Tolo en el motor, la sorprendente inmovilidad de Lío. A mí, lo mismo me da estar aquí, en esta paz cálida y cerrada, que allí, bajo ese nítido cielo bañado de plata, rodeado de plomo y los grillos con su incesante aserrar morondo, cri-cri, cri-cri, rítmico y monótono, burlándose de las locas aventuras de los jóvenes que se comen el mundo, pero mejor aquí, en esta paz cálida y cerrada, acogedora como un útero, y los grillos cri-cri, cri-cri, burlándose de las locas aventuras de los jóvenes que se comen el mundo, cojonudo. Cojonudo, la aventura está en marcha, lo mismo me da estar aquí que allí, rula la aventura. Aunque los colegas no compartan mi entusiasmo, es cojonudo. -Este tío está colgado -dice el tipejo que no soporta mi "parece que voy a decir algo que nunca digo". Él es la mente fría de la operación, un camello de tres al cuarto, pero un camello al fin y al cabo, por encima del cuelgue, dominándolo con mano segura, a control remoto. Y yo pasmando con la luna.

Si he invertido en el negocio los últimos cinco talegos que me quedaban, los últimos de mi salario de socorrista en la piscina de Torredonjimeno, ha sido por montármelo de fumeteo gratis por unos días y ver el mar y el posible puerto de un imposible viaje, un viaje a la orilla del fondo del mar, un viaje a la cara oculta de la luna, a la vertiente oscura del templo, a la otra orilla. Aunque no tenga plena conciencia de

PERIFERIA O MUERTE

lo que estoy haciendo. Me aburro en la escondida ciudad de la roca y el agua, entre gente inconclusa, obcecada en su cruce de caminos, que todavía espera algo de la muerte o de la vida. Yo que estoy en ese lugar donde no corre el tiempo, donde no ocurre nada, y lo veo todo como tras un cristal empolvado. Como ahora, tras el parabrisas, escondido en el plácido útero, cálido y húmedo del coche.

He salido a mear y mientras escurro las últimas gotas sobre las florecidas achicorias de la cuneta ellos deciden hacer dedo hasta la gasolinera más cercana. Un poco después un coche se detiene, suben a él Tolo y el listillo, la mente ardiente del poeta y la mente fría del camello y, cuando al fin se van, la noche se vuelve profunda y silenciosa en torno a Lío, alrededor de mí, hasta que las luces largas de los coches que vienen hacia nosotros por la carretera, horadándola, la rompen. Nos hemos quedado inmóviles, sin nada que decir, pasmados junto al chevrolet atascado, fumando y mirando la maraña de sentimientos confusos en el aire caliente y quieto de los campos. Cri-cri, aserran su nadería, cansinos, los grillos y nosotros fumamos dejándonos llenar con su serrín.

Volvemos al coche, a mi comfortable matriz, a nuestro agradable rincón de estupor y vacío. Fuera, la noche se despatarra como una pantera hembra, enseñando su sexo y

sus colmillos, con un rugido; se desparrama como una siembra morena sobre un barbecho abierto, y se vuelve interminable, sin fronteras, sin límites que oponer a nuestros deseos. Cierro los ojos y veo el aterrador enigma de un mar al fondo, insondables olas contra una playa solitaria: se retira el agua sobre la arena, choca contra las rocas, me salpica al rostro agua salobre, un caldo primordial y caótico, verdoso y frío. Lo he sentido en mis labios y he abierto los ojos para verlo, pero lo que veo es un *jeep* de picoletos que se ha parado a nuestra altura, en el arcén contrario, y se ha quedado allí, inmóvil, los guardias oscuros y quietos, con sus ojos de brasa, como cigarros quemándose detrás de los cristales de las ventanillas, expectantes.

-¡Tío, los maderos! ¡La cagamos! -exclama Lío, temblando.

-¡Tranqui, colega! Y guarda la china -le digo, tranquilo.

-Se la han llevado ellos -responde, aliviado por un momento.

Silencio. Inmovilidad completa a ambos lados de la carretera.

Un instante infinito. Luego, vuelve al tembleque, a cruzar y a descruzar las piernas, a removerse y no parar en el asiento.

-¡Estate quieto, colega! No me seas cagahostia. No hay nada que temer, tranqui -repito.

Lío se está cagando por las patillas abajo y ya huele. A punto de perder definitivamente el control, por nada, tío, te lo

PERIFERIA O MUERTE

aseguro... total, por un machaque de aceitunos entre tanta aceituna. Pero, al rato, me digo: tranqui, Arturo, porque ahora soy yo el que tiembla. Tranqui, tranqui... y cada vez que me lo digo me siento más inquieto, contagiado por el meneo de Lío, por el silencio que se ha vuelto tenso, por la quietud que se ha hecho insoportable, aventando los pensamientos liberados por la paranoia de la hierba muy adentro... puede que el coche se agite con nuestro temblequeo, puede que los guardias se percaten, puede que sospechen, que se mosqueen, que crean, que se asusten, puede que salgan con las metralletas, puede... ya se apean como lagartos con sus trajes verdes y negros, ya se acercan al chevrolet destartalado, abandonado en la carretera. Y, sin dudarlo un momento, yo también me apeo.

-¡Buenas noches! -les saludo, tratando de parecer educado.

-¡Buenas noches! ¿Qué hacen aquí estacionados?

Se lo cuento, despacio, midiendo con sumo cuidado las palabras, sobreponiéndome a las ventoleras del jachís que hacen, habitualmente, que me mantenga en confuso silencio. Tranqui, ordenado y correcto en la medida que me lo permite el cuelgue, o sea, más o menos:

-Vamos a pasar el fin de semana a Málaga, con unos amigos, nos esperan, o nos esperaban, quiero decir: pueden quedarse esperando mientras siga seco, se la han llevado ellos, nos han

LUIS LUCENA CANALES

dejado a dos velas, sin una gota, o sea, el buga, el coche, quiero decir, mis colegas, o sea, que han ido a por aceite a una gasolinera, nos ha jodido el chevrolet... manos mal que hace una noche estupenda...

El cabo mira al otro y se sonríen. Lástima que no pueda invitarles a un canuto, la china, ya digo, se la han llevado ellos, nos han dejado secos, colgados en medio de la noche. Mientras tanto, Lío, dentro del coche observa la escena estupefacto tras sus gafas de miope.

-¿Le pasa algo a tu amigo? -pregunta el cabo, mirando al interior de la vitrina, desde la que Lío, acomodado sobre su humeante plasta, blanda y calentita, nos mira con ojos de galápago oculto tras su concha, a través del parabrisas, apenas dos ojillos asustados que brillan tras unos gruesos vidrios empañados de sudor y engastados en una puntiaguda cabecita que se asoma entre los asientos delanteros... Pero, no me río. Hay que mantener la compostura, hago un esfuerzo.

-Es que no se encuentra... del todo... quiero decir, bien del todo, pero no es grave, creo, me parece que está algo preocupado por lo que ha pasado, no es nada... grave... o sea, creo que me parece que no le pasa nada grave.

Se ofrecen a ayudarnos.

-Muy amables, se lo agradezco de veras.

PERIFERIA O MUERTE

-Sólo cumplimos con nuestra obligación.

-Sin embargo, gracias... Verán, se lo agradezco... pero, de veras, acaban de marcharse el conductor, el dueño del coche... es un profesional, ¿saben?, tiene un desguace en Jaén, no hay nada más que ver el chevrolet, un rescatado, je, je... yo, la verdad, de esto no entiendo un pimiento, de veras, soy un manazas... pero, verán, acaban de marcharse él y otro colega (un gilipollas, por cierto) a por aceite (y ya verán como, de veras, regresan), a esa gasolinera que parece estar al otro lado de la noche... por cierto, qué noche más hermosa...

Se ríen, como caimanes, desechando sus voraces dentaduras. Los tengo en el bote, pienso, sin percatarme de que al decir inintencionadamente que Tolo tiene un desguace en Jaén he dado el toque mágico que ha roto, creo que definitivamente, el hielo de las suspicacias y las sospechas. Aunque a Tolo no le gustara nada después cuando se lo contó Lío, más que nada por el viejo. Seguro que los maderos lo conocían y podían irse de la mui, dijo.

Tranquilo, cada vez más tranquilo. Me voy poco a poco entonando. Bromeo con ellos mientras sigo largando incontroladamente de esto y de aquello, sin darles tiempo a que me hagan las preguntas que suelen hacer todos los maderos. Me adelanto a sus rutinarias preguntas, que

precisamente por serlo son conocidas por mí de antemano. Les proporciono más datos de los que ellos me piden, mitad verdad, mitad mentira, con un estilo que a mí me parece muy convincente. Me estoy currando la página, pienso, arrecostado, muy seguro de mí mismo, muy tranqui, como cuando escribo. Chachi, esto va por buen camino.

Cuando se van, no sé como ha sucedido, me sorprendo a mí mismo, sonriendo y diciéndole a la cigüeña adiós con la mano. Estoy flipando, colegas, estoy flipando. Todavía no me lo explico. El caso es que ni siquiera nos han pedido la documentación y además, y esto es lo más flipante, hemos mantenido una agradable charla, como corresponde entre seres humanos, personas amables y educadas que se encuentran en medio de los campos solitarios dulcemente iluminados por la luna, limitados sólo por las sombras de la noche, en una carretera cualquiera, en una noche tan hermosa como esta.

Vuelvo al interior del coche, vuelvo a mi rincón, a mi cálida placenta, junto al rincón de Lío que aún sigue brincando en el asiento, meneándose incontroladamente, sudando. Se quita las gafas, se las limpia, se las vuelve a poner y, sin abrir la boca, no deja de mirarme con sus ojillos de galápago asustado, alucinado él de que yo aún conserve una breve

PERIFERIA O MUERTE

sonrisa en los labios. Luego, enchufa la radio, quizá para olvidarse o distraerse, y esta escupe una sarta ruidosa de neuróticas canciones rockeras, mientras contemplo por la ventanilla el gesto sencillo y azul de la luna, otra vez, siempre la luna.

No mucho después regresan nuestros colegas, y esto es lo más sorprendente de esta historia, montados en el *jeed* de los cigüeños. Tolo se apea el primero, con una lata de aceite en la mano, y después, pálido y encogido, no sé porqué pero humillado, el enano matón y autosuficiente, con la sonrisa helada en los labios y diciendo gracias, gracias, gracias... infinitas gracias.

De nuevo en marcha y la carretera como una liga negra en torno a la nalga turgente y morena, olé, de una mujer andaluza, se cierra sobre los viajeros y una burbuja de espeso y cansado silencio se cierne sobre ellos, todavía golgados de su flipante recuerdo. En la radio, a todo volumen, *The Door's: End of the night*.

LUIS LUCENA CANALES

*Take the highway to the end of the night,
end of the night,
end of the night...*

-Pero, qué le habéis dicho a los maderos... me han preguntado por mi viejo... -se oye la voz de Tolo, flotando sobre la música.

*...end of the night,
end of the night.*

... viajamos al fin de la noche, cada vez estamos más cerca, cada vez estamos más dentro, cada vez más abajo... qué importa lo que digamos. Y, cuando lo pretendo, las palabras aún no pronunciadas resuenan en mi cerebro tan insuficientes, tan falsas, tan insignificantes y extrañas, que no se parecen en nada a lo pretendidamente expresado (cómo explicar lo que yo he sentido más allá de los uniformes y las máscaras) y entonces reculan a su agujero y allí se enredan con otras palabras no manifestadas, residuos de memorias perdidas, escombros de estructuras caídas... como trozos separados de una serpiente que agitándose intenta recomponerse, en el fondo de su nido, con una rueda encantada, donde fornicaba consigo mismo, en denso silencio ensimismado.

*Realms of bliss,
Realms of light.*

PERIFERIA O MUERTE

*Some are born to sweet delight,
Some are born to sweet delight:
Some are born to the endless night.*

Málaga es, al fin, una calle de casuchas de pescadores en el Güelin, con el tenebroso bramido de las olas lamiendo sus fachadas, como una lengua voraz viniendo a nuestro encuentro, llamándome, hiriendo mi arrogante indolencia, llamando a la puerta de mi corazón indiferente, húmeda, terrible, profunda, indómita, primigenia... y sentí que había llegado al final de mi viaje, allí frente a mí/en mí se encontraba lo único de verdad importante, ese insondable misterio sin el cual nada tiene sentido, y me estaba tocando y yo era sensible a su roce, a su salobre lengua entrando en mi amargo fantasma. Si habíamos llegado al final para qué seguir y a dónde.

Sin embargo, los veo moverse de un lado para otro, preocupados. Después de un viaje tan largo, había fallado el contacto. Seguramente a causa del retraso. Había que seguir aunque yo no supiese ni por qué ni a dónde: si ya habíamos llegado... nada más profundo, nada más inconcebible... pero

ellos seguían empeñados en llegar a una supuesta meta que no existe en ningún lado... por qué entonces seguir buscando, para qué seguir perdiendo o seguir ganando, para qué seguir viviendo... si acechaba en las olas, más allá lo ignoto, el enigma hechizante.

Había llegado al final de mi viaje. No podía ir más allá de la quietud y silencio, así que me dejo llevar... estoy cayendo, sin resistirme al vértigo... si no te abandonas a su fluir de río cualquier movimiento es un movimiento irrelevante, pues detrás del vacío hay un nuevo vacío, aún más inaprensible, más inexplicable, más insondable...

Sí, aquel era un verdadero límite, una frontera real para el personaje, más allá el vacío que rompía en pedazos mi historia. Y no era la primera vez que eso ocurría, con o sin drogas, pero de eso yo nada podía saber, porque eso es lo desconocido que tantas veces ocurrió en la niñez: Puerta del Angel, o en el río de Jaén, o sobre las rocas del Zumbel o en las olivas y, luego, junto al Guadiana, pantano de Cijara, o en la ciudad, en El Batán o en los suburbios... anunciando siempre un corrimiento de mis tierras interiores, produciendo una radical transformación en mi conciencia, una catástrofe y después un reajuste... Sin duda, estaba aflorando un nuevo personaje, empezando una nueva historia, con todo su

PERIFERIA O MUERTE

sufrimiento adherido, su ruina... pero, yo no lo sabía, o no lo quise saber: allí empezó el que pudo ser y el que milagrosa y verdaderamente soy, el fracaso del personaje y el éxito del autor, la destrucción, la muerte, la plenitud, la creación...

Me dejé llevar, atrás quedaba el miedo a lo desconocido, con la seguridad de que de nada sirve escapar, pues te movieras en la dirección que te movieras, hacia el norte, sur, este u oeste, arriba o abajo, dentro o fuera, siempre te encontrabas con el mismo horrísono bramido de las olas al fondo de aquella calle, vaciándolo todo, devorándolo todo, mi pasado, mi presente, mi futuro, mis sueños, mi razón, mi corazón, todo, con el mismo, idéntico vacío enfrentándote a la misma última verdad, a la misma definitiva locura, a la misma muerte final y dejándote completamente solo en el centro de aquella calle de humildes casas surgiendo del mar en un barrio de pescadores de los suburbios que lindan con el mar en la ciudad de Málaga.

Pero, si todo estaba allí, por qué no hice caso a la rotunda voz del mar, si todo estaba claro, por qué seguí buscando, Dios.

LUIS LUCENA CANALES

Vino, después, una enloquecida búsqueda por las calles de los barrios periféricos de la ciudad dormida, infructuosa gestión de mis colegas tras el verde sueño de la hierba a la luz de las farolas con halos de humedad salina, como fantasmales telarañas agarradas al vacío. Se detuvo el coche, se apearon y yo me quedé allí en aquella irreal esquina de aquella calle de cualquier barrio-dormitorio que podía ser de cualquier ciudad del siglo, y donde todavía sigo, fuera del tiempo y del espacio, reviviendo hoy como entonces la aventura de la carretera con Kerouac-Moriarty, en pueblos desolados camino de la costa de California, unidos por la misma búsqueda sin meta, la misma paranoia de la hierba, el mismo deambular sin rumbo por la noche... Y al rato, tras la lúcida percepción plana y sin color, mortalmente cansado, esperando las primeras luces de la mañana, me he visto a mí mismo observando a los colegas, que giran en círculos sobre el fondo ciego de la noche, levantando sombras alrededor y me he sentido anónimo y ridículo en mi vulgar pequeñez provinciana. Y cansado, mortalmente cansado, he deseado volver al tenebroso bramido de las olas en el fondo de aquella calle... pero, es tarde para el mar, demasiado tarde para la muerte, pues hay que seguir adelante, a dónde nos lleve la marea y el viento, dar una vuelta o muchas vueltas, seguir de frente, aunque ya nada me

PERIFERIA O MUERTE

importe, pues lo único que podría importarme se ha quedado atrás... Desde esa cima inexistente observo, con un gesto cansado e indolente una página de uno de mis futuros libros, que todavía tendrá que esperar muchas madrugadas, y que es esta página que escribo y leo, ahora, en aquella misma esquina.

Y así acabamos, a las primeras luces del día, después de peinar la ciudad de un extremo a otro en busca de un camello, por las callejas de El Palo, con el miedo y el sueño y en ansia royéndonos las tripas como una rata de alcantarilla.

-¡Estoy flipando, colegas, estoy flipando ahora, flotando sobre vuestras fútiles cabezas!

Nos adentramos por las callejas umbrosas, desiertas, y yo flotando -¡mirad, sin cuerpo, colegas!-, con el mar metido como un disparo a bocajarro entre ceja y ceja y flipando con los brillos de la luz sobre el empedrado, con los amarillos cenicientos rebotando en las fachadas todavía dormidas, despejando a manotazos claros las sombras de mis ojos e hiriéndolos, sajiéndolos, vaciándolos de sueños.

Nuestras pisadas, sobre un fondo lejano de motores en marcha, en la calleja desierta, resuenan sobre el empedrado y en las fachadas palpitan infinitos cuchillos que cortan mis hilos con la noche y el mar... cuando de las sombras de un

LUIS LUCENA CANALES

portal un hombre surge. Es el primer camello que nos ataca y resulta ser un profesional bien enseñado. El menda se tiene el rollo bien aprendido, aunque tampoco hace falta ser un lince para darse cuenta de qué vamos. Los párpados caídos y la mierda resbalando y guiando nuestro olfato de sabuesos desconcertados son más que suficientes para coscarse de qué vamos, nada más vernos. Sin duda, conoce bien su oficio, en el que se emplea a fondo removiendo en nuestra paranoia, nuestro cuelgue de noche en vela, nuestro miedo.

-¡Goma de la buena! ¡Rica gomita!

-¡Vamos a verla! -dice, algo maltrecho por el sueño, el gilipolas que siempre sabe qué decir.

-¿Cuánto queréis?

-Sí es de la buena, cien gramos.

-Buena sí es, pero no llevo tanta encima. Si os hace, tengo más aquí al lado. ¡Toca! ¡Gomita rica! -le pasa una postura al entendido mientras no deja de vigilar torciendo la cabeza de un lado a otro, como un pajarillo-. Al veros llegar me había escondido -dice, ahora sin quitarme ojo de encima-. Esto está jodido.

-¿La pasma? -pregunta Tolo.

PERIFERIA O MUERTE

-¡Que va! A la pasma se la ve venir. ¡Tengo un mosqueo...! Al primero que he visto llegar a sido a ese -lo dice señalándome con un gesto rápido con la barbilla.

En realidad, hasta ahora que escribo sobre ello, no me había dado cuenta de lo que quería decir, exactamente, o sea: "tienes pinta de enganchao a la aguja, colega". Hasta ahora, veinte años después, no he captado la justa sospecha, el justo presentimiento que encerraban sus palabras.

-¡Tengo un mosqueo...! Anoche unos colgaos le levantaron las pelus y la mercancía que le quedaba a un colega, unas calles más allá y, encima, le dieron una paliza. Esto está muy malo. Hay mucho yonki, mucho colgao de la aguja...

Y sigue así, mientras el espabilado de la basca examina la mierda concienzudamente, la mira de soslayo, se la lleva a la nariz, la huele, la vuelve a mirar desde distintos ángulos... así se tira un buen rato mientras el camello no deja de largar sin quitarme ojo de encima. Por fin, el listo se la pasa a Tolo e intercambia con él rápidas y entendidas miradas.

-¿Qué te parece? Es buena, ¿no?

Pero a Tolo no le parece nada. Al menos, nada contesta. Se ha quedado ensimismado con el costo en la nariz, mirando Dios sabe qué en el balcón de la casa de enfrente. Tolo es un poeta y puede que esté observando en el aire claro de la

mañana de El Palo el transparente y frágil aleteo de un ángel, o similar.

-¿Vais a pillar o qué? -dice el camello, cortando por lo sano-.
¿Os hace?

Tolo pasa el costo y, sin decir nada, sigue mirando absorto en su lejana cercanía a algún punto invisible del balcón de enfrente. Ya he dicho que Tolo es un poeta. Tolo es un poeta y puede que esté viendo, entre los nebulosos blancos del balcón de enfrente, a una mujer desnuda despojándose del sueño a la luz de la calle, con el pelo negro cayéndole hasta la cintura, tratando de asirse todavía a un sueño hermoso que ya huye enmascarado entre los gorjeos matutinos de los gorriones. Yo también la veo y ella nos ve a ambos y nos da su bendición como una virgen mediterránea y pagana.

Años después comprendí que se trataba de la Dama del Jachís, a la que también vi por las riberas altas del río Guadalquivir, en las estribaciones de Sierra Mágina, entre las desembocaduras de los ríos Guadalén y Guadiana Menor y en Granada... la misma virgen negra, virgen morena con olor a romero, virgen montañesa y viajera..., en Sierra Nevada, Madre de los ríos y de los hombres de Andalucía que se desparraman luego por Córdoba y Sevilla, donde el río se remansa para igualarse al mar, su muerte, desde Cádiz hasta

PERIFERIA O MUERTE

Almería, de una a otra playa, de uno a otro puerto, como una virgen marinera, arcaica y profunda...

-Por mí, haced lo que queráis -dice, de pronto, el camello, cortando de un tajo mis ensoñaciones-. Si os enrolla os dais una vuelta por ahí a ver lo que encontráis, pero entonces no volváis, esto está jodido -lo ha dicho cambiando bruscamente de tono, que se ha vuelto tenso y hosco, mas, luego, volviendo a la afabilidad de antes-. Mejor no lo vais a pillar, colegas, os lo aseguro. Tengo la mercancía aquí al lado, si queréis nos hacemos unos canutos y lo probáis.

La mente fría titubea, entre la espada y la pared, en que nos ha puesto el camello, no tiene escapatoria, y después de consultar rápidamente con Tolo, que ya regresa sin dejar de mirar el balcón de enfrente, decide que vamos a probarla. Y como zombis tras el olor de carne viva nos vamos detrás del camello. Este abre una puerta, debajo del balcón de enfrente. Pasamos a un pasillo ancho, oscuro. Abre otra puerta, entra, descorre unas cortinas. Nos dice que pasemos. Pasamos. Yo soy el último en acomodarme en un tresillo de eskai rojo demasiado grande para un saloncito tan estrecho, que además contiene un aparador inmenso y una mesita contra la que aprieto mis rodillas al sentarme.

LUIS LUCENA CANALES

Ahora estoy pasmado mirando el manojito de posturas verdes y tiesas como rígidas culebras disecadas, estiradas sobre un papel de plata, en las manos del camello, que coge una y nos la ofrece. La agarra el enano y, otra vez, el listillo autosuficiente, con gesto seguro y entendido se la lleva a la nariz, la huele, la aprieta entre los dedos, la mira de uno y otro lado... coge un cigarrillo, lo desmenuza sobre la palma de la mano, pone una china encima y la quema con la llama de un mechero hasta que la resina se ablanda y sale el negro aceite de su verde centro.

-¡Es goma! -dice el camello-. ¡Mira el aceite!

-Pásame un papelillo, Tolo.

Mientras tanto, Lío, que, sin que nadie se lo dijera, se había enrollado enrollando un trozo de cartón arrancado a la parte interior de su paquete de *Camel*, le pasa el filtro. La operación que sigue hay que hacerla con extremo cuidado y parece que todos participemos en ella. Con nuestra atención centrada en el porro, todos al unísono lo liamos.

Una vez terminado, el enano lo enciende, y se queda mirando absorto un punto indeterminado de la pared... qué punto, todo a punto, en su punto. No creo que vea otra cosa que pared, ni siquiera ese desconchón hermoso en que se ha transformado el punto.

PERIFERIA O MUERTE

-¡Es goma de la buena! -repite el camello, pero se excusa cuando le pasan el *yoin*-. Es muy temprano. Queda mucho día por delante y luego acaba uno que no sabe lo que hace, hasta el culo de tantos canutos, y hay que estar al loro... pero, bueno, un par de caladitas sólo- da dos caladas breves pero intensas y se lo pasa a Tolo. En este momento se oye un arrastrar de muebles en el piso de arriba. Miro hacia el techo-. No pasa nada -dice-, son mis suegros recogiendo la cama plegable.

-¡Ah, pero, ¿tú vives en esta casa?! -y al instante me doy cuenta de lo inoportuno de mi pregunta. El enano saca a relucir su mirada de matón provinciano y me atraviesa con ojos cortantes, asesinos, que quieren decir: "este tío es tonto, nunca dice nada y cuando abre la boca, mete la pata". Lío me pasa lo que queda del porro, o sea, la chicharra, chupeteada, ensalivada, maltrecha, engurruñida, aporreada, casi muerta, aunque no estoy para hacerle ascos. Le doy una calada rápida y corta, que casi me quema las uñas, mientras pienso en lo estúpido que soy al interesarme por aquel hombre cuando mis colegas están tratando de cerrar con él un trato. Sin embargo, no puedo evitarlo, me interesa aquel hombre y la historia que me está contando.

Dice que está casado y que tiene dos hijos, el jachís no es malo, gomita de la buena, vive con sus suegros, la vida está

LUIS LUCENA CANALES

difícil, esto pesará unos cien gramos, total tantos talegos, esto está jodido, a la pasma se la ve venir, pero hay mucho gamba, mucho colgao del caballo en esto para costearse las papelas diarias, les importa todo tres cojones, yo tengo una familia, estoy en el paro, la goma es buena, mejor no la vais a encontrar, ahora que, si no la pilláis, no volváis por aquí, esto está jodido...

Mis colegas, o sea, los que saben y pueden, hacen cuentas mentales, calculan las ganancias después de descontar los gastos, regatean.

-Enrollaos, tíos, tiene familia.

Si pudiera me asesinaba, el matón. El camello sigue: esto está jodido... etcétera. Hasta que por fin deciden, después de un tira y afloja sin demasiada convicción, por dos o tres talegos más o menos, que la gomita es lo suficientemente buena como para no arriesgarse por las enrevesadas y peligrosas calle de El Palo. Está claro que, como dice el camello, esto debe estar jodido, así que vamos.

Salimos a la calle. Una tormenta de luz se desploma desde los tejados, cae como limaduras de oro sobre nuestras cabezas. Apretamos el paso, casi corremos... pero sigue lloviendo luz sobre nuestros párpados casi vencidos por el sueño, casi chapados por la oscuridad y el humo. Vamos

PERIFERIA O MUERTE

contentos, ligeros como bailarines, satisfechos. Alguien de nosotros, me temo que sea el enano, lleva en la mano un tesoro de posturas verdes y tiasas como rígidas culebras disecadas envueltas en un papel de plata.

Regresamos. En el camino de vuelta el pasado se hace jirones restallantes a la luz de una situación aparentemente nueva. Pero nada ha cambiado. Hemos aplastado una noche más contra nuestro anodino pasado, volvemos a los negocios del futuro con nuestro verde tesoro ínfimo, creyéndonos poseedores del instante y haciendo como si en realidad lo gozáramos, cuando en realidad estamos hartos y cansados de luchar, hastiados. Nos hemos negado a entrar en la desconocida dimensión del origen, mar/madre cósmica, y hemos dicho sí a la insulsa corriente que nos lleva como si fuera la única posible maravilla, y esto no nos lo perdonará la vida.

La dinámica del humo me devolvía una y otra vez a aquella playa de Málaga y, como un mordisco de tiburón desde sus profundidades, el encuentro con la Madre me trajo el terrible desamparo de mi infancia. Sentía, con lacerante

nitidez, el rechazo de mi madre y el aguijón de su desprecio. Veía como ella me había amamantado con el veneno del odio hacia mi padre y como había impreso en mí la pasión que me hace buscar, más allá de las leonadas playas donde naufragaron los imperios antiguos, una tierra de remisión que lentamente emergerá como una renovada Atlántida, un mágico Eldorado: Origen que dejo atrás, sólo momentáneamente, como la costa y los Montes de Málaga, la Sierra de las Cabras y las serrezuelas de la margen izquierda del Genil, tierras de gigantes, genios, ninfas, sátiros y dioses familiares. Ahí queda, atrás, porque es tiempo de ir hacia delante, aunque sé que germinará, crecerá y florecerá en mi vida y en mis libros. Ahora, acurrucado en mi rincón, en el asiento trasero del chevrolet destartalado de Tolo, me limito a liar un canuto tras otro y a fumar, de los que me llegan por los dos lados, prendido de las risas de mis colegas y de la música a todo volumen de la radio, a toda hostia por los campos andaluces del regreso. Y para no caer rendido conecto en mi cerebro el automático. Funciono al ritmo que me marcan mis propios movimientos bajo la economía gansa del canuto... Vega de Granada: a lo lejos, imponente como el templo de un dios antiguo, madre de múltiples ubres de nieve, Sierra Nevada... Indiferente y torpe, rulando por un campo de

PERIFERIA O MUERTE

azucenas de cristal mi mente estalla en un futuro tonto, por esa tierra de nadie, entre tres reinos que confluyen en el río de Occidente, ciudad del agua, Origen, paso de caravanas, cruce de caminos, umbral del cielo y puerta del infierno, *axis mundi*, vagina primordial y primer santuario del sagrado río de mis antepasados, por donde voy talegueando, por sus calles y bares y, luego, rodeado de colgados voy por un campo de heliotropos prendidos de un sol de cartón piedra de rayos coloreados con un foco en el centro que ilumina el fondo, embrumado y lento, de El Criminal, la legendaria taberna de paredes y techos enjalbegados y luminosos tableros de mármol blanco con patas de hierro negro y cuadradas y densas botellas de vino rojo, reunión de jachisinós. Mi futuro está sellado por aquel profético recuerdo: oníricas gotas de vino rojo, enormes, cayendo sobre el blanco y el negro, y una moneda verde de una sola cara quemándose, perezosa, indolentemente, humeando bajo la perezosa lógica del jachís y las miradas clavándose en los márgenes del aire con sus cacareos de vecinas, chaladas charlas y vulgares chácharas, buscando encuentros cercanos, contactos imposibles en la fría lejanía del humo, cuando pierdo la cabeza por tratar de saber qué está pasando, esa charada, si es que pasa algo, o si no pasa nada, ¿qué pasa si realmente es ahora cuando siento que está pasando algo?

LUIS LUCENA CANALES

Descabezado voy, y sin cabeza no sé por donde voy, abandonado, desamparado, descabezado, perdido, ¿alguien lo sabe?, buscando mi cabeza, madre, por las empedradas y empinadas y zigzagueantes callejuelas del barrio judío, lleno de indicios y secretos escondidos, deambulando por el vértigo, tropezándome en cada esquina con la madre mar de aquella noche, con las olas del mar bramando al fin de aquella calle y aquella noche inmensa de insondable vaso detrás de cada esquina... Me encuentro viviendo en un libro que he leído, *En el camino*. Pero la realidad es tan confusa, tan fría y tan cortante que me impide soñar más y me pregunto: quién soy, qué estoy haciendo, dónde estoy, a dónde voy... Todas esas preguntas sin respuesta en las empedradas callejas del barrio judío se rompen como pompas de jabón en el silencio. Silencio. Jaén sin referencias, como una idea extraña o una percepción de nada. Pérdida de la orientación y del sentido. Alucinados espacios como instantes inconexos que flotan en el aire un octavo de segundo y desaparecen en la oscuridad vacía. Como flotando niebla en un pantano de límites imprecisos, ¿aquí en el Sur?

Entramos en una casa del barrio de la Malena. Corro de adolescentes jachisinos con horario impuesto por el padre kafkiano ("tirano de halo misterioso") para volver a casa,

PERIFERIA O MUERTE

jugando alrededor de una mesa camilla a ángeles malditos. Imágenes grotescas y divertidas colgando de un hilo invisible, absurdo y monocordemente repetido. Y yo, allí/aquí, sentado con ellos ahora/entonces, riéndome de mi propia repugnancia por no romper la luna que refleja la horrenda negación de mis propios sentimientos, cobarde, revolcándome en mis propios excrementos, verde por fuera y gris por dentro.

Y así hasta que el presuntuoso matón de los movimientos felinos, el mercader prepotente y avariento me sacó de aquella rueda mágica, de aquel vicioso círculo. Me llama. En otra habitación se pesan las posturas verdes, rígidas y densas, sobre una balanza de precisión. Hay por allí un menda con pinta de expresidiario que entiende de eso. Sospecho que quedó a buen recaudo el diezmo requerido, pero no me importa, jamás vi en mis manos tanta mierda junta. La aprieto, noto su calidez pegajosa, me la llevo a la nariz, huelo su esencial, herbáceo, montaraz aroma, fresco y picante a la vez.

Vuelvo al salón con mi premio, lo pellizco con generosidad extrayendo una más que suficiente porción para ponernos definitivamente sonacas a todos. Me lo lío, fumo y paso...

-Va cargao el chiri.

LUIS LUCENA CANALES

Y luego otro, y otro, y otro más... no hago sino liar y fumar y pasar canutos... ¿hay algo más? Quemo la china sobre el tabaco, lo desmenuzo, lo enrolló, aspiro el humo, profundamente, lo mantengo... ¿hay algo más?, lo paso a mi derecha... me lío otro mientras me llega otro por la izquierda... en cada mano uno, a dos manos fumo, por primera vez desde que empecé a fumar yo soy el centro y la fuente de donde parten las escaleras del humo/espirales al cielo, ¿hay algo más?, aspiro el humo, lo mantengo... me hundo más y más... no hago sino liar y fumar y pasar canutos. ¿Hay algo más?

Hay algo que me impide desprenderme, al menos como me desprendo del humo, en un final de orgía. Huyó de mi sombra, la embriago, fumo abandonado, etéreo, sublime... pero el padre dominante que no es mi padre (mi padre es comprensivo y bueno) observa a los jachisinós, no olvida que todavía son cachorros y es hora de volver a la guarida. Su torva voz me paraliza y me impide quemar el mundo como un canuto, pero me fumo otro más, el último. No digas nunca el último, el que lo dijo está en la tumba... Y mientras, la casa se va quedando vacía, al tiempo que se va llenando de olas que dan contra la mesa camilla a la que me aferro como a una tabla salvavidas desde donde busco la risa ida de esa muchachita que parecía dispuesta a todo, hasta acabar en cualquier cama,

PERIFERIA O MUERTE

que es su tabla salvavidas, o en la cama de otro... Sin embargo, nuestra tabla salvavidas sigue siendo esta vulgar mesa camilla... se impone, pues, la sensatez de la partida. Mi figura, desconocida de pronto, hace aguas desde milenios sin fondo. En la renegona llamada del omnipresente tirano de halo misterioso, huyo de mi sombra, la embriago de vaporosas olas marinas, que vienen y van con el viento interno... barrenadas risas y miradas enloquecidas que miran desde otra orilla el centro del torbellino. Mi mente se desvanece... las voces sin eco se pierden por el ojo huero de un agujero hueco, negro absorbente, sumidero que ha dejado vacío el mar en un momento. Empiezo a divertirme. Lo fliplo flirteando con las pibitas que ya se van, que ya se vienen, a la llamada omnipresente del tirano que acecha y ordena. El tiempo cuenta y yo voy destruyendo todos los puentes a mi paso. Y al final me quedo solo, como siempre. Voy por un campo sin senderos donde encuentro una puerta que estoy dispuesto a abrir, pasar al otro lado... la luna un agujero blanco en el cielo negro mientras un rastrero viento arrebatada con un violento manotazo mi máscara de muerto y veo al fin mi verdadero rostro, y retrocedo, busco un asidero... en el umbral del abismo he visto unos ojos más tristes que los míos tratando de

LUIS LUCENA CANALES

agarrarse a algo que no sea su extraviada risa. En el umbral del abismo ese agujero sin fondo, vagina primordial, madre...

Los días siguientes, el mismo desfonde, pero con un movimiento uniformemente acelerado hacia el pozo donde habita la sombra de que huyo, fondo en el que me diluyo en el poso fatal de aquella copa en que me embriago. ¿Dónde aquella muchachita, ojos de cielo, que me escucha y a la que en la oscuridad del ferrial de San Lucas doy un súbito beso y ella se asusta, y, luego, desaparece para siempre como un fantasma en mi conciencia? ¿Dónde Mercedes, la dulce enfermera, una de las tres Marías, que arrastré conmigo y yace ahora perdida en el fondo de cartulina de un canuto? ¿Dónde Maite, aún fornicando en el Cerro de Santa Catalina, sobre las agujas de pino que se hincaban en su carne desnuda? ¿Dónde mis dulces damas, mis bellos y tiernos amores de un día, dónde? ¿Dónde los futuros amigos que cayeron en el olvido o quedaron suspendidos brevemente sobre el abismo por la frágil mano de un recuerdo? ¿Dónde Carmelo, Juande, Manolo, Alfonso? ¿Quién los sostendrá, a unas y otros, cuando yo me haya ido?

PERIFERIA O MUERTE

Nadie, pues me he vuelto a quedar solo y vuelvo, tan solo, a quedarme aún más solo, aunque mi mano se aferre a la flexible goma, maleable al calor de una promesa, y me agarre a una plataforma, o forma de plata, que se hunde en el mar de las calles abiertas a las estrellas reflejadas en el agua profunda del pozo aquel, de extraviada risa... aunque no recuerdo cómo, rompo de un puñetazo mi imagen en el espejo, abandonado en las calles del primigenio olvido, reflejo: origen del mundo... ojalá todo fuera mentira o lo estuviera inventando ahora. La sangre corre por mi muñeca herida. Ahora sé que desencadené a mi sombra. Aquellos ojos, no los ojos de Cielo, ni los ojos de María, ni los ojos de Maite, ni aquellos de Dulce se aferraban a mi sombra, sino aquellos otros ojos en el límite del abismo, unos ojos más tristes, más desesperados que los míos, aquellos ojos del colega y su tronco el expresidiario, me salvaron del suicidio. Era mucho el alcohol, las pirulas, los canutos y más que nada ese errar por tierra de nadie.

Así fueron aquellos días, al cerrarme al pasado mataba el futuro. No hay certezas, sólo sé que a partir de aquel momento mi sombra se apoderó de mi vida, ya que el intruso se había hecho uno con su sombra. Me había asomado al pozo de la madre muerte y no había sucumbido. Como vencedor que era estaba decidido mi camino. Me hice devoto de la

terrible diosa Kali. Mi danza profana iba a recordar la sagrada danza, sí, pero con la diferencia de que, al seguir siendo mortal, todo lo que hiciera en adelante sufriría la tajante mordedura del horrisono perro que devora el alma. Pues, como sabían los griegos y recuerda Aldous Huxley, la *húbris* es siempre seguida por la *némesis*: “toda victoria se paga y, para algunas victorias, el precio es tan alto que pesa más que cualquier ventaja que pueda obtenerse con ellas”.

Así que imperceptiblemente me fui hundiendo en las tinieblas de los suburbios interiores y una oscuridad mayor aún, una nueva droga, una nueva relación, por tanto, con la vida, se impuso, llevándome a la total ruina. Una vez desatados los monstruos inferiores, ya no había manera de volverse atrás ni detenerse sin conquistar el símbolo sagrado de la disolución total, el Santo Grial "tallado por los ángeles de una esmeralda caída de la frente de Luzbel, en el momento de ser precipitado en el abismo", según la leyenda registrada por Cirlot.

Se despertó el duende, comenzó la lucha, pues, como dice Lorca, "la verdadera lucha es con el duende": "todo hombre, todo artista llamará Nietzsche, cada escala que sube en la torre de su perfección es a costa de la lucha que sostiene con un duende, no con un ángel, como se ha dicho, no con su

PERIFERIA O MUERTE

musa (...) Ángel y musa vienen de fuera; el ángel da luces y la musa da formas (...), al duende hay que despertarlo en las últimas habitaciones de la sangre." Así que me entregué a mi duende, me hice uno con mi duende... pero "para buscar al duende -sigue el poeta- no hay mapa ni ejercicio, sólo se sabe que quema como un tópico de vidrios, que agota, que rechaza toda la dulce geometría aprendida, que rompe los estilos"... y así anduve perdido durante mucho tiempo por la periferia, rompiéndolo todo y sollozando en sus escombreras por la unidad perdida.

Ya no bastaba con la imagen desnuda con una copa de vino en la mano, ni del bruno cazador enloquecido que persigue su presa de deseo por prados idílicos sin jamás alcanzarla, pues al tocar el poso maldito, el cieno podrido, se dislocaron las tinieblas de la pasión perversa, de la morbosa pulsión de muerte de alas membranosas y negras, de la espada rota que tortura el propio corazón buscando sin descanso la sangre que da la vida, imponiendo su ciego objetivo y...

... Luego, una desconocida semilla de luz germinó en la tierra de mi espíritu, guiando mis pasos. Estaba salvado, me salvaba la poesía, la línea directa con los dioses. Por tanto, los dioses no habían muerto. ¡Aleluya! Cada uno ha de aceptar su locura, enfrentarse a su sombra sin matarla. Caí en la

demencia autodestructiva. Me había hecho uno con mi sombra y ella siempre manda. El buscador siempre acaba encontrando lo que busca.

Yo quise ser tan libre como para carecer de meta, renunciar a la búsqueda, ser uno que encuentra. Acepté por completo mi locura. Cada cual ha de aceptar su locura, enfrentarse a su sombra. Y mi sombra era aquella que al fin aparecía tras rasgar todos los velos, tras la sombra del "tirano de halo misterioso", rencorosa madre y prostituta que me arrojaba al fondo de mi infierno por no encontrarme con su desprecio, su abandono... Eso había en el fondo de mi historia: desamparo, mar insondable, *amor de madre* sin respuesta que vuelve con la noche, con la embriaguez, en cada mujer que encuentro.

Me despiertan unos tremendos golpes que vienen del piso de abajo. Abro los ojos. Observo, indiferente, el tremendo desorden del sórdido antro donde una bestia se esconde para fornicar, drogarse, tirarse pedos y levantar con los escombros del pasado un esplendente y hermoso palacio de complacientes fantasías. Su evidencia me reconforta de tantos

PERIFERIA O MUERTE

malos sueños que aún pugnan por abrirse paso y perdurar en la vigilia. Me levanto, después de gozar un poco más recreando los fragmentos de mi último sueño.

Busco la china de jachís que Vicente me quitó el otro día:

-Pero, bueno, cómo se te ocurre fumar droga estando en proceso de rehabilitación, se lo diré a Luis.

-(Idiota, es a ti a quien vendría de puta madre fumar un porrito de vez en cuando.) El jachís es un sensibilizador, amigo.

Pero, él nunca fuma: Vicente nunca pierde el tiempo, aunque a veces le gusta verse envuelto en el sopor confuso de los otros, quién sabe si para sentirse por encima de su propia nadería.

Busco en sus cajones atiborrados de pequeños objetos inservibles, sin duda recuerdos de otras vidas, de otros seres ya muertos o desaparecidos, de otras miserias diferentes, quién sabe si triunfos... Las cosas más absurdas, las más inesperadas pueden ser encontradas en los cajones de Vicente. Las guarda no por ellas mismas, sino como recuerdo de lo que nunca más será. Es esta absoluta futilidad, precisamente, lo que le hace, a mis ojos, tan significativo, tan enorme...

LUIS LUCENA CANALES

Al fin, encuentro la pequeña piedra verde en una cajita de cobre, envuelta en papel de estaño. La cojo, La desenvuelvo. La aprieto entre los dedos. Aún conserva en parte la maleabilidad de la resina fresca, de la goma. Aún huele a las luminosas montañas de Ketama, de donde viene, con el solano ciego, burlando controles policiales, fronteras y aduanas, escondiéndose de la gente de orden y de los perros enganchados que la husmean y si la encuentran la pierden en sus propios hocicos. Su aroma me penetra barriendo los malos sueños y abriéndome a los claros soleados de las montañas de donde viene.

Desayuno, diligentemente, un café largo y una tostada. Luego, me hago un chiri con poco tabaco, fino, elegante, con un largo filtro de cartón, como los de antes. Ahora los porreros los hacen con un trozo del mismo cigarrillo que se usa para la mezcla, aunque los fumetas del Sur, que son los que mejor conocen la hierba, les ponen el mismo filtro del cigarro, pues han comprobado que coloca igual, y es más sano (que una cosa no quita la otra, colega) al retener la nicotina y el alquitrán del tabaco, no los alcaloides del cañamo (que de todo hay que saber un poco.)

Ya estoy instalado frente a mi máquina de escribir, fumando lentamente, esperando sin prisa a que las palabras

PERIFERIA O MUERTE

irrumpan por sí mismas en el papel y tomen con un golpe de mano el blanco espacio.

Culebrea la mañana dentro de la habitación. Ahora estoy escribiendo que el sol atraviesa el invisible aire y fija mis percepciones en el flujo de agua de mi conciencia, se plasma contra la pared del fondo, que como una pantalla refleja los fotogramas carcomidos de mi historia. Lo vivido, lo recordado... una película muda que, por su entrecortada rapidez, resulta cómica y, por su argumento, trágica. Imposible, no obstante, apresar su último sentido, si es que lo tiene: personajes/arquetipos moviéndose como marionetas, tan deprisa que sólo queda la estructura del ritmo separada de todo lo demás, un esquema de la realidad por el que voy desamparado, despreciado, desarraigado, desengañado, despedazado, deslumbrado, desvelado y ahora descentrado por esta loca proyección de fantasía periférica, coda final, meta y origen de la danza de los desvelos que es mi vida. Todo, forma y contenido, máscara y rostro fundidos como una mancha abstracta en la pared del fondo.

Estoy sentado frente a la máquina de escribir, sin escribir otra cosa sino que estoy escribiendo: ESTOY ESCRIBIENDO AHORA QUE ESTOY ESCRIBIENDO... ESTAS LEYENDO AHORA QUE ESTAS LEYENDO: SOY/

ERES/ SOMOS EL MISMO: PERSONAJE/AUTOR/LECTOR, eso es todo. ¿Hay acaso algo más? Todo lo demás está en un nivel distinto de las palabras. Por lo tanto, todo lo que digo está bien dicho, todo lo que hago está bien hecho. Mi pelota rula tan deprisa que no me da tiempo a apresar el tiempo, a concretar palabras que expliquen los hechos/pensamientos... queda sólo el ritmo, como en las películas mudas, sin argumento... un río de imágenes entrelazadas que sin límites precisos fluyen, se oponen hasta anularse... y aunque trato de descifrar una palabra que he cogido al vuelo (un fotograma) esta pierde su significado, en un instante (un octavo de segundo), cuando intento encontrar su significado... perdida o rota la estructura significante se convierte en un indescifrable sonido, un insondable misterio que nada significa, pero tan bella... hasta que la nota dominante recupera su lugar en la escala y su perdido sentido en la siguiente octava, más alta o más baja... sonidos con sentido en las orillas de un río sin sentido, sonidos de otro tiempo se desvelan, de cuando el hombre era un niño permanentemente asombrado y agradecido con la vida.

Recupero mi pasado: incluso cuando aún no sabía escribir ya taraceaba ritmos y sonidos pueriles, con un tambor de lata, en el aire andaluz, mestizaje de todas las

PERIFERIA O MUERTE

razas/culturas/religiones en mi única sangre, de las cinco ciencias perdidas fusionándose en el primordial holismo, de los tres mundos en los múltiples personajes que son uno, de los cuatro continentes antiguos sumergidos que confluyen en el cruce de caminos de mi casa natal, en un sólo corazón, en un mismo y único origen. Estoy en el balcón de mi casa y soy un niño. Desde mi lúcida atalaya observo el espacio que separa el piélago del empíreo. Frente a mí la casa donde nací, la aserradora de mis tíos. Sobre los tejados, el cielo puro y ardiente del Sur, diáfano como un mar en calma. En la calle, abrumador para mi complaciente pereza, el trajinar incesante de la gente sencilla que viene y va, vencida y atareada, pero con tiempo suficiente para saludarse y preguntar por la familia.

-¿Y la familia?

-Bien, gracias.

-Ayer vi a Capilla y me contó lo de tu suegro.

-El pobre, si es que ya es muy viejo.

-Los años no pasan en vano, no.

-Eso. Y que Dios nos coja confesados.

-¿Te has enterado de lo de Juan?

-¿El que trabaja en Montepíos

-Ese.

LUIS LUCENA CANALES

-Mejor será callar.

Miran a uno y otro lado, algo asustados. Se despiden, se van cada cual por su camino, a las tareas del día, mordiéndose los labios, callando lo que saben prohibido, sabiéndose observados por los diez mil demonios violentos que acechan al hombre en cada esquina de aquella mi primera calle, la calle de mi primer amor. Escribo ahora sobre aquella calle.

Nos escondíamos a jugar a médicos en el portal de mi casa, que era la prolongación de aquella calle inmensa, olorosa y abierta donde nací. No recuerdo su rostro, pero sí la lisa y blanda dulzura de su sexo de niña a la luz de la calle, debajo de la escalera, temiendo que, en cualquier momento, alguien abriese la puerta y nos encontrara allí, a ella con las faldas levantadas, a mí con los pantalones caídos.

Pero si alguien venía, completamente alertas como estábamos, sus voces nos avisaban a tiempo, o el leve pisar de los pasos en la acera o el casi imperceptible fru-frú de los vestidos rompiendo el silencio solar de aquella calle de aire y fuego. Y como nadie nos interrumpía, nosotros nos mirábamos

PERIFERIA O MUERTE

con algo más que curiosidad, con delectación quizá, pero sin pasión aún, y nos tocábamos temblando con brevísima emoción, como quien roza una flor desconocida y extrañamente hermosa, temiendo romper su prohibido, profundo misterio.

Aquella calle fue también, cómo no, la calle de mis primeras pesadillas, indecisiones, dudas y miedos: el mundo se me mostraba como una loba hambrienta rondando la humedad cálida y llorosa de mis ojos de niño. Me refugiaba, seguro en mi inexpugnable refugio de fantasías, hasta que todas las apariciones se desvanecían en un solo punto negro que se abría a una acogedora oquedad sin fondo, como aquella que se expandía de la insondable nada cuando ella se abría de piernas y me mostraba su íntimo secreto, aquella discreta rajita de borrosas sombras tenues, serenas y redondas, como de terciopelo rosa, carnal terciopelo impúber abriéndose y cerrándose, pudorosamente, como los labios de una señorita bien educada y de sonrisa complaciente, a la luz salpicada de danzantes motitas de polvo como estrellas errantes en el aire en aquel rayo de sol que penetraba a través de la puerta del portal de mi casa y que hirió para siempre mi memoria. Y yo me quedaba allí, pasmado como un bobo y difusamente enamorado, observando aquel imposible milagro, aquel

LUIS LUCENA CANALES

enigmático ojo que me miraba, que me ha estado mirando desde entonces, que me mira aún, en cada instante de mi vida, sin comprender el sagrado misterio que le da forma, pues cada vez que creo penetrar su secreto se me escapa.

No recuerdo ni su nombre, ni su rostro, nada, sólo aquel encantador coñito de líneas insondables, que he buscado como agua que se escapa de las manos durante todos estos años por casas, camas, fiestas, bailes, pensiones, calles, bares y burdeles. Lo he buscado como quien busca un tesoro perdido en la profunda inmensidad de los mares, en las vertientes oscuras de las montañas y en sus valles, en el silencio de las noches, en la tiniebla primordial de los bosques y en los sombríos laberintos urbanos, en sus perdidos antros, en los libros, en el arte, en las azarosas figuras de suelos y paredes y en los pliegues delirantes de las sábanas arrugadas.

Me he equivocado muchas veces creyendo haber hallado la rosa azul de mis sueños, me he encontrado perdido sin saber qué buscaba... mas, ese olor a santidad que es intimidad de niña con las braguitas bajadas, ese rayo de sol como escalera al cielo desde el portal de mi casa de niño, han estado siempre ahí, clavada su oquedad, su nada creadora en mi cerebro, y cuando yo creí buscarla ella me buscaba y así hasta que su imagen manchada por el tiempo volvió a mí

PERIFERIA O MUERTE

transformada en un concepto vacío, abstracto santuario en su esterilidad perfecto, exacta ideación, reflejo muerto del Coño Universal que acabé adorando al sentirme desamparado por la Diosa Madre...

Suena el teléfono. Me levanto. Lo cojo.

-Le llamamos desde el departamento comercial del cortinglés...

Corto. Publicidad por teléfono, joder, lo que faltaba. Y además, no poder decir lo que pienso ya que se trata de una cinta grabada.

Aprovechando la interrupción hago la colada. Meto en la lavadora mis calcetines, calzoncillos, camisas, camisetas, pantalones e ideas anticuadas. Echo detergente, Olvido lava más blanco, aprieto el interruptor y a trabajar, máquina, esclava del hombre, máquina a trabajar, máquina del olvido, máquina.

Salgo de casa. Por no esperar el ascensor que está ocupado, bajo por las escaleras, a grandes trancos. Al pasar junto a la puerta del piso de abajo, aparece con su cara de lagarto cabreado.

LUIS LUCENA CANALES

-¡Oye, tú! -me grita-. Me tenéis hasta los cojones con vuestras fiestas nocturnas, drogadictos de mierda, que es lo que sois. La próxima vez subo y os rajo.

Tiene los ojos inyectados en sangre, y el rostro de pergamino, descompuesto de rencor y rabia contenida.

Me doy la vuelta y sigo mi camino. No quiero perder el tiempo en discusiones inútiles con alcohólicos incoherentes. Sé bien lo que es un borracho, he aguantado a demasiados en esas noches locas en que vas buscando compañía y acabas con uno de esos pelmazos, emponzoñados de alcohol y egolatría, uno de esos individuos desolados por el viento frío de la droga que la buena gente como ellos no considera droga, pobres diablos, imposible hablar con ellos, tan ocupados de si mismos, inútil intentarlo, reflejos en los espejos destrozados de la sociedad que los acoge y los acepta a la contra de los colegas ilegales. No escuchan... y menos aún si son resentidos y envidiosos como este que me increpa, tiene gracia, llamándome drogadicto. No es la primera vez que me aborda en crudo y me da caña en la escalera y me insulta con sus incongruentes amenazas, no es la primera vez que, como esta mañana, golpea el techo de su piso a propósito para despertarme... pero yo sigo mi camino *alante* con mi globo, no

PERIFERIA O MUERTE

voy a permitir que me lo pinche ningún curdelas, passso... sin duda, el jachís nos hace buenos.

-¡Eh, tú! -grita a mis espaldas-. Te estoy hablando a ti -pero yo sigo, passssssssssssssssso-. Es a ti, hijo de puta, drogadicto de mierda, te voy a...

He sentido sus pasos acercándose, a mis espaldas. Su mano temblorosa apenas si ha rozado mi hombro, si bien ha sido suficiente para que, de un salto, me haya dado la vuelta y entrado sin quererlo en su repugnante halo.

-¿Qué quieres, eh? -me encaro con él-. ¿Qué pasa?

-¡Te voy a...

-¡Me vas a qué!

-¡Vente conmigo al descampado de ahí enfrente que te voy a rajar, so hijo de puta! -lo dice quedamente, conteniéndose, porque teme el escándalo o qué dirán los vecinos si le oyen. Es necesario ponerse en su lugar para comprender que, a pesar de lo dicho, él tiene conciencia de ser un buen ciudadano, honrado trabajador y padre de familia. En fin, todo y más que yo no soy.

-Lo que tengas que hacer hazlo aquí, ahora mismo.

Lanza un golpe hacia mi cara. Quieto aguanto. El puño se detiene a suficiente distancia. No sé qué habrá pasado por su mente que le ha dejado un rastro de terror en los ojos.

-Como me toques, te doy -le digo, tranquilamente-. Y no vuelvo a avisarte.

-¡Venga, vamos al descampado!

-¿Tú y yo solos? ¿Eres marica?

Ha salido, como de su agujero una rata, su mujer, la loca, con los ojos mirando a ningún sitio, gritando, y luego uno de sus hijos, un fornido muchachón de unos dieciocho años, que también quiere pegarme. ¡Caramba, esto se está complicando demasiado! Sin embargo, les dejo que me insulten, sin abrir la boca, delante de los vecinos que, al oír el vocerío, se han asomado.

Me amenazan. Pobrecillos, son como asustados perrillos de hortelano. El que tiene intención de golpear nunca avisa, no pierde el tiempo amenazando, no discute... Con uno de esos, cuando quieres darte cuenta, estás tumbado en el suelo con la cara ensangrentada y tienes la nariz partida, destrozados los labios y no puedes explicarte cómo ha sucedido.

He conocido muchas clases de asesinos, todos lo llevaban escrito en la mirada. Un escalofrío te corría por la espalda al ver tu cadáver reflejado en sus pupilas. Todos llevamos escrito en la mirada, más o menos velado, lo que somos, pero por muy velado que esté, en momentos de

PERIFERIA O MUERTE

extremo peligro, se ilumina como un letrero de neón: CUIDADO, ESTOY DISPUESTO A TODO, SOY UN ASESINO, YO HUELO A SANGRE. Eso se percibe al instante aunque no sepas cómo, pero aquí, ahora, sólo veo a gente con problemas, que para sentirse alguien en su frustrada vida necesitan machacar a otros aparentemente más débiles, más desgraciados. Me asquea esa gente.

Me voy, entristecido. Los dejo contándoles a los demás vecinos lo de ayer noche y lo del otro día, lo ruidoso, lo pervertido, lo insoportable y lo mala persona que soy, total, todo lo que se puede esperar de un drogadicto.

Sí, sin lugar a dudas, el jachís nos hace buenos, tranquilos y un poco lentos para los pequeños deberes cotidianos. Si no te enrollas con las cosas, las cosas no se enrollan contigo. Puedes llegar a ser torpe como un hipopótamo fuera del agua, ensimismado y lerdo como un ángel acatarrado, feliz y oscuro como un iluminado dentro de una cueva, puedes llegar a no ver nada o a verlo todo con una claridad que hace daño: siete monos chillando al mismo tiempo por un coco dentro de tu coco y una abeja presa zumbando en tu cerebro o un cielo vacío y silencioso en un estanque quieto.

Vicente había dejado la nota y el dinero sobre la mesa de la cocina, al final había añadido: "El *Homo sapiens* va de cacería, ¡CUIDADO CON SER CAZADOR-CAZADO!" (Sic.)

El mercado está de bote en bote; cosa extraña, siendo hoy lunes. Me acerco al mostrador de la carnicería en que suelo comprar. Pido la vez y, mientras espero a que me toque, me entretengo planeando la estrategia a utilizar para cazar un solomillo como esos que, sanguinolentos, descansan sobre las tablas junto a chuletas y añojos.

Una carnicería es como una herida abierta en la bestia del hambre, que incita a volver a matar para satisfacerla. Pienso que nuestros antepasados *Homo erectus*, que según los entendidos fueron los primeros en utilizar las técnicas de caza de una manera continuada y sistemática, hace un millón de años, exaltaban su libido a través de la danza y del ritmo, perdidos en las profundidades de los bosques primigenios, vulnerables frente al cosmos y al misterio de la vida, antes de las cacerías, con el fin de poder visualizar la sangrienta orgía en que iban a participar y así poder afrontar la excitación que les producía la visión y el olor de la sangre, ese encuentro con

PERIFERIA O MUERTE

la muerte, en cierto modo semejante al producido en el acto sexual. El clímax de la ceremonia se cumplía cuando, descansando en el centro del círculo tribal, la sacerdotisa se abría de piernas y mostraba su sexo a los cazadores, que aullaban esgrimiendo sus armas al aire, haciendo como que sajaban con ellas las entrañas del animal muerto, y descubrían la tierra prometida en la excitante sangre corriendo libre bajo el cielo abierto... ¿no había ternura en esos hombres como no la hay en la carnicería... después de un millón de años? En esto estoy cuando, abriéndose paso a empujones, una mujer achaparrada y regordeta, interrumpe la secuencia de mis cacerías imaginarias, los bostezos de la clientela y la rutina, en su trato con la muerte, de los carniceros.

-¿Quién de vosotros ha sido el que ha vendido esta porquería a mi hijo? -dice, mostrando un pegote de masa blanquecina que parece carne picada.

-No sé, señora -dice uno de los carniceros, sorprendido en plena faena por la violenta arremetida.

-Es lo mismo. Sois todos igual de sinvergüenzas -replica la señora, con el rostro congestionado-. ¡Maleantes, canallas, ladrones! ¿No os da vergüenza engañar así a un pobre niño?

-No falte, señora -dice el otro socio.

-¿Que no falte? Pero si es que esto no tiene nombre, mira qué carne picada le habéis endosado al niño, si es todo grasa y tendones. Y luego mucho "protesta y exige" -dice señalando un cartel que hay pegado en una de las paredes interiores-. ¡Vosotros sois los delincuentes!

-No se preocupe, señora. Ahora mismo se la cambiamos por otra -interviene de nuevo el carnicero del principio, mirando de reojo a la clientela, que se le revuelve y espanta.

-¡De eso nada, monada! ¡Quiero mi dinero!

-¡Bueno, bueno... cálmese! Tome, aquí tiene su dinero.

Cuando la señora se va por el pasillo que le hemos abierto, como si fuera un torero, no sé si con admiración o temor, cruzamos nuestras miradas un momento, le ofrezco una sonrisa de apoyo, le murmuro al oído: "¡ole ahí tu ovarios, colega!", pero o se hace la sorda o no me ha oído, pues ella sigue imperturbable su camino con la frente alta del deber cumplido, de la pequeña justicia cotidiana satisfecha, del orgullo invicto.

Cuando ya se ha ido, oigo comentarios por lo bajo: "y luego se extrañan de que la gente compre cada vez más en los hipermercados, si protestan y exigen honradez del gobierno que cumplan ellos primero... sí, pero hay formas y formas, ha

PERIFERIA O MUERTE

sido un poco grosera... ¿un poco sólo?... la verdad es que se ha pasado..."

-¿La siguiente?

-Yo soy **el** siguiente -digo-. Me pone medio kilo de carne picada, pero que no sea de la del niño, ¿vale, tronco?

Varias personas se han echado a reír ruidosa y francamente. El carnicero se me ha quedado mirando, muy serio y algo corrido, con el cuchillo en la mano. Quizá le gustara hacer conmigo carne picada.

Sigo comprando. El incidente de la carnicería me ha alertado. Voy como un auténtico cazador por la sabana del mercado. Observo las colas formadas frente a algunos puestos y lo entiendo perfectamente: el cazador siempre elige la mejor pieza, la más fácil de cazar, la más apetitosa y, aunque muy pocas veces se encuentre la mejor calidad al menor precio, no siempre ocurre así: quizá, los tenderos sepan vender la mercancía haciendo ver lo que no existe con su abrumadora simpatía o, quizá, los clientes son inocentes y antojadizos y nunca aprenden. No sé, pero veo a los tenderos como hienas detrás de sus reclamos, esperando el momento apropiado para clavarte los dientes de sus tópicas sonrisas y distraerte para engañarte en el peso o venderte algo pasado de fecha, carroñas que ni los buitres quieren al mejor precio, ya sean carnes de

LUIS LUCENA CANALES

cerdo, cordero o vacuno, infladas de agua y química, o pescados de turbios ojos y pálidas branquias como sardinas, merluzas, salmones, chicharros, doradas, lenguados, emperadores, gallos, truchas, bonitos, palometas, bacalaítos, boquerones, o marisco con sabor a conservante o a petróleo como gambas, cigalas, langostinos, sepias, pulpos, calamares, almejas, mejillones, chirlas, cangrejos, o inmaduras o pasadas frutas y verduras con sabor a fertilizantes como manzanas, peras, naranjas, mandarinas, sandías, melones, melocotones, albaricoques, plátanos, tomates, acelgas, grelos, espinacas, nabos, zanahorias, puerros, calabacines, apio, cebollas, ajos, más los incontrolables ingredientes de los múltiples productos envasados tales como latas de conserva, repostería, aceites, vinagres, salsas, cereales, azúcar, harinas, legumbres, bebidas, vinos, zumos, y la arreglada presentación de los embutidos como chorizo, mortadela, salchichón, morcilla, choped, butifarra, sobrasada, jamón York, jamón cocido, jamón serrano, lomo, y de los quesos frescos, curados y semicurados, de cabra, de vaca y de oveja y de los adornados pasteles, bollos, confituras, encurtidos a granel y frutos secos como peladillas, almendras, cacahuetes, avellanas, garbanzos tostados, kikos, pipas de girasol y de calabaza, patatas fritas, berenjenas en vinagre, aceitunas... o sea, la lista completa de la

PERIFERIA O MUERTE

compra, o sea, toda la inmensa variedad de productos con que nos regalamos los humanos, o sea, la selva, y que pueden esconder una trampa, un engaño, un peligro, un veneno, como en la selva primordial de nuestros antepasados... o quizá sólo sea la "paranoia de la hierba" de la que habla Jack Kerouac. No importa, pues al terminar la compra creo que he aumentado sustancialmente mi conocimiento acerca del medio ambiente del hombre civilizado en su eterna lucha por la supervivencia. Estamos vendidos a los productores, a los intermediarios y a los comerciantes. El supermercado de la naturaleza está cerrado y, en su lugar, nos han abierto muchos otros, quizá más cómodos, aunque no menos peligrosos, pero... no podemos volver a las cavernas, y aunque pudiéramos no creo que quisiéramos muchos... y así sigo. En fin, que acabo por convencerme de que el progreso sólo trae ventajas, ya que acabo de hacer la compra para varios días en una hora y sin contratiempos. Así que, en un momento, el *homo sapiens* evoluciona en *homo sapientissimus*, hasta que llego a casa y desenvuelvo la carne picada y descubro una masa compacta y blanquecina, todo grasa y tendones... entonces, el *homo sapiens* acaba siendo lo que es actualmente, regresivo y decadente, en sus distintas subespecies: *homo sapiens dolosum* y *homo sapiens superbum*, que evolucionarán

irremediablemente hacia una nueva especie: *homo estupidus*, o sea, el cazador cazado de Vicente.

Hoy han vuelto a comentar en televisión, con todo lujo de detalles y algunas imágenes, lo del asesinato aquel de la lumi en un garito de carretera y me ha venido otra vez el olor de la sangre, la carnicería del hombre desde hace un millón de años, el olor de mi propia sangre mezclada con otra sangre. Han informado, entre los escándalos de corrupción política, los crímenes de ETA y la “guerra sucia” de los comandos antiterroristas (GAL), que la policía está sobre la pista de los asesinos, probablemente dos drogadictos. Sin saber porqué he sentido una cósmica compasión por sus miserables almas. Quizá tenga razón Vicente y estemos llegando al límite donde el ser se disuelve en aquel no lugar de donde viene, pero antes mostrará toda su podredumbre. Esta noche emiten un programa especial sobre el caso. Quedamos Vicente y yo para verlo juntos, aunque, a última hora, abandono: la basura que se derrama a través de la caja boba acaba por atiborrar mi mente.

-A dónde vas, Arturo –me grita Vicente-.

PERIFERIA O MUERTE

-Estoy harto de carroña. Vuelvo a mi refugio.

-Espera, espera hombre... ahora que empieza a ponerse interesante.

Vicente teme no poder comentar con nadie su teoría del Apocalipsis.

-Eres un borde sin remedio, Arturo.

En mi habitación, tumbado en la cama observo, con la luz apagada, las sombras que proyecta esa otra luz en mi cerebro: recuerdos confusos, que bien pudieran ser sueños o fantasías de otro tiempo o de otro personaje... hay una laguna en mi memoria y en su fondo un sumidero que se lo traga todo...

...un río de aguas claras, un valle entre montañas y terribles noches de dolor, soledad y frío, noches y días delirantes por un bosque de proteicas sombras, descabezando un breve sueño al amanecer... y, luego, el olor de otra sangre, aunque no podría precisar de quién era esa sangre.

Pienso que quizá, yo sólo sea la posibilidad de un día, el personaje de una historia que se independizó en algún punto

de la historia del autor-creador, o quizá nada sea cierto, o lo cierto sea que yo sea sólo un adicto a la ficción.

Me duermo y... comienza la vida.

Vuelvo a las calles. Voy sembrando dudas, como semillas-bomba que explotaran en mis textos. La vida, como los sueños, inconexas burbujas.

Excavo con mi escritura una trinchera. Penetro en el hoyo de los cadáveres sin rostro y allí se encuentra ella, mirándome sin ojos.

Ha anochecido, con violencia, sobre un Madrid salpicado de granulosas luces y de informes bultos pululantes, sombríos, impulsados a su inconsciente danza por el ritmo incesante de los motores, en una frenética sinfonía de explosiones; el único contacto es la caricia de los visuales roces brutales o ambiguos, como definitiva despedida o aliento enfriando en los espejos, y que ya corre como una lágrima por las frías superficies poniendo su mortecino acento de vida y que, al fin, se queda en eso, en un momentáneo deslumbramiento que cruza como nada entre la nada...

PERIFERIA O MUERTE

En la indiferencia de las miradas lejanísimos trazos pirotécnicos, como difusos destellos fantasmales de nada sobre un fondo de vacío cielo. Nada por la Avenida de la Albufera, nada por Peña Prieta, nada por Monte Igueldo, donde un caballo blanco trota pateando estrellas y demandando albas en las lunas de los escaparates negros (dentro es más allá) como mágicas cuevas de Aladino de fondos repletos de tesoros inalcanzables (de deseos tergiversados sin la palabra clave que convierta lo deseable en útil) y que me devuelven mi imagen sangrando, desfigurada y rota...

Macilenta luz pone en los transeúntes agónicas máscaras de quita y pon sobre sus rostros de cera amarga. Estoy perdido, aunque sé por donde voy (calle de Monte Perdido) no tengo a donde ir. Soy un don nadie que camina entre otros don nadie rumiando como un buey cansado mis propios pensamientos (que pueden ser los de otro), proyectos, ilusiones, recuerdos, fantasías (estas palabras escritas en la boca silenciosa de un lector)... qué se yo, pues ahora oigo una voz surgiendo del fondo sin fondo de la noche, que quiere como yo ir más allá, penetrar y devorar, como un caníbal el cerebro en el cuerpo de su víctima, y adueñarse de/ hacerse uno con el espíritu del mundo.

"Un libro debe ser (es una voz rajada por el vidrio de una ventana apedreada) como un pico de alpinista que rompa el mar helado que tenemos dentro", porque "si el libro que leemos no nos despierta, (es una voz que sangra) como un puño que nos golpeará el cráneo, ¿para qué lo leemos? ¿Para que nos haga felices? ¡Dios mío! También seríamos felices si no tuviéramos libros y podríamos, si fuera necesario, escribir nosotros mismos los libros que nos hagan felices. Pero lo que debemos tener son esos libros (es una voz que hiere, herida) que se precipitan sobre nosotros como la mala suerte y que nos dejan profundamente angustiados, como la muerte de alguien a quien queremos más que a nosotros mismos, como el suicidio." Son palabras de Frank Kafka, una voz rajada por el vidrio de una ventana apedreada, y yo la piedra abandonada en el fondo de la habitación repleta del terror al mensaje vacío. "Como el suicidio, repite, como el suicidio", pero yo no voy a suicidarme sino que voy a escribir un libro, que viene a ser lo mismo, pero más lento: como un envenenamiento progresivo que pondrá en evidencia el *horror vacui* de mi propia vida.

Si es verdad que en nuestra época no hay más patria que los ideales, como dijo no sé quien, a partir de entonces, he sido un apátrida. Y aún lo soy. Deambulo por las calles borracho de todo lo que veo. Como un vagabundo loco,

PERIFERIA O MUERTE

tolerado por las crueles mafias de la calle, voy y vengo, todo lo acepto, como un registrador automático que siente, ve, escucha, cuenta y olvida. Tampoco a la pasma temo, pues he aprendido a guardar las apariencias y cumpla a rajatabla la tácita norma de "sálvese quien pueda". Cómo único delito confieso el luchar por un territorio propio en el asfalto -entre fieras que entre sí se devoran por un placer escondido o unas monedas- diciendo lo que veo...

En algún lugar desconocido (yo no le conozco a él aunque él sí me conoce a mí) hay un autor escribiéndome, que confunde su vida con la mía inventándome/ haciéndome/ escribiéndome: apuntador empático que conoce y usa su arma escrupulosamente y, luego, suelta a su presa en el momento justo...

...y yo a lo mío. Sin duda, voy a lo mío... lo mío, mas, ay, buen Dios mío, ¿qué es lo mío?

Esta noche siento, fuera, un tumulto de máscaras vacías de desconocidas intenciones -lejos, un horizonte de fachadas fijas- que se aferran a las playas del golfo de mi cuerpo y a las olas del estuario de mis nervios, en el mar de mis ojos o en el río de mi sangre, con sus garfios de miedo. Pero yo no tengo miedo, ya que estoy completamente loco y me enfrento a pecho descubierto con los perros del otro lado,

LUIS LUCENA CANALES

habito en la frontera, mi madre es Hécate tricefála y traigo su mensaje a los mortales, que vienen hacia mí como un tumulto de máscaras vacías -lejos, un horizonte de fachadas fijas- que se aferran a las playas del golfo de mi cuerpo y a las olas del estuario de mis nervios en el mar de mis ojos o en el río de mi sangre con sus garfios de miedo...

... yo no soy un asesino aunque desde hace un millón de años venga matado por el placer del olor de la sangre. Así me afirmo...

... Y así deliro, tirado en un pequeño rincón infinito de la calle, cuando un desastrado vagabundo de pantalones caídos, guantes de dedos cortados, ojos ardientes y barba de pelo rojo, fantasma borracho del incomparable Charles Bukowski, cruza su mirada con la mía, y me espeta con deje socarrón y alcohólico:

-Si un hombre es un buen escritor, nada, ninguna de las cosas que le rodean lo van a poder destruir. No importa si está encerrado en solitario o rodeado de putas. Si es un condenado buen escritor, lo seguirá siendo. Pero si no es realmente bueno, la cosa más pequeña lo podrá destrozar.

-En eso estamos, colega -le respondo.

Vuelvo a las calles. Excavo con mi escritura una trinchera. Penetro en el hoyo de los cadáveres sin rostro. Hay

PERIFERIA O MUERTE

una mujer tumbada en una sucia cama con una chuta en el brazo y yo voy a encontrarme con ella.

Cocino. Me gusta cocinar de vez en cuando. Es relajante. Es un arte para pintores y, aunque yo aún no lo sea, no descarto dedicarme a ese arte algún día. Así que cuando me da el zamacuco le hago a Vicente la comida. Me enrolla. Hoy voy a poner unas verduritas cocidas, que le van chipén al colon de Vicente, y pollo al ajovino, con vino y ajo, o sea. Una comida simple y saludable.

Primero lavas y cortas la verdura y la pones a cocer en la olla rápida durante unos siete minutos desde que empieza a girar la pesa. Es decir, y esto es muy importante para el punto de cocción, cuando se oye exactamente: psst, psst, psst, psst, psst... y así, de manera intermitente, cada vez más rápido. Luego, pelas muchos ajos, sin pasarse claro, la cantidad va en gustos, y lavas el pollo. Higiene sobre todo. Echas suficiente aceite en la sartén y sofrías los ajos. Cuando estén doraditos agregas el pollo troceado, que crepita al contacto con el aceite hirviendo, poniendo la cocina hecha un asco. Cuando esté doradito se añade el vino, blanco

LUIS LUCENA CANALES

preferentemente, si no se tuviera, mejor es echarle cerveza, aunque en realidad es un plato diferente que se llama pollo al ajobirra... en fin, creo que me estoy liando y se me está quemando el pollo... Se deja consumir el vino y listo.

Vicente llega del trabajo algo mohíno. Al ver la mesa puesta me mira, confundido, pero no dice nada. Se dirige a su habitación, a cambiarse de ropa. Luego entra en el cuarto de baño. Mientras tanto canto, a voz en grito, ese fandango de El Cabrero que dice:

*Y en lo altooooo de uuun olivooooo
mi escopetaaaaa voy aaa corgaaaaaar,
me he llegao aaaaa coonvenceeeer
que si sirveeeee es paaa mataaaaaar,
no la volveeeeré aaaa cojeeeeeer.*

Vicente sigue encerrado en el servicio.
-Vicente, aligera, que se va a enfriar la manduca -grito.

PERIFERIA O MUERTE

-Ya voy -se oye detrás de la puerta. Al rato suena la cisterna con su líquido estruendo. Un poco después Vicente sale, muy serio y muy digno, y se sienta a la mesa.

Empezamos a comer en silencio. Sólo se oye el entrechocar de cubiertos y platos.

-¿Puede saberse qué celebramos?

-Nada que yo sepa. Sólo que me apetecía cocinar... he ido al mercado.

Silencio de nuevo.

-¿Qué tal te ha ido hoy? -pregunta sin muchas ganas, como obligado.

-Bien. ¿Y a ti?

-Mal. Muy mal -hace una pausa. Al rato, vuelve a preguntar-. ¿Has escrito?

-No mucho. He leído un poco... y, sobre todo, he disfrutado del espléndido sol de la mañana.

Vicente calla, aunque sé que no le ha caído nada bien mi comentario. Observo en su rostro un rictus amargo, de profundo desagrado. Debo tenerle hasta los mismísimos, sin duda piensa que soy un jeta: todo el día tumbado a la bartola mientras él se mata trabajando... más la sospecha de que me tiro a su chica. Pero, qué quieres, Vicente, son gajes del oficio: un escritor trabaja incluso cuando está descansando o

LUIS LUCENA CANALES

follando, durmiendo incluso. Necesita pues un ambiente relajado, una actitud sin prisas y el acto... el acto sexual que descarga las tensiones. No hay creación con represión.

Cuando termina de comer, Vicente se levanta, va a la cocina. Al rato, viene con la cafetera humeante y dos tazas. Empieza a servir el café con la cabeza cachea, que de pronto levanta. Me mira, me sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa sin dejar de mirar el humeante chorro negro que se vierte sobre su continente, o sea, la taza, propiamente. Él sigue buscándome la mirada sin darse cuenta de que el contenido ha llegado al borde de la susodicha, o sea, el continente, de manera que se derrama superado su límite sobre el blanco mantel y ya se extiende como la sombra de un incendio en la nieve, como una marea negra en un mar helado, como un cáncer en la linfa inundada de muertos leucocitos, como un eclipse visto desde un satélite...

-¡Hostias! -exclama al darse cuenta-. ¡Podrías haberme avisado! ¡Cómo he puesto el mantel! ¡Lo siento!

-El mantel es tuyo... no lo sientas, Vicente. Además, ¡qué hermosa mancha! ¡Cómo he disfrutado viéndola extenderse!

-ii¿qué?!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

-El error te hace más humano. Créeme, ha sido alucinante. ¡Gracias, Vicente!

PERIFERIA O MUERTE

Me mira, con los ojos idos, como de un loco mirando a otro más loco que él y, luego, mira a la mesa y ve las gotas caer al suelo y grita:

-¡El parqué recién encerado, Dios mío!

Se levanta. Corre a la cocina. Al instante viene con una bayeta en la mano, se tira al suelo y limpia, limpia con vehemencia, limpia con ardor, limpia con pasión, limpia con tanto amor por ese suelo como el que tengo yo por mis papeles... Huyo a mi habitación, saboreando el café, lentamente. Pongo una cinta en el casete. Me tumbo en la cama. Me da la risa cuando pienso en mi amigo.

-¡Qué tipo más estupendo, ja, este Vicente!

*Me junto con toda clase de delincuentes,
a veces comen en frío y otras en caliente,
roban todos los días dos coches,
uno por la mañana y otro por la noche.
Me es muy familiar su ternura
y la facilidad con que divisan la basura.
Al final me buscan una ruina
y me venden por una lata de sardinas.
Me quiero asegurar que mi sombrero está bien roto
y los rayos pueden entrar en mi cabeza.*

LUIS LUCENA CANALES

*Te quiero conquistar con el suave viento,
gratis y fresco, de mi abanico de cristal,
de mi abanico de cristal,
de mi abanico de cristal, ahahá, ahahá...
Me son también conocidos los traficantes,
los que llevan camino de doctores y los almirantes.
Llaman a la puerta de mi casa...*

-¡Adelante! ¡Pasa, Vicente! -no sé qué mosca le habrá picado, él no acostumbra a llamar a la puerta de mi habitación antes de entrar.

-¿Puedes bajar el volumen del casete, Arturo?

-¿Por qué, no te gusta Kiko Veneno?

-Sabes perfectamente que detecto su música, pero no es por eso que te pido que la bajes.

*Te quiero conquistar con el suave viento.
gratis y fresco, de mi abanico de cristal,
de mi abanico de cristal,
de mi abanico de cristal, ahahá, ahahá...*

-¡Escucha, escucha un poco!

PERIFERIA O MUERTE

-No quiero escuchar, Arturo. ¡Y quita ya esa mierda de música, así no hay quien se aclare!

-¿No habrás venido para mantener una conversación sobre música? Ya sabes que también me gusta Mozart y Paul Winter, Beethoven y los Rollings, Loud Reed y Paco Ibáñez, Louis Armstrong y Lito Vitale, Bach y Jim Morrisom, Michel Nyman y Camarón de la Isla...

-Sí, ya sé que tienes gustos muy variados y... contradictorios, pero no, no he venido a discutir acerca de nuestros gustos musicales. Tengo que hablar contigo de ciertos asuntos bastante más import... -Vicente eleva el volumen de su voz, eleva el tono, eleva boca, la cabeza, eleva los brazos, el pecho, el vientre, las piernas... se está elevando, levita como un santo cabreado en medio de la habitación, mientras yo sigo cantando.

*Se me han olvidado todas las oraciones,
los lamentos de los curas y predicadores.*

-¡Te estás pasando, Arturo!

*Me miro en el espejo por la mañana
y me asombro de tener aún la misma cara.*

-¡Corta de una vez esa horrible música, joder!

*Pregunto: "¿quién es aquí el más fuerte?"
me estiro las orejas y me cuento los dientes.
En los carteles van los importantes
este carro es de comediantes.*

Ahora estoy cantando y bailando delante de Vicente, que me mira entre resignado y con mala leche. No se decide a tomar una decisión definitiva, su voluntad está bailando con mi danza, con el veneno de la música de Kiko ha perdido totalmente el control sobre sí mismo.

*Me quiero asegurar que mi sombrero está bien roto
y los rayos pueden entrar en mi cabeza.
Te quiero conquistar con el suave viento,
gratis y fresco, de mi abanico de cristal...*

Y Vicente sale rebotado de la habitación, dando un portazo.

*de mi abanico de cristal,
de mi abanico de cristal, ahahá, ahahá...*

PERIFERIA O MUERTE

Cuando salgo al salón, Vicente me arma un pollo de cuidado. Por lo visto ha descubierto que le he levantado la china de tate que tenía escondida. ¿Ese era el asunto importante que quería tratar conmigo: una mierda de china que no ha llegado ni a los postres? Pero, hay que entenderle, para Vicente lo que cuenta es la intención, no el acto en sí. Es bueno lo que hacemos con buena voluntad, en esto Vicente es kantiano, y no puede haber buena voluntad cuando hay conocimiento del mal que se procura con nuestra acción. En este caso mal para mí... en fin, que me da la charla. Le importa más lo que él piensa del bien que mis explicaciones, motivos y razones. Por lo tanto, saliva que me ahorro. No creo además que sea capaz de entender los importantes motivos que he tenido para hacerlo. Me parece haberlos explicado antes, aunque me da igual si no lo he hecho. Yo pienso que el bien es relativo al conocimiento que tengamos de la universalidad del bien. Por lo tanto, si no se está dispuesto a escuchar, totalmente, difícilmente se podrá conocer el bien que el otro dice. Así que, no tengo por qué dar explicaciones a nadie. Con el fin de llevar la conversación a otro punto le he contado lo que me ha pasado esta mañana con el vecino.

-¡Lo que faltaba! -ha exclamado-. ¡No haces otra cosa que meterme en líos! Tengo que replantearme muy seriamente tu

LUIS LUCENA CANALES

permanencia en esta casa -no creo que lo diga en serio. Comprendo que esté resentido por lo de ayer noche, pero no creo que sea para echarme a la calle. Él tiene un compromiso que cumplir, en conciencia.

-Vicente, qué has hecho de tu "imperativo categórico formal único".

-¿Qué?

-Que lo que no quieras para ti no lo quieras para los demás.

-Bueno... huummmm.

-Te hablo de tu deber moral conmigo.

-Ya.

Por la cara que ha puesto, tras el descoloque inicial, creo que estoy agotando su paciencia. Pero, después de algunas duras exclamaciones y crueles amenazas, al fin resulta que Vicente lo único que quiere es hablar conmigo, confesarse, está tan solo el pobre. Y yo le escucho, él sabe que nadie más que yo en este mundo le escucha con tanta atención. Y él me lo agradece dándome alojamiento y desahogándose conmigo o insultándome de vez en cuando. Simbiótica comunidad de intereses llamo yo a esto.

Ahora me está diciendo que hay que tratar con amabilidad a los vecinos. Es necesario sopesar los pros y los contras y decidir siempre por el bien de los demás, dice, y ya

PERIFERIA O MUERTE

no me parece kantiano Vicente, sino más bien utilitarista. "Mi bienestar depende del bienestar de los demás", calculaba estadísticamente John Stuart Mill (ese señor cuantitativo incluso en el apellido.) Y sigue: es necesario guardar las apariencias, por el bien propio y el bien de los demás. Trata de educarme. Se siente útil de esa manera. Yo le dejo que me dé la charla, no le contradigo, le observo simplemente, en silencio. Al fin y al cabo soy yo quien está en proceso de reinserción social, sobre esta base están establecidas nuestras relaciones, y su compromiso.

-La gente no es mala, aunque sea ignorante. Hay que ser paciente con ella y aprovechar su ignorancia para llevarlos a nuestro terreno con astutas, si bien benevolentes, argucias...

-gira ahora su discurso en un sentido bien distinto, que yo llamaría maquiavélico.

Y sigue así durante mucho tiempo aún, con ese rollo suyo que me pone malo y hace aflorar lo peor de mí, pues es falso, es hipócrita, es bienintencionado.

-Porque vamos a ver, yo soy amable, correcto y educado con quien me respeta, pero con la gente que intenta avasallar mi intimidad, mi propio espacio, con esa gente no tengo compasión ninguna.

LUIS LUCENA CANALES

-Hombre, no es necesario llevar las cosas a esos extremos, siempre es posible... un acuerdo... un contrato social.

-Ya "el hombre es bueno por naturaleza", que decía Rousseau.

-Sí, por qué no.

-Porque es mentira. El hombre es bueno y es malo, por naturaleza. Si no dejas que salga lo peor de ti, desde lo más profundo de tu cerebro de reptil, eso mismo acabará por emponzoñar tus mejores intenciones. Yo soy el que soy y no tengo por qué disimularlo. Y al que no le guste que se joda. Esto es así, por lo llano. Ahora, si hablamos en términos éticos todo estaba ya, a mi modo de ver, en la Grecia clásica: "el bien es universal" (dice Platón), pero al ser conocido "el bien es relativo" (que dicen los sofistas). Pero, digo yo, qué necesidad hay de conocer el bien. El bien hay que vivirlo. No un bien estructurado por el pensamiento, las costumbres, la ley. El conocimiento reduce el bien a los límites del pensamiento y, por lo tanto, empobrece la vida. Cada ser humano es la totalidad de la vida, con lo bueno y lo malo. Negar uno por el otro es transformar al individuo en caricatura. Uno puede pasar por la vida con una "moral de señor" o una "moral de esclavo" y esto sí resulta relevante, pues, a mi modo de ver una moral de señor implica libertad con respecto a los condicionamientos sociales, culturales, etc. y, por lo tanto, el

PERIFERIA O MUERTE

permanecer alerta a sí mismo y al mundo (que son uno en realidad), como el animal en el bosque. De esta percepción alerta, que en rigor no nos pertenece y que es la auténtica libertad, surge espontáneamente lo que está bien y lo que está mal. Por ello, quizá no se trate de una moral propiamente dicha y, por lo mismo, quizá la moral del señor sea la amoralidad. Es decir, la moral del lumpen (lo más bajo) elevada a lo más alto, la aristocracia. O lo que es igual: esta moral sólo es practicable por la aristocracia del lumpen, la moderna caballería andante. Sin embargo, ya sé, que una cosa es predicar y otra muy distinta comulgar, pues no es la buena voluntad, ni la utilidad, ni el deber, ni la libertad, sino el entendimiento el que ha de guiar los pasos de un caballero andante y no locura en las palabras, lo que vendría a significar que, quizá, yo y tú sólo seamos entes de ficción, sin entendimiento ni voluntad propia...

-Bueno, bueno, vamos a dejarlo, que me enrollas.

Pero no lo deja, ahora dice que va a bajar a disculparse, que le acompañe, que me humille delante del lagarto beodo y de la rata loca. ¡El loco eres tú, Vicente!

-¿Quieres bajar a disculparte a pesar de que los domingos te ponen Los Cuarenta Principales a todo volumen con la intención de no dejarte dormir hasta el mediodía?

-La convivencia exige ciertos sacrificios por ambas partes
-dice, cogiéndose las manos como un cura.

Sin embargo, yo le he visto aplicar la tortura de la gota en caída libre sobre una fiambarrera de plástico, como caja de resonancia en la bañera, durante horas, un día tras otro, y algunas noches, hasta que me levanto a mear y corto el grifo, compasivo, casi llorando al pensar en la pobre loca que tiene insomnio y teme armarla por no despertar al sordo de su marido o a sus inocentes hijos. Me parece una venganza excesiva, cruel y cobarde. Es muy fuerte eso, Vicente. Aunque, esto último no se lo digo, como tampoco que le he visto arrastrar muebles con el sólo objetivo de joder a los de abajo, porque se ha enterado de que está enfermo alguno, o enchufar la tele a todo volumen a horas intempestivas y llamar "juego" a ese puteo callado y mezquino... Cualquier cosa vale, todo menos llegar a la cruda verdad de las palabras fuertes y de las crueles manos. Porque hay que guardar las formas, por favor, las formas ante todo.

- Que no Vicente, todo ha venido por lo de anoche. Lo suyo fue una declaración formal de guerra

-¿Lo de anoche? ¿No sé a qué te refieres?

-Sí, hombre, cuando subió a interrumpir el dichoso jueguecito...

PERIFERIA O MUERTE

-No sé de qué me estás hablando.

-Del juego más interesante, Vicente

-¿...?

-Pero, bueno, Vicente, ¿te estás quedando conmigo o qué?

-No sé de qué me hablas, de verdad, Arturo.

-Sí, hombre, de la fiestecita del domingo pasado, el juegucito ese en que acabamos todos en pelotas.

-Pero, de qué fiestecita me hablas, el domingo no hubo aquí ninguna fiesta, a no ser que llames fiesta a ver el *derby* en televisión con los amigos. Lo habrás soñado, ¿no recuerdas que te quedaste dormido?

-¿Qué dices, tío? ¡No jodas! ¿Yo, dormido? Pero, bueno... ya entiendo, quieres olvidarlo, por lo de Lucía.

-¿Qué es lo de Lucía, Arturo?

-Bien, bien, por mí, perfecto..., si tú te sientes mejor así, negando la evidencia.

Nos quedamos quietos un buen rato, miramos de frente. Nunca, hasta ahora, me había dado cuenta de lo mucho que nos parecemos. Podríamos incluso hacernos pasar uno por otro, si no fuera porque somos tan diferentes.

-¿Negando qué?

-Lo de Lucía.

-Pero, ¿qué es lo de Lucía?

-Anoche quedó claro, ¿no? Tú estabas presente, y lo sabes como yo, aunque no quieras aceptarlo.

-Me estás liando como siempre, Arturo. Pero, basta, te digo que hay que guardar las formas y basta.

Lo que tú digas, pero ¿qué pretendes Vicente, acaso estás arrepentido o deseas de verdad hacer las paces? Si es así, adelante, tu causa es justa y apropiada a las circunstancias, y yo la apoyo. Pero, si como me temo, se trata sólo de firmar un armisticio para guardar las apariencias y dar explicaciones huecas que te justifiquen frente al resto de los vecinos, conmigo no cuentas, Vicente. Rechazo tu enseñanza, así no quiero reinsertarme.

Mientras tanto, yo no dejo de bajar a mi particular infierno, a resucitar a mis muertos. Hoy he vuelto a verla, envuelta en gasas empapadas de sangre, con el coño y los ojos muy abiertos, mirándome.

A raíz de los últimos acontecimientos mi relación con Vicente se ha vuelto insostenible. No por mí, precisamente. Vicente, además de un mentor, es un como padre para mí. Gracias a él como todos los días, gracias a él puedo seguir

PERIFERIA O MUERTE

recuperándome de mi adicción y escribiendo, lo que viene a ser lo mismo, ya que escribir es descargar el ánimo de sus pesos muertos y, por lo tanto, permitir que la vida, en su infinita bondad, penetre en el bosque del corazón renovando los árboles viejos o enfermos. Pero esto Vicente no lo entiende, o no lo quiere entender. Además está empeñado en educarme. Para él la educación es un acto de la voluntad que nos moldea según nuestros deseos. Ante esto, qué puedo yo decir o hacer. Mientras me proporcione un techo y me dé de comer, tampoco hay necesidad de ponerse impertinente.

Sin embargo, no dejo de preguntarme: ¿por qué se obstinará en negar la incontestable evidencia de los hechos? ¿O el recuerdo de los hechos es otra clase menos evidente de hechos? La verdad a veces duele, por eso se protege. Quizá fui demasiado duro al recordarle lo que de ninguna manera quiere oír. El caso es que casi no me habla. Cualquier motivo por insignificante que sea, le parece suficiente para montarme una bronca. Mi presencia le molesta, no soporta mi empedernido desorden, mi habitual parquedad le resulta cargante, mis comentarios ofensivos, mi forma de comer asquerosa, hasta mi peculiar forma de tirarme pedos mientras leo *Las Confesiones* de San Agustín, o cualquier otro libro

LUIS LUCENA CANALES

piadoso, le molesta. Dice que soy irreverente. Y no es que sea un mojigato, me lo ha dicho un millón de veces.

-Yo, Arturo, soy creyente, aunque no sea practicante, pero respetuoso con las creencias de los demás.

-Y yo, yo también lo soy con el magnífico escritor Agustín de Hipona, lo que no quiere decir que si me aprieta el vientre...

-No seas ordinario, Arturo, no se puede jugar con ciertas cosas.

-Ya, hay un infierno esperándonos si no acatamos los dictados de Dios, etcétera; interpretados por sus sacerdotes, por supuesto.

-Sin fe, la razón es vana.

-Ya, "credo ut intelligam", que dijo Anselmo de Canterbury. Aunque al final resulte que lo que uno cree y lo que creen los otros se parece en que todos hemos sido educados por los mismos maestros. Si la creencia nos une es a costa de separarnos del resto. Es decir, que la creencia en Dios, siendo él la suprema Unidad, nos divide.

-Bueno, bueno, calla, no quiero oír más blasfemias en mi casa.

Eso dice... en realidad, lo que pasa es que se niega a olvidar lo de la otra noche y lo del día siguiente, lo de ayer y lo de hoy y tampoco me soporta lo de mañana. Sin embargo, él se siente con la obligación de ayudar al necesitado. No es el ser,

PERIFERIA O MUERTE

sino el deber ser, la voluntad (que vence los, según él, bajos instintos) o, lo que es lo mismo, el deseo de poder lo que le anima. Si bien, todo tiene un límite. Aunque aún no se ha decidido, sé que está pensando en echarme de su casa.

Se lamenta: el tiempo es oro y tú no terminas tu novela. Me ha dado un ultimátum. Al parecer le debo una pasta gansa. Su compromiso conmigo no abarca ciertos "préstamos" ocasionales, "impuestos revolucionarios", los llama él, pues, dice que yo no pido, extorsiono. Lleva las cuentas de todo lo que gasto. Todo lo apunta minuciosamente en un cuadernillo de tapas verdes, nada se le olvida, ni los más insignificantes gastos, así que al final esta será la gran obra que dejará a la posteridad. Al parecer le debo una barbaridad de tiempo-oro, que él se cobra cuando puede contándome sus penas, aunque eso no cuente, ya que no está digerido ni excretado en forma de billetes de mil, cinco o diez mil, o sea, como pura mierda.

Hablo aquí de mi amigo con verdadera emoción, admiración incluso. Él es el verdadero protagonista de mi historia. Porque sé que todo lo que cuenta es mentira me

apasiona tanto lo que cuenta de sí mismo. Toda su vida es una mentira, pero también es verdad que en toda mentira hay un fondo de verdad. Su aristocratismo postmoderno es sólo literatura, una metáfora de la distancia entre el ser y el querer ser: deseo de escapar de sí mismo por una puerta falsa. Sin saberlo, sigue estando bajo el dominio de los valores modernos, que no son sentidos de manera individual sino como una forma de adaptación al medio, lo que le lleva, irremisiblemente, a la hipocresía. Vicente es el típico hombre sensible, culto, con ínfulas de intelectualismo y ya lo dijo Oscar Wilde: “El hombre culto es el ideal moderno.” Si bien, luego añadió: “Y la mente de este hombre culto es una cosa horrible. Es como un *bric-à-brac* monstruoso y polvoriento, donde todas las cosas se venden más caras de lo que en realidad valen.”

Resulta admirable mi amigo Vicente: aunque es incapaz de escribir una sola línea cuando habla dice todo lo que yo quisiera expresar en mis escritos. Él no se da cuenta porque vive hasta tal punto inmerso en los valores dominantes, establecidos, convencionales (el *establishment* ese, que diríamos si fuéramos más *in*, más cultos), que no se sabe distinto al mundo. Él es el centro del mundo y todo lo que no es él pertenece a la periferia, que propiamente ya no es el

PERIFERIA O MUERTE

mundo, sino su frontera, su límite con el caos. Una cosmovisión o concepción del mundo (*Weltanschauung* diríamos, si fuéramos pedantes o filósofos) tan antigua como el hombre, pero que Vicente lleva con la prescriptiva naturalidad moderna; lo que le hace ser una especie de “zombi cibernético”, *c'est à dire*, un “decadente *cyborg* con ascendencia aristocrática”, o algo así. Alguien que ha logrado depurar esa futilidad placentera, esa pacata autocomplacencia, y sublimarla, ya digo, con lo peor, pero también con lo mejor, de nuestra época; llevando a su último extremo y justificando, ética y estéticamente, la desolación, la destrucción, consumista, ese bienestar por simplemente estar, de nuestra época. Pero él no lo sabe. Esa es la diferencia entre él y yo: que él no lo sabe. Nadie puede ser testigo de una época si forma parte inseparable de ella.

Vicente siempre está jugando consigo mismo, a vida o muerte con su sombra, jugándose el tiempo que no tiene para ser eterno. A veces, desbarra y duda, mínimamente consciente de que rodea un centro sagrado, que aunque los hombres de todas las épocas y culturas quisieron hacer suyo, no es de

nadie, y por eso es de todos, y aunque quisieron fijarlo no está en ninguna parte, y por eso está en todas. Así que por tenerlo construyeron un templo o levantaron una teoría, un valor supremo, una idea a la que llamaron centro, y que el tiempo acabó destruyendo, uno por uno.

Si bien, cuando se da cuenta de que todavía es humano, demasiado humano, le invade un terror hierático a ser distinto, a ser un maldito, y se echa en manos de los mass-media, siente miedo a ser él mismo y retrocede asustado, se mete en la danza de nuestra época, integrado felizmente en la neurosis colectiva. Gira sobre ese centro falso a sabiendas de que es falso y lo niega, reprime esa certeza, la arroja a las tinieblas exteriores, a la periferia, pero gira, sigue virando en obsesivos círculos en torno de ese agujero negro, ese hueco centro, ese abismo, tratando de agarrarse a algo seguro, algo superfluo, para seguir viviendo.

El hombre masa de nuestro tiempo consume comidas, bebidas, objetos, fetiches, placeres, diversión, noticias, ideas, cultura... de manera compulsiva, gracias al instinto de supervivencia, ya que si le faltaran todas esas cosas se convertiría en un suicida; es decir, que por no serlo ha hecho de la lucha por la vida su centro, pero, entonces, en qué se diferencia de su perro. Se pasa la vida huyendo de la vida, y

PERIFERIA O MUERTE

repudia esa lucidez repentina que nos hace darnos cuenta de que estamos vivos, de que no tenemos otra cosa que la vida y de que es hermoso que así sea, ahítos de comida o hambrientos, con los bolsillos llenos o vacíos. La repudia porque no puede ser controlada, ni medida, ni comprada, ni vendida, por eso la repudia, porque es demasiado humana, porque no tiene sentido aunque por ella todo tenga sentido...

... Oh, Vicente me escucha, me está escuchando por primera vez, en silencio... alucinante abismo abierto. Me escucha y entonces somos uno, ya no hay diferencia entre Vicente y yo, somos el mismo. Luego, cuando ya no me soporta, porque ya ni se soporta a sí mismo (cualquier cosa le afecta, pero sobre todo prestarme un poco de atención), se mete en el retrete: estoy conmigo mismo, dice, en mi celda de ermitaño, en mi crisol de vidiente, reconsiderando el mundo... o reelaborando, reconstruyendo, rehilando su capullo deteriorado por los embates del mundo (el mundo soy yo) o estimulando, Dios sabe cómo, su colon vago e irritable o sonándose los mocos persistentemente, o imaginando, mirándose al espejo, cómo de grande y reluciente será su nombre grabado en el muro de la eternidad, o lavándose las manos o rascándose las cejas con perversa delectación, o desodorizándose los sobacos con pulcritud egoísta, quitándose

LUIS LUCENA CANALES

las alucinadas liendres. Sólo Dios sabe lo que puede hacer durante tanto tiempo un tío solo en el retrete.

-¡Por qué no te metes la tele, Vicente!, me estoy cagando, ¿sabes?

-¡Ya voy, hostias! ¡Joder, siempre con prisas!

-Si es que llevas dos horas, tío.

-Exagerado.

-Que abras o me cago en la terraza.

-¡Espera! ¡Ya voy!

Al fin sale y se va derecho a la cocina. Sentado majestuosamente en mi trono imagino lo que estará haciendo. Se lo he visto hacer miles de veces. Primero, se sirve un vino hasta la mitad del vaso, abre el frigorífico, coge la botella de agua y colma el vaso (esto lo hace, hay que entenderlo, para no excederse con su colon irritable.) Luego, coloca sobre la mesa numerosos platos con chorizo de Pamplona, patés franceses, queso manchego curado en aceite, banderillas de aceitunas, guindillas y cebolletas en vinagre, y si tiene más hambre se prepara una hamburguesa con mostaza, tomate y pepinillos.

Tiro de la cadena. Salgo al pasillo. No me he equivocado, me llega el olor de la cocina, lo sigo.

-¿Qué, tomando un pisco?

-¡Pchsss! -balbucea, al verse cogido con las manos en la masa.

PERIFERIA O MUERTE

-Hombre, pues voy a acompañarte. No me gusta ver a los amigos comer solos.

Me siento justo enfrente. Comemos, furtivamente, sin decir palabra, mirando cada cual a su plato. Observo el pringoso trozo de chorizo, oigo el batir de mis mandíbulas al tiempo que percibo el movimiento de sus labios y el triturar goloso de sus dientes, el agudo y breve, inesperado, chasquear de su lengua y el sordo gorgoteo del líquido al caer por su garganta, y sufro, ya no puedo más.

-Estás jodiéndote, Vicente -le digo-. Esta jamancia no te va nada bien, o sea, para lo tuyo, Vicente.

-Es igual -contesta-. Un poquito de esto y de aquello no me hará mal. Cómo si no hacer soportable esta puta vida.

Así rueda Vicente, gira, revolotea huyendo de sí mismo, como la manecilla de un enloquecido reloj sobre su centro, mientras atiende perezosamente a dar gusto a sus rutinas, esos nimios placeres con los que se identifica, remolineando sobre una idea obsesiva.

-La actividad estimula mi imaginación -dice, rascándose con estudiada afectación las cejas-, estira el tiempo, como si de un

LUIS LUCENA CANALES

chicle se tratara, un chicle de sabor largo y dulce de fresa, mascado sempiternamente por dientes vacíos e infinitos. Metáfora del chicle cambiante, adaptable, multiforme... elástico -y rueda, gira, se voltea, se enrolla y desenrolla huyendo de sí mismo, substancia intrascendente- Es una paradoja -dice-, cuantas más cosas hago, más tiempo me sobra. Si por el contrario, me detengo, caigo en la apatía, en la indiferencia, en el ensueño, en la pesadilla. Si te dejas ganar por la entropía te diluyes en un fatal vacío sin sentido y te vence la indolencia estéril, eres caldo de cultivo para todos los vicios, te masturbas con perversas fantasías... (Vicente se la menea echado en la cama a la luz de la luna que atraviesa los cristales de la ventana, lo que da a la escena un aspecto de espectral fondo marino, soñado... Vicente se la está machacando pensando en su amada Lucía, lo cual está muy bien, está en su derecho, pero no me deja dormir, le oigo rebullir a través de las paredes del dormitorio: bufa, gime, suspira: Lucía, Lucía...) y así puedes pasarte horas, días, meses, años... (se la coge, se la mira, tira del prepucio, descubre el capullo, vehemente y duro, se ensaliva los dedos de una mano, se acaricia el frenillo, imagina que es la lengua de Lucía...) y un buen día te despiertas, miras a tu alrededor y dices "¡hostias!", o algo por el estilo (Vicente tiene realmente

PERIFERIA O MUERTE

una lengua y dos ojos en la mano... y se la está mamando, mientras con la otra mano, le soba los cojones su Lucía, Lucía... oh, qué placer más puro, más limpio el de su amada), y entonces caes en la cuenta de que sólo la actividad ininterrumpida provoca nueva acción (ahora le ha metido un dedito por el jebe y ... ya no puede más, se corre de gusto): el tiempo es lo infinito (aleluya, aleluya, que no trascienda, Vicente ha sido jodido). ¿Me estás escuchando, Arturo?

Se rompe la piñata de la fantasía dejando caer los caramelos, confetis y juguetes sobre la fiesta de todos los días. Volvemos de ese interregno que sitúa cada cosa en su sitio. Vicente cuando habla se masturba, por lo tanto ¿qué tiene de malo que yo me lo imagine? Ha sido pura consecuencia, exacto cumplimiento de la ley de causa-efecto. Pero, Vicente no lo sabe, ¿me mira perplejo?, ¿trata de adivinar por la expresión del rostro mis pensamientos? Nada de eso. Vicente está abstraído, ensimismado, reflexionando sobre lo que ha dicho. Lo infiero por la forma en que se rasca la cabeza (de la que veo caer, a contraluz, minúsculas partículas de caspa, que como leves copos de nieve se posan sobre sus hombros) y por como, al descubrir de pronto un nuevo enfoque, pretendidamente ingenioso, a la vacuidad de sus argumentos, exclama:

-Es hora de irse a dormir -y se ríe, sorprendido por sus propias palabras, que un instante después refuerza con un tono enérgico y seguro- ¿No resulta paradójico si el tiempo es infinito? Sin embargo, no lo es. Hay una relación sutil, subyace, por decirlo así, una subterránea lógica, no mediata, ni evidente, pero que nos indica, precisamente, que el tiempo cronológico no es infinito; el tiempo del pensamiento, sí.

Me mira satisfecho, seguro de sí mismo, por haber conseguido redondear sus argumentos. Sin embargo, un segundo después asoma un atisbo de duda en su mirada, algo ha visto en mis ojos que le provoca una extraña inquietud, pues indaga con los suyos el efecto que en mí han producido sus palabras. Ni siquiera sospecha que a mí me la traen floja.

Considero que esos argumentos que se esfuerza tanto en rebuscar son simple palabrería. Puede que logre impresionar a Lucía, a Antonio, a Carla, a Benito, a Teresa, o a cualquiera de sus otros amigos o conocidos, pero a mí me dejan frío, indiferente, cuando no asqueado. Y es que todo lo que pasa por su boca se convierte en un asunto que hay que resolver, en un problema que se traga y a continuación vomita, para alimentar sus pensamientos con más pensamientos, como el buitre a sus polluelos, volviendo a ellos una y otra vez, recurrente, urgente, trascendente, permanente, incongruente,

PERIFERIA O MUERTE

con su masturbatoria mente. Y aunque se esfuerza día a día en adornarlos, por hacerlos sugerentes y atractivos, sólo logra cebarlos, engordarlos en su monstruosa mente, con nuevas expresiones sacadas de los programas informativos de radio o de televisión, de los periódicos, o de las anodinas conversaciones mantenidas con otros como él en el trabajo, de manera que sus polluelos están condenados a no levantar jamás el vuelo, por lo que no tendrán más remedio que devorarse a sí mismos. Ya digo, se masturba: obsesivamente.

Por eso, por mucho que se esfuerce, no logrará decir nada interesante (no es técnica literaria lo que le falta a Vicente) hasta que no sea capaz de estrujar totalmente su pobre corazón huidizo. Así lo veo yo, pero está claro que no pienso decírselo, por lo que pueda pasar, al menos por ahora. -Di algo, Arturo. ¿Qué opinas tú? -dice, adelantando medio cuerpo y cogiéndose con la mano la interesante barbilla-. Venga, estoy esperando. ¿Qué opinas tú?

Me río. Disparatada fantasía, súbita ventisca verde de una blanca subida de jachís. Me mira sorprendido. No comprende que apenas si hemos rozado la tensa superficie del tiempo, escurridiza y evasiva como una tímida serpiente en la cerrada maleza de la vida. Sin embargo, mi venática risa le hace reír, con una risa de entendido. Nos reímos cada uno de

LUIS LUCENA CANALES

una cosa distinta. Y esta demente risa, que nos descoloca, nos embriaga, nos sacude, nos conmociona, nos lleva a hacer un extraordinario descubrimiento: hemos intercambiado los papeles. Resulta que bajo el efecto cachondo del último porro he invertido los términos.

Después, por ejemplo, cae inesperada lluvia de azorados pétalos sobre un campo azul, donde una pavita de terciopelo, vestida de domingo con un traje rojo y añil, infla un globo de chicle que cuelga, ingrávito y bobo, de sus morritos de fresa. El colgado soy yo. Mío es el globo.

-El mundo sería perfecto, si no fuera por Vicente, el muy hijo de puta está empeñado en que me busque un curro y, si no, que me vaya de su piso.

-Vicente tiene, en el fondo, buenos sentimientos –dice Lucía, como si eso importara.

-¿Buenos sentimientos? Sí, eso es lo malo.

Nuestro espacio es etéreo, sin nada en qué apoyarse, vano: es como estar follando sobre una nube. Entro en ella, penetro hasta su más profundo pulso genital, donde conectamos con las fuentes de la vida, y en el mismo instante

PERIFERIA O MUERTE

se une con la sima de los no aceptados deseos y, a través de ellos, con los pensamientos no conscientes que nos dan forma.

Hemos hablado, después, de sus nuevos amigos, ese futuro imposible, y hemos acabado hablando de las cosas y de la gente de siempre, deseando decir definitivamente lo que pensamos para matarlo y empezar de nuevo. En el presente, claro, pues el presente lo es todo, una llama absoluta, un incendio en la propia casa que nos devuelve a la selva ajena y que no se puede analizar, imposible la distancia crítica, sólo admisible la acción de la mirada pura. Remirar es detenerse, volver atrás, restregarse en el lodo o mancha, suciedad acumulada, pasado, sombra.

-El instante, que es percepción de la conexión entre lo temporal y lo eterno, haría que el mundo fuera perfecto, si no fuera por Vicente, el muy hijo de puta está empeñado en que me busque un curro y, si no, que me vaya de su piso.

-Quiere lo mejor para ti. Vicente tiene, en el fondo, buenos sentimientos –dice Lucía, como si eso importara.

-¿Buenos sentimientos? Sí, eso es lo malo. Quiere imponerme un mundo a su medida.

-Te portaste como un bestia. Reconócelo, Arturo.

-Lo reconozco: soy una bestia sin moral, ni formas, pero creo que es mejor que ser un hombre cobarde y bienintencionado.

LUIS LUCENA CANALES

-No tienes derecho a entrar de esa manera tan violenta en la intimidad de las personas.

-No, no tengo derecho, pero eso qué importa. ¿Crees que el mundo tiene derecho a tratarme como me trata?

-¿Qué tienes tú que reprocharle al mundo?

Aprieto mi boca contra su boca, saboreo su silencio roto por plácidos gemidos, bebo de sus labios, sediento, y hambriento los muerdo con ternura, acaricio sus pechos, me hundo en su vulva.

-Te portaste como un bestia.

-Lo reconozco, soy una bestia... pero es que hay cosas que no soporto. No soporto la hipocresía, ni el autoengaño, ni la autocomplacencia, ese vivir como si lo que resulta claro no lo fuera, esa constante huida, ese no querer ver la evidencia que nace a cada instante del roce de la vida con la muerte.

-Lo que para ti resulta evidente puede que para los demás no lo sea.

-Puede, pero no era el caso, ya que estabais todos, incluida tú, jugando fuera del juego, jugando a que jugabais, sin implicaros totalmente en el juego, sin comprometeros, viviendo fuera de la vida, lo que resulta absurdo. Eso es lo que me exasperó y me sacó de quicio.

-No sé de qué hablas, Arturo.

PERIFERIA O MUERTE

-Fue ese “da igual todo, nunca pasa nada, qué más da”, lo que me sacó de quicio. Estoy convencido de que, llegado a un punto, cualquiera es capaz de cualquier cosa, ya no controla.

Mis manos no dejan de moverse amasando la arcilla ardiente de sus senos y dejándome dar forma por su forma intento besarla de nuevo.

-Espera, me hablas de tu sueño.

-¿Tú también con esas?

-Está bien, acepto tu juego: hay un texto invisible, que sólo tú conoces, imposible discernir entre la vigilia y el sueño, pero dime: según tú, ¿a qué habiéríamos llegado?

-A desnudarnos completamente, a desprendernos de nuestro disfraz, de nuestra máscara, a comportarnos tal y como somos en realidad, sin esa coraza que nos impide realizar nuestros más secretos deseos... ese es el juego más interesante, pero, bah, da igual, nada importa demasiado, si no es la dulce realidad de nuestros besos.

-Puede que tengas razón –dice, lánguidamente.

Vuelvo a cerrarle la boca con un beso, resuelto a que no vuelva a cortarme, pero cuando planto mi mano sobre su monte sagrado y resisto, como en una posición tomada en combate, se separa y dice:

-No quiero hablar más de tu sueño, tu texto invisible, Arturo – y, entonces, se me entrega, aunque, cuando sus labios ya rozan los míos, se incorpora y dice-. Bueno, sólo una cosa más: ¿Tú crees que Vicente me quiere de verdad o sólo desea... bueno, ya sabes?

-Vicente es incapaz de amar. El amor no entra en sus planteamientos, ya que es incompatible con sus ambiciones, lo cual no quiere decir que no le guste echar un polvo de vez en cuando. Pero, nada de compromisos, ni de compartir responsabilidades, su único compromiso es con sus ideas, con su obra, en función de determinados objetivos ajenos a ellas.

-¿Me hablas de ti mismo?

-Y ya lo dijo Unamuno: “El fin, confesado o no, de todo publicista, de todo publicista que no trabaje para comer tan sólo es conquistar renombre y gloria, es salvar su nombre del anegamiento del olvido... A medida que se amengua o apaga la fe en la inmortalidad sustancial del alma, enciéndese un furioso anhelo de salvar siquiera una sombra de ella”. Pero Vicente ha perdido por completo la noción de sí mismo.

-Sí, me hablas de ti mismo.

-Le da tanto miedo enfrentarse a su mediocre realidad, que huye dando vueltas y vueltas sobre sí mismo, dejando siempre para después lo que en el fondo de su corazón sabe que nunca

PERIFERIA O MUERTE

será. Por eso mismo, lo proyecta todo sobre el futuro. Pero el futuro no es más que la materia sutil de los propios deseos, sueños, ilusiones y esperanzas, o sea, reflejos de la verdadera luz en el espejo de la nada. Y por eso se oculta bajo el disfraz de hombre honrado, de hombre preocupado y comprometido; por eso pospone lo inmediato, el simple gozo de estar vivo y se avergüenza de sus deseos y los oculta tras los grandes sentimientos...

-Ya no me hablas de ti mismo.

-... por eso, cuando cae el velo, esa máscara que tapa la insoportable futilidad de su verdadero rostro, se siente desdichado y se refugia de nuevo en sus buenas intenciones; por eso...

-Cómo le odias, ¿eh?

-No, no le odio, le desprecio. Vicente representa para mí la expresión más genuina de la cobardía, la hipocresía, la maldad esencial del hombre decente y honrado; del hombre que se considera, convencionalmente, bueno, escrupuloso con su deber, cumplidor de las normas y de los valores socialmente aceptados; para mí representa todo lo confuso y podrido de esta sociedad. Una sociedad que es incapaz de mirarse a sí misma cara a cara, sin prejuicios ni ilusiones, sin justificaciones ni tapujos; una sociedad que no cree en el

LUIS LUCENA CANALES

futuro pero que idolatra el futuro y a sus depositarios, los jóvenes, y que luego los deja abandonados, estériles para el futuro, incapaces para el presente, aunque viviendo en un presente de autosatisfacción inmediata...

-Hablas como si estuvieras por encima del bien y del mal, como si a ti no te afectara eso que criticas, como si te hubieras elevado sobre toda corrupción y fueras un ser perfecto, pero en realidad creo que te inventas un personaje para huir de ti mismo, porque en el fondo creo que no te gustas y al final no sabes quien eres...

-Puede ser, pero siento que no es verdad que así sea. Es verdad que yo soy el resultado de ese abandono de lo esencial, de esa falsedad substancial que corrompe el espíritu de la sociedad actual, mas cuando comprendo que soy semejante a esa gente que critico, me desdoble. Soy el que critico y lo criticado. Mi odio se transforma en asco, y aunque nadie puede sobrevivir durante mucho tiempo asqueado de sí mismo, eso me da fuerzas para elevarme sobre mí mismo y sobre mi tiempo. *Je est un autre.*

-No todos son como tú dices, Arturo. Hay gente con buenos sentimientos, gente que lucha por un mundo mejor, que se esfuerza por no ser como todos.

PERIFERIA O MUERTE

-Sí, y ese esfuerzo los destruye. ¿Quién es claro y sencillo como el pájaro, como la flor, como la montaña?

-Mis amigos...

-¿Tus amigos? Mira, ellos, como mucha otra gente de la calle, que no se ha dejado seducir por los cantos de sirena del poder y del consumo, puede que vivan el presente y lo agoten, lo expriman, puede que saquen de él, hasta la extenuación, todo lo bueno y lo malo que pueda darles, puede que no remitan el futuro a un pasado inevitablemente muerto o si lo hacen sea para extraer de él verdades vivas, actuales, puede. Pero siempre lo realizan hacia fuera, en una desesperada búsqueda de nuevas experiencias que les lleva a la fantasía estéril de mundos imposibles, sin sentido... nunca hacia ese adentro sin fondo. Por eso nadie los tiene en cuenta, nadie les escucha y sólo son las despreciadas escorias de la máquina pensante que gobierna el mundo, inermes y presos en sus terribles ruedas... y por eso, porque no saben o no quieren saber que la revolución ha de empezar por uno mismo, aquí ahora, se han dejado vencer por una búsqueda sin sentido, una desesperada búsqueda de nuevas experiencias o por la fantasía estéril de mundos imposibles... La humanidad ha centrado su atención en el placer del cuerpo, o en la satisfacción del éxito social,

LUIS LUCENA CANALES

esos son sus valores y deseos supremos, pero no existen nada más que el amor y la muerte. Todo lo demás es mentira.

-Creo que tienes parte de razón, Arturo, pero estás exagerando. Me jode cuando te pones místico. No podemos negar de un plumazo toda la experiencia de la historia, tenemos que partir de algo.

-¿Y por qué no partir de aquí y ahora? Lo digo porque con tanta palabrería estamos olvidándonos de echar el polvo.

-¡De eso nada! Aquí y ahora, Arturo –y esto es lo que me gusta de Lucía-. No obstante, sigo creyendo que Vicente en el fondo tiene buenas intenciones –y esto último lo que no me gusta.

-Eso es lo malo.

Y, entonces sí, Lucía se me entrega y su amor me salva de todas las palabras.

Yo vivo, para el que sepa interpretarlo, en los buenos aires de arriba, volviendo del arroyo donde se cruzan las palomas que vuelan hacia el sur, y me tomo la primera caña y la última en el Bocanegra. A través de la ventana de mi habitación veo el paisaje repentinamente nuevo del abandonado parque. Ya se adivinan en las puntas de las

PERIFERIA O MUERTE

desnudas ramas los primeros brotes, anunciando que se acaba el invierno.

Una pobre y encorvada vieja, que pasea o surge del hoyo de mis muertos camino de la tumba, farfulla: “¿qué esperas de mí, Arturo, qué esperas si fui tu bella heroína y me has dejado tirada en los suburbios por esa chata altura, esa otra periferia en la que vives ahora”. En su empañado cristalino una muchedumbre de todas las condiciones y razas resbala hasta el fondo vacío de la pupila, por las laderas del iris, como caldera de volcán sin fondo, unos contra otros, uno contra todos, todos contra uno, todos contra todos. Pienso en el Choli y en los de su estirpe, en los suburbios, sobreviviendo unos contra otros, uno contra todos, todos contra uno, todos contra todos, a pura sangre.

No, ya no soporto más el reproche de esa mirada. Así que me levanto, salgo al pasillo oscuro como boca de lobo, entro en el retrete, brillante, blanco, luminoso. Frente al espejo "pregunto: '¿quién es aquí el más fuerte?', me estiro las orejas y me cuento los dientes", descubriendo debajo de los párpados entornados, velada por las cejas fruncidas sobre los ojos, la ironía maliciosa y abierta de mi mirada. Soy el que soy. Ya no hay duda. Y voy a disfrutarlo.

Voy al salón.

-Vicente, vámonos a dar una vuelta, nos acercaremos al pub *BarCarola*, veremos a los amigos y oiremos música. Es tiempo de fusión y mestizaje, tiempo de una nueva raza nacida de la confusión y de la mezcla. Y eso es bueno para mi libro.

¡Aire!

Vamos por las calles de Lavapiés, ese sur profundo de Madrid, y Vicente sigue con su cargante y deprimente palinodia monocorde, su eterno rollo. Me da la charla. Ha hablado con Luis. Me repite que esto es un fin de fiesta. Vale, tronco. Hacemos las paces. Negociamos. Me da un mes de plazo. Es suficiente, digo (aunque en realidad no sé si lo será para terminar el libro.) Más que suficiente, responde, y sigue haciendo el inventario de todo lo que le debo "más que material, moral y psicológicamente", y lamentándose de que yo no esté de acuerdo.

Se lo aguanto porque mientras habla siento como mi libro crece, lo siento moverse en su nuevo espacio, patearme las entrañas tiernamente, estirarse cual largo es por abrirse paso y lograr ser él mismo, aún tan pequeño, afirmarse, ser independiente aún siendo parte de mí y parte de estas calles por las que crece al contacto con los desconocidos, que se cruzan con nosotros, llevándose un cachito de nuestra alma colgada de la suya, camino del pub *BarCarola*, con mi colega

PERIFERIA O MUERTE

Vicente, que no deja de repetir lo que le debo, y uf, qué mal huelen estas calles, en este sur profundo de Madrid, dentro y fuera de Madrid, o el centro de Madrid al margen de Madrid, o ya es todo periferia en Madrid, aunque yo ya sólo tenga oídos para mi libro creciendo dentro de mí, este libro que se independiza, como un fruto, de mí...

Bebemos hasta emborracharnos, nos reímos, charlamos de cualquier tema, inmersos en la euforia colectiva de la celebración de alguna cosa indefinida, por ejemplo, la vida, hasta olvidarnos de nosotros mismos. Huimos tan lejos como nos permite a cada cual la fantasía, en el pub BarCarola, mientras mi libro crece, tanto interior como exteriormente.

Soy el que soy. Ya no hay duda.

Al regresar a casa caigo en un sueño pesado, profundo, ebrio...

En la duermevela surge una pregunta: ¿la acción surge de la relación entre los personajes o los personajes surgen de

la acción? Estoy detrás de la escena, entre las bambalinas, en la trastienda de la acción y veo al escritor.

-Tú no eres el verdadero autor de este libro -me dice-. Ni siquiera yo. Hay dos opciones: o el autor maneja desde fuera y dentro al personaje como a una marioneta o el autor es la marioneta (el personaje) y vive su ficción poniendo cuidado en hacerlo de manera consciente. Sin consciencia de la ficción el autor/lector es devorado por la marioneta. En contra de lo que pretenden imponer, en sus cátedras y talleres literarios “los que dicen saber”, todo lector medianamente serio se pregunta quién y qué hay detrás de la ficción. Quién es realmente el autor y qué hay de él en la obra. ¿Quieres saber quién está detrás realmente?

Ascendemos por la pirámide de la ficción. Pasamos del argumento a los personajes y, de estos, al autor. En la cumbre de la escala el autor es la acción, los personajes y el argumento, pero... quién es realmente el autor. Tú eres el autor en el seno del argumento, un autor subalterno, inferior, pura ficción. ¿Quién es el verdadero autor? ¿Quién sino la misma acción más allá del autor? El verdadero autor es el lector. Tú en el momento de la escritura, dividido entre escritor y lector y, luego, nadie. La autoría es pura ficción.

PERIFERIA O MUERTE

Caigo de golpe al nivel del argumento donde siento que mi libro crece, este libro que soy yo, pues el autor creador ha quedado definitivamente vencido por el autor personaje. Me miro en el espejo y en sus pupilas me veo. Soy el que soy. Sigo sus pasos, salgo del hoyo para ascender a la gloria tras ese bufón por oscuros pasajes, bosque de interminables bambalinas, de absurdos apliques y bultos ocultos por negruzcas faldetas que se pierden en la oscuridad del fondo; sigo al usurpador, ese duende burlón, apenas leve rizo de luz sobre las sombras, que se desvanece tras fantásticas tramoyas, extraños mundos perdidos al otro lado de las devanaderas, red de reflejos entre bastidores donde ambiguas formas cubiertas por telas negras se entremezclan y esperan... ¿Qué esperan?

Suena el teléfono.

-Es tu colega el Choli, Marqués -lo dice con mala hostia, remarcando con sorna lo de "marqués". Luego, se da la media vuelta y desaparece de mi vista cerrando la puerta de un portazo.

PERIFERIA O MUERTE

todos lados a la vez como un pajarillo acosado. Al verme se levanta y diquela nervioso a un lado y a otro. Después, me coge apresuradamente de un brazo y sin decir nada me lleva hasta el bar más cercano. Una vez dentro apoya ambos codos en la barra, se coge la cabeza con las manos, se le ve extenuado y nervioso. Pido dos cafés.

-¿Qué pasa, Choli?

-Estoy metido en un bollo de alucine, tronco -lo ha dicho acercándoseme, poniendo casi sus labios en mi oreja y torciendo la boca, en voz muy baja, mirando por encima de mi hombro: lo estoy viendo reflejado en el espejo de enfrente.

-Pero... ¿qué te pasa?

-La pasma, colega, me persigue.

-Lo de siempre -digo, al tiempo que me separo de él para mirarle a los ojos.

-¡Lo de siempre no, joder, colega! -lo ha dicho levantando inesperadamente la voz y al darse cuenta se contiene, se me acerca de nuevo, pone una mano en uno de mis hombros y susurra apenas-. Esto va en serio, Marqués. Me acusan de haber rajado a una perica.

¡El famoso asesinato aquel! Imágenes de las noticias, los comentarios de Vicente, la crueldad y corrupción del fin se manifestaban ya entre nosotros.

-¿Eso es verdad? ¿Has sido tú quien lo ha hecho?

-¡Qué va! ¡Te lo juro, Marqués, tronco, por mi vieja! Lo que pasa es que un chota hijo de puta se ha pirao a la pasma, cuando lo coja... le debía unas pelás, nada, y por vengarse... el muy hijo de perra.

-Bueno... y ¿qué quieres de mí?

-Necesito un encalomo por unos días, hasta que todo se aclare. Como me agarren me voy a tragar el marrón, seguro.

-Ya sabes que el piso donde vivo no es mío.

-A ese julai lo convences tú, con la labia que tienes. Esto queda entre tú y yo. Van a ser sólo unos días.

No puedo negarme. No lo hago porque crea en su inocencia, ni por compasión, ni por devolverle un favor, ni por ninguna mierda de esas. Lo hago porque es mi colega y me da la gana.

Pago los cafés. Nos abrimos. Por el camino, tengo que sujetarle varias veces. Una vez en el portal le digo:

-Espera aquí. Cuando yo te avise, subes.

-Vale, colega. Pero no tardes, me estoy cayendo de sueño. Llevo toda la noche rulando por ahí, tengo tanta gusa que me comería un madero.

-Está bien. Procuraré tardar lo menos posible.

PERIFERIA O MUERTE

Mientras subo voy preparando mi estrategia. Sé que teniendo en cuenta lo jodida que está últimamente mi relación con Vicente no va ser fácil. Los chirridos metálicos de los engranajes del ascensor me ayudan a encajar las piezas del rompecabezas en que estoy metido. He comprado antes de subir los periódicos que suele comprar Vicente los domingos. Nada más abrir la puerta ya lo estoy llamando, con un tono premeditadamente cercano y afectuoso, tratando de no exagerar demasiado para no levantar sospechas. Lo importante es jugar con la sorpresa.

-¡Vicente! ¡Vicente! ¡Ya estoy de vuelta! ¿A que no sabes a quién he visto? –entro en su cuarto. Está sentado en la cama revuelta, leyendo-. Toma, he comprado los periódicos, ya que estaba en la calle he aprovechado –los tiro sobre la cama.

-Ya los he comprado yo –me contesta, haciéndose el duro, un tanto despectivamente. Aunque, sin quererlo, insinúa al mismo tiempo una cierta sorpresa agradecida. Al fin y al cabo es un gesto en tiempos de tregua.

-Perdona, lo siento. ¿Cómo iba a saber que ibas a bajar tú a por ellos? En fin... bueno, qué más da. Te decía que a que no sabes a quién he visto.

-A John Mantecas.

-¡Joder, déjate de coñas! ¡Va en serio!

LUIS LUCENA CANALES

-No sé, supongo que a tu colega el Choli, Marqués –lo de “marqués” lo dice con sorna, por supuesto.

-No, hombre, no. No sé que habrá sido de él. No se ha presentado a la cita. Ha sido después, cuando venía para acá. ¿A que no lo adivinas?

-No sé, me da igual.

-Me extraña oír esas palabras en tu boca. ¿Cómo que te da igual?

-Me quieres liar. ¡Bah, no tienes remedio!

-He visto a Lucía, hombre –su rostro ha cambiado de inmediato al oír el venerado nombre de la amada; se ha puesto en tensión, de pronto; aunque, bastante torpemente, ha tratado de disimularlo como ha podido-. Sí, a Lucía, y me ha invitado a desayunar en el bar de la esquina. Ha sido la hostia: cuando estaba a punto de mojar el churro se me ha echado a llorar como una magdalena.

-Pero, ¿cómo?, ¡aclárate, Arturo! ¿En qué quedamos? ¿Lo que ibas a mojar qué era, un churro o una magdalena? –se defiende de sus sentimientos, el pobre. Sin embargo, su ironía me demuestra, paradójicamente, que ha mordido el anzuelo.

-Si no cambias de actitud lo dejamos, tío. Estoy tratando de contarte algo que te va a interesar y tú dale que dale con tus chistes malos.

PERIFERIA O MUERTE

En este momento hago el amago de irme, me doy la vuelta, doy dos pasos... pero me detengo en el umbral de la puerta y, sin volverme, le digo con voz afectada:

-Ha sido la hostia, ya digo. Todavía tiemblo al recordarlo, pero, en fin, si no te interesa... –Hago una pausa-. Creo que ella no se va a atrever a confesártelo –hago otra pausa, esperando una respuesta. Después salgo lentamente y me voy al salón. Me siento en el sofá y espero, atento a sus más ligeros movimientos.

No me había equivocado: he logrado picar la curiosidad de Vicente, que hasta este momento se había aburrido de mis disertaciones existenciales o pseudofilosóficas. Él, como el lector medio, ávido de banales sentimentalismos, lo que busca es identificarse con aquellas historias que le hagan olvidarse de la propia anodina vida y vivir una vida extra que le salve de su agónico aburrimiento. Pero, ay, cuanta vida derrocha el autor en eso.

Al rato, sale. Merodea a mi alrededor, como buscando algo que no encuentra. Yo permanezco inmóvil, cómodamente repantigado en el sofá, mirando a ningún lugar concreto. Espero, con paciencia infinita, a mi mejor lector. Vicente se sienta a mi lado, completamente entregado, aunque todavía disimule. Comienza a hablarme en un tono melodioso y

doliente, como sólo él sabe cuando habla de su amada. No yo, es él quien escribe mis mejores páginas.

-Desde aquel día no la he vuelto a ver, ¿sabes? En este tiempo he tratado por todos los medios posibles a mi alcance de olvidarla. Me he castigado, he reprimido mis sentimientos, he cortado las alas a mis sufrimientos, he tratado de racionalizar mis instintos, he disciplinado mi pasión hasta agotarla y creo que lo he conseguido. He renacido. Soy un hombre nuevo, libre... ya no me interesa nada de lo que tenga relación con ella.

Sé que, al decirme esto, lo que realmente quiere decir es que se muere por saber lo que me ha dicho Lucía. Pero, espero un poco más todavía, me hago de rogar; aunque tampoco demasiado, sí lo suficiente, hasta asegurarme de que ha quedado bien enganchado en el anzuelo. A partir de ahora, es cuestión de darle carrete y tirar con habilidad hasta que esté definitivamente en mis manos.

-Está bien, hombre, no insistiré si no quieres –le digo, y sigo cómodamente sentado, con las manos detrás de la cabeza, mirando con obstinada fijeza el techo del salón.

Nuevo y largo silencio. Escruto con el rabillo del ojo su ansiedad, expresada por el movimiento inconsciente de sus

PERIFERIA O MUERTE

manos y de sus pies, que no paran de bailar el baile del ahorcado. Me parece que no va a aguantar por mucho tiempo.

-¡Ha sido la hostia, ...ha sido la hostia! ¡Cómo podía yo imaginarme que Lucía...! –insito, como hablando conmigo mismo-. En fin, no quiero ponerme pesado.

Vicente no puede más, está claro. Lo percibo en el olor que despide su ansioso cuerpo, un olor casi imperceptible, pero irritante, un olor vergonzoso que trata de ocultarse debajo mismo de su piel y que, al no lograrlo, se acurruca con tembloroso pudor entre su ropa, mientras me río para mis adentros. Ya está en el bote, me digo.

-Ya sé que no te interesa, Vicente, pero, ¡a alguien tengo que contárselo! ¡Sé paciente conmigo, perdona si te molesto! ¡Escúchame sólo un momento! ¡Es que ha sido la hostia! ¡Joder, vaya palo! ¡Cómo iba a imaginármelo! ¡Ay, mujeres, ese indescifrable enigma! Aunque, quizá en eso radica su irresistible encanto, precisamente. ¡El encanto del abismo...!

-Sí, vale, pero basta ya de exclamaciones, Arturo, que me estás poniendo nervioso... puede saberse qué te ha dicho.

-Lo que digo: eres mi mejor lector, Vicente. Está bien, te lo contaré: me ha dicho, entre sollozos, que lo nuestro no tiene ningún futuro, que la perdonara, que todo ha sido una especie de capricho pasajero, que ha descubierto... no sé qué... ya

sabes, una de esas cosas incomprensibles que suelen decir las tías cuando se ponen lloronas. Luego... bueno, si quieres no sigo, no quiero darte la brasa –nuevo silencio. Vicente se sienta junto a mí, mira al suelo con gesto de duda. Al fin, se decide.

-Sigue. Supongo que te hará bien descargar sobre mí tus penas.

-Y no sabes cómo te lo agradezco, amigo. Pues... luego, me ha hablado de ti, ¡alucina, tío!, no me lo esperaba. Estaba como ida, te lo juro. Que si sentía por ti lo que no ha sentido por nadie, que si llevaba varios días que no sabía lo que le pasaba, que si no se atrevía a decírtelo... pero, que les has hecho, chico, qué le has hecho... y que, por favor, no te dijera nada. Pero, cómo no voy a decírtelo, a ti, mi mejor amigo, mi más generoso amigo, el único que realmente está dispuesto a escucharme. Y todo entre suspiros y lamentos, entre sollozos y lágrimas que... yo no sé, tío, yo no sé, pero me ha dejado hecho polvo... sumido en la más fría y oscura y en la más terrible de las noches del alma, ay. En fin, tampoco voy a contarte mi vida. Y el caso es que la miraba y no podía creérmelo, nunca había visto así a Lucía. Con decirte que no ha podido ni acabar de tomarse el desayuno. Imagínate que he tenido que comerme yo sus magdalenas, por no desperdiciarlas, o mejor

PERIFERIA O MUERTE

aún, por ver si su terne suavidad de esponja enjugaba mis lágrimas –hago aquí una pausa obligada, para no reírme.- Con eso te lo digo todo.

Hago una nueva pausa para comprobar el efecto que le están haciendo mis palabras. Quizá esté exagerando un poco. Lo de las magdalenas ha sido de gran efecto, pero en adelante trataré de ser más comedido. La irrefrenable excitación del cachondeo puede hacer mi mentira vulnerable. Semejante sensiblería tan lejos de mi estilo puede perderme por exceso. Pero creo que Vicente se está emocionado de veras, pobre diablo.

Observo, a través de mi máscara, el afloramiento repentino de la esperanza en su rostro. Como encaramado a una nube mira el mundo satisfecho de sí mismo y de todo lo que le rodea. De pronto, su expresión cambia. Quizá ha percibido un rictus de ironía incontrolado en mi rostro. Sin esperar, estalla.

-No creo una palabra de lo que dices. Eres un mentiroso, Arturo. A mí no me la das. Algo tramas.

-¡Que no, Vicente! ¡Te lo juro! Puede que haya exagerado un poco, ya conoces de sobra mi faceta histriónica, Pero te juro que entre Lucía y yo nunca ha habido nada serio y lo curioso es

LUIS LUCENA CANALES

que creo que es mejor así. Desde el primer día me di cuenta de que no estamos hechos el uno para el otro. Contigo es distinto.

-¿Por qué dices eso? –pregunta algo alarmado.

-Pues, porque tú eres distinto. Que sé yo... estás más equilibrado; no te diluyes en esta búsqueda sin sentido, ni intentas auparte sobre tu propia nadería con ese esfuerzo que rompe el alma en múltiples añicos; además, tienes mejores sentimientos que yo; en fin, que eres, sin lugar a dudas, mejor partido para ella –y, ahora no estoy disimulando, siento lo que digo, otra cosa es que esté dispuesto a ser consecuente-. Mira Vicente, tú no me conoces. En realidad, aunque no lo creas, no me conoces, nadie me conoce. Es como si hubiera caído en un pantano de arenas movedizas y a cada movimiento, que no controlo, pues está llevado por la desesperación de la huida, me hundiera más en el lodo. Me hundo, y no puedo evitarlo. Estoy irremisiblemente perdido.

-No te pongas estupendo, Arturo, que me vas a hacer llorar –dice, acercándoseme y poniéndome una mano en el hombro.

-No, si no me importa, sé que no puede ser de otra manera, cuanto más bajas más subes. Como dice Henri Miller, para llegar a convertirse en un ángel antes has tenido que ser un gusano.

-Hombre, eso es discutible.

PERIFERIA O MUERTE

-Está bien, no discutamos. Lo que ahora importa es tu felicidad y tu futuro con Lucía.

Ante esta afirmación, sin sombra de duda por mi parte, a Vicente se le espanta la mirada: la realidad asusta, pues rompe el juguete que a su antojo maneja el niño. Por eso, no acaba de entregarse. Noto que me observa con algo de desconfianza aún, recela. Teme que esa realidad que con tanta claridad le muestro no sea, sin embargo, completa.

-La verdad, Arturo, quisiera creerte. Dios sabe que es lo que más deseo, por mi bien, por el de mi amada Lucía, pero me resulta muy difícil aceptar que ella te cuente esas intimidades en un bar, mientras tú mojas el churro como si tal cosa.

-¡Quieres olvidarte del churro, Vicente, por favor, y centrarte en lo que importa! –Pausa. Nos vigilamos mutuamente. Al fin, tomo yo la iniciativa-. Además, si quieres que te diga la verdad, me da igual si te lo crees o no. ¿Qué gano yo con ello? ¿Dime? -*Alea jacta est*, como dice Suetonio que dijo el César. Mi suerte está echada...

Sin embargo, queda aún una leve sombra de desconfianza en la mirada de Vicente. Lo importante ahora es que no se lo piense demasiado.

LUIS LUCENA CANALES

-Mira, ya sé lo que vamos a hacer: la llamo por teléfono ahora mismo (me dijo que iba a casa de Teresa) y le digo que se venga para acá, ahora mismo. ¿De acuerdo?

-¿No volverás a traicionarme de nuevo, verdad amigo?

-¡Vamos, tío, lo pasado pasado está! ¡Venga, un abrazo! – exclamo, sonriendo de oreja a oreja, abriendo mis brazos. Y, al abrazarnos, siento el temblor de su cuerpo emocionado abriéndose a una nueva vida, más feliz, más verdadera.

¡Oh, cómo cantan los pajarillos en las ramas de los árboles de la primavera! ¿O son los querubines del empíreo? El amor lo llena todo de una realidad más plena. ¡Qué importa si ese amor es o no correspondido! Es la esperanza del que ama lo que importa y ella lo llena todo (oh, cómo cantan los pajarillos..., pío, pío, y cantan los querubines, etcétera), se propaga como el vicio, se contagia como un virus, se extiende como marea negra... La esperanza me llena y así acabo por creerme todas las mentiras que cuento.

-Gracias, amigo. Ahora sí que puedo decirlo sin reservas –lo ha dicho sonriendo. En sus ojos ha brillado una extraña luz, que me asusta.

PERIFERIA O MUERTE

Vicente es como un hermano, un protector, un padre para mí; además de mi mejor lector es mi vena, mi fuente, mi inspiración, mi látigo consentido, mi castigo instructor. Ahora lo veo claro. Va en serio, le debo tanto. Voy a tratar de convencer a Lucía, de veras que lo haré, no sé qué ha pasado sobre mí que me ha transformado. Lo haré a pesar de sus buenas intenciones de hombre honrado y decente, de su hipócrita moral, prototipo de la buena gente, y de representar para mí lo más odioso del hombre civilizado contemporáneo, brillantemente autosuficiente, cobarde, tacaño, chorra, sensiblero y pelmazo; lo haré a pesar de su paternalismo y de sus desprecios de hombre integrado, a pesar del pesar y del hambre que me hace pasar, a pesar del vacío que recorre su hogar, desde el recibidor al cuarto de estar, del retrete a la cocina, del televisor al frigorí... ¡hostias, el frigorífico! No había caído en este pequeño, pero importantísimo detalle.

Dejando a Vicente flotar sobre su nube de frágil felicidad me dirijo a la cocina. Como temía el frigorífico está como su alma, estructura sin contenido, ni una mala lata de conservas, ni una bebida y, sin embargo, lleno de recuerdos atiborrados de futilidad, restos de lejanos naufragios, mundos huesos, sobras de otro tiempo envueltas en infinitos plásticos... Es preciso actuar, rápidamente, ya. Vuelvo al salón,

de un tirón le hago descender de su nube y lo mando directamente a por unas cervezas, unas colas y una botella de güisqui, algo para picar... cualquier cosilla como, *exempli gratia* y para variar, unas botellas de champán y unos pasteles... lo que tú quieras, Vicente, hoy es tu día.

Vicente acepta, sumiso y encantado, sin bajarse de su nube, navegar hasta la tienda del Moscardo, haciendo esquina, pues “como dice Aristóteles, cosa es verdadera, / el mundo por dos cosas trabaja: la primera, / por aver manteniendo; la otra cosa era / por aver juntamiento con fenbra placentera.” Los sabios consejos del filósofo no se han dejar caer en saco roto ya que, como también dice el Arcipreste, “desque están dubdando los omnes qué an de fazer, / poco trabajo puede sus coracones vencer.” Ante el consejo de tal autoridad Vicente se pone en movimiento. En un periquete coge el dinero y se pone la chaqueta. Ya se va diciendo, muy contento: “Sí, estupendo, compraré unas botellas de champán, creo que la ocasión merece un exceso”.

-¡Estupendo, estupendo, Vicente, eres el tío más estupendo que he conocido! ¡Ahora mismo llamo a Lucía y le digo que se venga para acá con Teresa! ¡Ya verás que fiesta más estupenda nos vamos a montar!

PERIFERIA O MUERTE

Y él está ahí, parado, junto a la puerta abierta, mirándome con sus ufanos ojos de niño bueno, y lo veo agitarse, como un perrillo que no se tiene de gusto esperando ser acariciado por su amo. Y, entonces, sin poder reprimirlo, le doy un cariñoso cachete en el cogote y le digo: “Anda, ¿por qué no bajas a por las bebidas, majete?”. Y se va dando saltitos, zalamero, como un chucho enamorado, por las aceras de la ciudad sin alma. Como yo, sin alma. Pero, ¿qué importa?, si el mundo es hoy una flor abierta en un jardín perfecto. Todo me parece bien hecho, hasta tal punto que me olvido de que El Choli me espera en el portal, seguramente dormido o quién sabe cómo, y que Lucía aún no conoce mis planes. No estoy hecho para tantas emociones seguidas, seguro. Me tumbo en el sofá y enseguida me duermo.

¿Por qué son tan altos los árboles en la alameda desierta, por qué son de esa manera..., por qué es tan clara la hora, por qué está tan alta la luna, por qué tan serena, qué significa..., por qué se acerca ese hombre, por qué recita esos versos, por qué son de esa manera? ¿Qué significan? Me he

despertado, sobresaltado. Voy a la estantería abro un libro y leo:

“Sí, ya sé, / que nunca alguien seré. / Sé de sobra / que nunca tendré obra. / Y sé, sí / que no sabré de mí. / Pero, ahora / mientras dura esta hora / esta clara y serena / noche de luna llena / estos ramos/ esta paz en que estamos / dejadme que me crea / lo que es imposible / que yo sea.”

De pronto recuerdo el lío en que estoy metido. Me voy hacia el teléfono corriendo, repitiendo un nombre que todavía no significa nada para mí: Pessoa. No sé qué pinta aquí Pessoa. Así se llama ese desconocido que ha entrado en mi sueño. Un hombre con varios rostros, como yo, oh, sí, tengo que leer sus poemas ahora. Ahora no, no tengo tiempo. El tiempo..., ay, el tiempo... El mundo es para mí ahora un dragón sin cabeza, un héroe sin espada, una doncella sin ojos ni boca, una aventura sin caballo, un viaje sin mapa. Para sobrevivir he de ajustar la realidad a mis fantasmas y esto he de hacerlo ahora, ahora, ahora... sin tiempo.

Descuelgo el teléfono. Marco el número de Lucía. Espero. Al rato, la señora de Sánchez, una voz cálida y madura, me informa de que su hija no ha dormido esta noche en casa.

-¿Me podría decir cómo puedo localizarla?

PERIFERIA O MUERTE

-¿Por favor, quién la llama?

-Soy un amigo suyo y me corre cierta prisa localizarla.

-Si no le importa decirme como se llama puedo darle el recado cuando vuelva.

-Es que necesito localizarla lo antes posible, ahora.

-¿Ocurre algo?

-No, señora, sólo que necesito localizarla lo antes posible.

-Pero... ¿quién es usted?

-Ya le he dicho que soy un amigo suyo.

-Sí, ya, pero ¿cómo se llama?

-Arturo, señora, me llamo Arturo de Alba-Uribe, para servir a Dios y a usted, señora.

-¡Ah, tú eres su amigo Arturo! Lucía me ha hablado mucho de ti. ¿No te importa que te tutee, verdad?

-En absoluto, señora.

-Tenía ganas de conocerte, de hablar contigo.

-Cuando usted quiera, señora, pero ahora necesito localizarla urgentemente.

-Lucía me ha contado muchas cosas de ti. Eres escritor, ¿no es así? Y según ella “un tío muy interesante”.

-Ah, sí, ¿eso dice?

-Sí, ja, ja, ja... eso dice. ¿No tiene gracia?

LUIS LUCENA CANALES

-Pues, la verdad, señora, yo no le veo la gracia. Es sólo una frase hecha que, en este caso, no quiere decir nada, nada “interesante”.

-Lucía es una chica un poco alocada, demasiado lanzada para su edad, pero nunca la había visto tan entusiasmada con ningún chico. Aunque, por la voz, me parece mayor de lo que había imaginado.

-No sé lo que usted se había imaginado, señora, pero no se fie de la impresión que pueda causarle mi voz un domingo a estas horas de la mañana, pues puede parecer cualquier cosa menos lo que en realidad es, o sea, una voz cualquiera, la voz de un desconocido que le llama preguntando por su hija, una voz anónima que lo que desea es que usted me diga, por favor, cómo puedo localizar a Lucía, me corre cierta prisa. Pero me parece que eso ya se lo he dicho antes, aunque usted parece no haberme oído.

-Sí, sí te he oído, y por eso te he preguntado si es que ocurre algo.

-No, nada, señora, sólo que necesito localizarla urgentemente.

-Perdona, pero no es sólo el tono de tu voz, es también la manera que tienes de expresarte. No es extraño, teniendo en cuenta que eres escritor, aunque, no sé por qué, me parece que

PERIFERIA O MUERTE

debes tener por lo menos diez años más que ella. No es que me importe, no, pero te había imaginado...

-No se equivoca, señora, ya que está tan interesada por mi edad se la diré: tengo “trenta chocho” años.

-¿Cómo, veintiocho? Lo que yo había supuesto.

-No, señora, he dicho cincuenta y ocho.

-¡Santo cielo, es usted más viejo de lo que yo pensaba!

-Lo siento, señora, pero yo no tengo la culpa. Procuraré enmendarme en el futuro y no cumplir más hasta que la edad de su hija se iguale con la mía.

-¡Podría usted ser su padre y casi el mío!

-Ya le he dicho que lo siento, señora, no puedo evitarlo. Y ahora que ya sabe usted mi edad, podría decirme cómo puedo localizar a su hija.

-Pues... es que... no sé... se ha quedado a dormir con una amiga...

En este momento llaman a la puerta.

-TILÍN-TILÓN-TILÍN-TILÓN.

-... espere, es que no sé si tengo su teléfono... espere, espere un momento... -la señora de Sánchez se agita al otro lado del teléfono, cacareando, algo confundida y como escandalizada-... la verdad, me ha dejado usted anonadada. Creo que es mejor que hable con mi hija, entre ella y yo nunca ha habido

secretos, somos como dos buenas amigas, por eso me extraña que no me haya dicho... La verdad, no sé qué pensar.

-TILÍN-TILÓN-TILÍN-TILÓN-TILÍN-TILÓN.

Vuelve a sonar el timbre de la puerta. Esta vez con mayor insistencia. La señora de Sánchez debe estar buscando el número de teléfono de la casa de la amiga donde se ha quedado a dormir su hijita del alma, aunque ya no estoy seguro, pues ella sigue con su descontrolada cháchara, como hablando consigo misma.

-TILÍN-TILÓN-TILÍN-TILÓN-TILÍN-TILÓN-TILÍN-TILÓN – vuelve a sonar el timbre de la puerta, cada vez con mayor insistencia-.TILÍN-TILÓN-TILÍN-TILÓN-TILÍN-TILÓN-TILÍN-TILÓN -TILÍN-TILÓN-TILÍN-TILÓN-TILÍN-TILÓN.

-Mire, señora, por mí puede usted pensar lo que quiera acerca de la relación entre su hija y yo. Y por lo que respecta a ella le aseguro que también le da lo mismo. Lo tenemos más que hablado entre polvo y polvo, así que ni se moleste, ni usted ni su marido, en convencerla de lo contrario –y cuelgo, con un golpe violento, cabreado.

Antes de colgar he oído no sé qué barbaridad impropia de una señora tan educada, pero ya nada me extraña de la honrada gente, además, no tengo tiempo. Vuelven a llamar

PERIFERIA O MUERTE

insistentemente a la puerta: TILÍN-TILÓN-TILÍN-TILÓN.

Abro. Es Vicente.

-Pero, ¿dónde estabas? –dice, muy excitado-. Me he olvidado la llave en casa. Estaba un poco asustado, ¿sabes? Hay en el portal un tío con una pinta malísima.

-¡La jodimos!

-¿Qué?

-¡No, nada! ¿Por qué dices eso?

-Porque es verdad. Yo creo que es un drogadicto con el mono. Pensé que iba a atracarme. Por cierto, ¿has hablado con Lucía?

-No me ha dado tiempo. Nada más irte me han entrado unos retortijones tremendos. Creo que me han sentado mal los churros.

-Y las magdalenas de Lucía, supongo.

-Sí, sí, eso, y las magdalenas. Ahora mismo la llamo.

Espero a que Vicente entre en la cocina, a colocar las bebidas y las viandas en el frigorífico. Busco en la agenda el número de teléfono de Teresa. Supongo que ella es la amiga a la que se refería la señorona de Sánchez, esa señora que quería conocerme, o sea, la madre de Lucía. Así lo espero ansiosamente. Cojo el teléfono y marco el número de Teresa. Espero. Al rato oigo una voz de adolescente respondón, un tanto antipático. Se trata del hermano de Teresa y dice que sí,

que está Lucía, pero que todavía duerme, y también su hermana, que estuvieron estudiando hasta muy tarde. Ha habido suerte. Le digo que, por favor, despierte a Lucía. Él, que no quiere, que las chicas tienen derecho al descanso, que mañana tienen un examen. Yo, que me enfado y le mando a la mierda. Él, que se cabrea. Vicente, que qué pasa, que por qué grito.

-¡Nada, Vicente, no pasa nada, que no puede ponerse, está en el baño! ¡Luego nos llama! ¡Oye, voy a bajar a por tabaco, ahora mismo subo!

Salgo corriendo. Vicente grita a mis espaldas: “¡Podrías habérmelo dicho antes y yo te lo hubiera subido! ¡oye, además, ahora que recuerdo, si tengo yo! ¿A dónde vas tan deprisa?”, pero no le hago caso. Bajo las escaleras a saltos. Temo que El Choli haya hecho alguna tontería.

Cuando llego al portal el Choli me recibe, algo distante, pero con evidente satisfacción. Tiene las manos metidas debajo de los sobacos y un ligero temblor monorrítmico, un ligero *alegro staccato* que hace que sus piernas bailen una danza bakalaera un tanto chabacana para mi gusto.

-Ya era hora, Marqués, no sé cómo he aguantado tanto: estoy helado, tengo gusa, estoy muerto de sueño.

-Perdona, colega, es que se ha complicado la cosa.

PERIFERIA O MUERTE

-Joder, me persigue la pasma por toda la ciudad y estoy plantado durante más de hora como un pasmarote en este portal con más tráfico que la Gran Vía, colega, en el escaparate, dando la jeta a todos los julais que entran y salen y se quedan mirándome como si yo fuera un extraterrestre o algo por el estilo. Ahora mismo acaba de subir uno con una pinta de madero que casi me hace salir de najas. ¡Un respeto, Marqués, que estoy con el periodo!

-Pues, ese julai que dices es el dueño del piso, mi colega Vicente.

-¿Ese menda? A ver si me estoy metiendo en una encerrona, Marqués.

-No pases cuidado, Choli, que es de fiar.

Eso vamos hablando en el ascensor, mientras subimos.

El Choli está apoyado contra la puerta del piso. Yo le sostengo para que no resbale y acabe mordiendo el polvo del descansillo, mientras trato de encontrar la llave y, al mismo tiempo, voy perfilando lo que voy a contarle a Vicente y la manera más apropiada de decírselo. La cosa ha tomado un giro imprevisto y ahora de nada sirve lo que tenía planeado.

Habrá que improvisar, no hay más remedio.  D nde coño se habrá metido la maldita llave? Renuncio, toco el timbre.

-Y ahora, Choli, p rtate bien –le digo, mientras esperamos a que nos abra Vicente-. Voy a contarle a mi colega una trola que quizás no alcances a chanelar del todo. T , mantente en silencio, no abras la boca y déjame hacer a mí,  vale?

-Vale, tronco, lo que t  digas –asiente, con ademán definitivo, aunque un instante después se le cierran los ojos, se le caen los gestos al suelo, se le desploma el porte. Luego, asoma en su rostro consumido una mueca morbosa, un sí es no es infantiloides, cuando Vicente abre la puerta y nos recibe, expectante, si bien, al vernos, reacciona endureciendo la mirada con un esguince extraño e inquisitivo y un tanto asustado.

Miro a uno, luego, al otro... qué dos mundos tan distintos y, a la vez, tan míos, enfrentándose. Los conozco, son parte de mi vida. Yo soy... nadie y la integración de ambos.

-Mira, Vicente, a quién me he encontrado en el portal  No te he hablado nunca de mi amigo Lorenzo, el pintor que se fue a América? -En este momento al Choli le da un vah do y est  a punto de caer al suelo. Lo sujeto como puedo y le ayudo a sentarse en el sofá-. Acaba de llegar de Nueva York. Alguien le había dicho que yo vivía aquí, aunque no sabía en qué piso,

PERIFERIA O MUERTE

por eso esperaba en el portal antes, cuando tú lo has visto. ¡Como no está mi nombre en el buzón! Está pasando una mala racha, el pobre, pero, oye, es un pintor buenísimo, te lo aseguro, un genio. Ha expuesto en Nueva York y no ha tenido mala crítica. Su error ha sido volver a Madrid. Aquí no lo conoce nadie, excepto yo y otros cuantos sin ninguna influencia en el mundo del arte. Por lo visto lleva varios días dando vueltas por la ciudad como un vagabundo. Hasta que alguien le dio esta dirección. Ya sabes como es este país para el arte y los artistas, nos mata de hambre aunque triunfemos fuera. Aunque más allá de nuestras fronteras seamos alguien, aquí nos tratan como a delincuentes, como a vagos y maleantes, gente asocial, enemigos de la sociedad, basura... – veo que el Choli no se ha movido del sofá, con los ojos semicerrados parece que escucha lo que digo, alucina sin duda, de vez en cuando asiente con la cabeza.– Oye, por cierto, voy a ver si Lucía ya ha salido del baño.

Cojo el teléfono y marco el número de Teresa. Lo ha vuelto a coger su hermano. ¡Joder, qué día llevo! Le pregunto por Lucía y el lilón me da la misma respuesta, aunque más virantes que antes. O sea, que no. Estoy a punto de cagarme en sus muertos, pero, por el interés (Vicente tiene la oreja puesta), me contengo. Lo hubiera echado todo a perder.

LUIS LUCENA CANALES

Vicente se hubiera dado cuenta y... sin que se percate corto la comunicación con una mano y simulo estar hablando con Lucía.

-¡Hola, Lucía! ¿Qué tal sigues?

-...

-Me alegro.

-...

-Sí, aquí está –observo por el rabillo del ojo a Vicente, que no se pierde una, atento como un perdiguero al acecho de mis palabras.

-...

-Sí, se lo he dicho.

-...

-Sí, ya sé que tú no querías, pero...

-...

-No, mujer, eso no se lo he dicho.

-...

-Sí, sí. Ya. Bueno.

-...

-Está bien, se lo diré. Oye, ¿por qué no te vienes para acá con Teresa y se lo dices tú misma?

-...

-Que sí, mujer, él te está esperando.

PERIFERIA O MUERTE

-...

-Será mejor así. No me gusta hacer de celestina.

-...

-Está bien. Te esperamos. No tardes, ¿eh? ¡Adiós, bonita, adiós!

Y cuelgo. Miro hacia el sofá y compruebo que el Choli se ha dormido. Mejor así. Vicente me mira, se rasca la cabeza, nerviosa, inconscientemente, se apoya en un pie, después en el otro. Se le nota espídico (aunque no ha tomado anfetetas), como si tuviera una moto rulando dentro de su cabeza, sin rumbo ni destino, y, sin embargo, está completamente inmóvil, esperando, centrada toda su atención en lo que voy a decir, pero que no digo. Lucía se le está saliendo por los ojos, inunda su imaginación, todo su espacio, sus sentimientos, sus anhelos, sus esperanzas... me mira agradecido, con los ojos llorosos, mecido y arropado por sus dulces pensamientos. Ahora sí que ha caído definitivamente en mi red. Por lo pronto, parece que se ha olvidado del Choli, por lo que mi primer objetivo está cumplido.

Quiero hacer un inciso para aclarar que no creo que Vicente se trague a pies juntillas todas las mentiras que le cuento. Más bien, creo que vive mis historias como si de una novela se tratara. Entra a fondo en la ficción y la vive como si fuera realidad, aunque conservando para sí cierta conciencia del engaño. Es decir, adopta la actitud habitual del lector de novelas: vive lo que se cuenta como verdad, si bien, en su interior, tiene la certeza de que lo que se cuenta es mentira. O lo que es igual, de alguna manera, extraña manera, prescinde del principio de realidad, momentáneamente, lo deja en suspenso mientras dura la lectura, lo que le permite identificarse sin reservas con el personaje que el autor, o sea, este menda, ha creado para él.

No importa que mis historias sean ciertas o no. Lo que importa es que él se las cree porque quiere y le interesa creérselas. Son verdaderas porque él se las cree y porque las vive como si en realidad lo fueran. Vicente es un gran lector de novelas, un magnífico lector, el mejor que nunca he tenido y, probablemente, el mejor que nunca tendré, pero se ha creído, sin el conveniente distanciamiento, protagonista de esta historia inventada y me veo en la necesidad de cuadrarla con los hechos reales. Y esto no resulta nada fácil, sobre todo porque me juego mucho en el desenlace.

PERIFERIA O MUERTE

Mi mente busca, por lo tanto, una salida, recorriendo todos los caminos posibles que se le presentan, pero, sobre todo, dejándose llevar por la intuición (la intuición es la mejor herramienta del narrador), buscado el punto de encuentro, el cruce que me indique la salida del laberinto en que me he metido y en el que le he metido a él, a mi mejor lector, a mi buen amigo Vicente.

-¡Tabaco! –se me ocurre de pronto-. ¡No tenemos tabaco!

Ocurre que, a veces, escribes “tabaco”, como ahora, o lo primero que te viene a la cabeza, porque no sabes a dónde vas, qué pretendes, y esa palabra desencadena una multiplicidad asombrosa de sucesos inesperados, abre puertas cerradas hacía sólo un instante. ¿Sabemos algo del camino, aparte del inevitable fin? Sólo sabemos del camino que tiene un principio y un fin, y nunca es el mismo camino. Por eso, lo que importa es actuar, salir del paralizante remolino que te envuelve, tomar una dirección, la que sea, con tal de romper el hechizo de la mente silenciosa, de la hoja en blanco. ¿Luego? Luego, ya veremos. Por lo pronto, seguimos:

-¡Sí, yo tengo! –responde Vicente, viéndose sorprendido, algo confundido por mi salida.

-No, si digo tabaco rubio.

-Pero, ¿no has bajado hace un momento a por él?

LUIS LUCENA CANALES

- Sí, pero como me he encontrado a Lorenzo en el portal.
- ¿Y para qué quieres tabaco rubio?
- Podríamos hacernos unos porritos para animar la cosa.
- De eso nada, que luego pasa lo que pasa.
- ¡Qué va a pasar, Vicente!
- Lo que pasa... además, no tenemos...
- Seguro que Teresa tiene costo. La llamaré ahora mismo. Mientras, baja tú a por tabaco.
- ¡Vale! ¡Ya bajo! –y sale corriendo hacia la puerta.

Se le podía haber ocurrido que ya que voy a llamar a Teresa para que se traiga el costo también podría decirle que se trajera tabaco. Pero se ve que Vicente no ha pensado en ello y a mí no me interesa que lo piense.

Cuando se ha ido, levanto al Choli y le ayudo a caminar hasta mi cama. Le acuesto, le arropo y salgo disparado hacia el salón. Cojo el teléfono. Vuelvo a marcar el número de Teresa. Lo ha cogido el mismo pipiolo de antes, el hermanito. Enronquezco la voz procurando darle un tono más adulto, más severo.

- Hola, soy el padre de Lucía. Dile que se ponga es urgente.
- Está todavía acostada.
- Es igual, chaval. Despiértala. Dile que es muy importante y, por favor, que se dé prisa.

PERIFERIA O MUERTE

Espero, impaciente, con mis sentidos atentos y acelerados al máximo, acechando los más insignificantes ruidos que se producen a mi alrededor: el tic-tac del reloj que hay en la cocina, el traqueteo del ascensor que desciende, los resoplidos del Choli durmiendo en mi cama, los pasos de los vecinos en el piso de arriba, el incesante runrún de los coches en la calle, un grito lejano, quizá una violación o un asesinato que alguien descubrirá dentro de unos días y un gritito de placer, un susurro apenas, justo aquí al lado, detrás de esa pared... todo esto por el oído izquierdo, mientras el derecho se abre por el puente telefónico que me une a la casa de Teresa, y se extiende por su espacio al tiempo que imagino la disposición de los muebles, los cuadros en las paredes, el movimiento del hermano de Teresa que llama a la habitación donde duerme su hermana y la amiga, esa tía que está tan buena y le mira con cierto cachondeo que él no aguanta, una puerta que se abre, vagos pasos sobre el parqué y el torpe golpe de una mano que tropieza con la mesilla en que se apoya el teléfono descolgado, la voz de Lucía, más grave de lo habitual, dejada, somnolienta.

-¿Papá?

-¿Lucía? Soy Arturo, ese imbécil me ha debido confundir con tu padre. Perdona que te moleste a estas horas, pero tienes que hacerme un favor. Es muy importante. Estoy metido en un lío.

-Estoy muy cansada, Arturo. Me he acostado a las siete de la madrugada y mañana tengo un examen, muy temprano.

-Por favor, Lucía...

Se lo cuento. Ella me deja hablar sin decir nada y cuando termino se pone hecha una furia. De eso ni hablar, grita, que por quién la he tomado, que ella no se enrolla con Vicente, ni con nadie, para hacerme a mí un favor, que si se enrolla con Vicente, o con quien sea, será porque le venga en gana, porque le apetezca y no porque yo se lo pida...

-... mira que despertarme para esto.

Y cuelga.

Ahora sí que la jodimos. Se huele la catástrofe. Vicente llega y me mira con el paquete de *Marlboro* en una mano y una sonrisa lacia, bobalicona, prendida de los labios, de los que cuelga una baba rosa, mientras mastica su chicle de fresa ácida. Espera mis noticias. Me siento en el sofá, derrotado. Completamente bloqueado, agotado, me patinan las neuronas. Pienso, y esto me reconforta, que, al fin y al cabo, he conseguido mi objetivo. El Choli duerme en mi cama, desde aquí oigo sus resoplidos.

PERIFERIA O MUERTE

Será mejor darle carrete a Vicente, por hacer tiempo. Mientras dura el tiempo hay esperanza, aunque esté todo perdido... Empiezo por contarle la vida y milagros de mi buen amigo Lorenzo Galán, de sus desventuras en Madrid antes de embarcarse para Nueva York, sin un chavo en el bolsillo, como grumete en un barco mercante. Le hablo de sus cartas desde la capital del mundo, de las maravillas de la gran ciudad, de sus miserias y grandezas, de cómo me decía en una de sus cartas, citando a Joseph Kosuth, que si *un europeo puede buscar en la propia cultura un contexto dentro del cual trabajar*, los americanos *deberán partir de cero* y yo he decidido partir de cero, Arturo, renunciar a mi propia historia, cultural y personal, etcétera, hacerme americano. Le digo que además de ser un excelente pintor es un magnífico poeta y escritor, un teórico del arte. El fue el primero que me habló de Kosuth, y de su idea de que *el artista es un modelo de antropólogo involucrado*, de que *el arte no está por encima ni más allá de la experiencia vivida*, sino que *en cuanto reflexión involucrada (socialmente mediada)... está profundamente inserto en el mundo*, y cómo su falta de *relación crítica* con este supone *una enfermedad incurable* característica de la postmodernidad, y cómo ese vacío de significado *causado por el desmoronamiento del discurso precedente (el modernismo)*

y la evidente ausencia, al menos hasta ahora, de un recambio (“postmodernismo” es más una noción que un discurso) han hecho que el trabajo reciente extraiga, cada vez más, de los movimientos internos al mercado del arte, el propio significado.

-En fin, tengo pensado incluir alguna de sus cartas en mi novela, servirá como contraste, puente entre dos mundos tan distintos, pero a la vez tan semejantes: la gran urbe de este final de siglo impone formas universales, aunque aquí aún pensemos casi como siervos de la gleba, como campesinos. Testimonios de artistas como Andy Warhol, que dijo: “La razón por la que pinto de este modo es porque quiero ser una máquina. Haga lo que haga, y lo hago como una máquina, es porque es lo que quiero hacer. Creo que sería estupendo que todo el mundo fuera igual.” ¡Genial! ¿No? ¡Qué precisión en el lenguaje, qué sabiduría! Al margen: supongo que también follaría como una máquina. ¿No es estupendo?... Artistas como Jin Dine, Robert Indiana, Roy Lichtenstein, After Shave, Ton Wesselman, Claes Oldenburg, James Rosenquist en las noches eléctricas de Manhattan con la boca abierta y el culo al aire, comiéndose el mundo de la periferia por ambos lados. Artistas como Don Judd, Dan Flavin, Ludwing van Schweeps, John Pepsi, Carl Andre, Robert Morris, Frank Stella, mínimos

PERIFERIA O MUERTE

atletas cantando repetitivas series por las calles, como gigantes. Amigos como Richard Long, Hamilton Fulton, Lawrence Weiner, Robert Barry, Chris Burden, Sol Le Witt, Douglas Huebler, Carl Silly, Hans Haacke, Edward Kienholz, Willian Wegman, Bill Beckley, James Collins, Alexis Smith, Laurie Anderson, On Kawara, Roman Opalka, John Rotter, Mel Bochner, Vito Acconci, Jan Dibbets, Daniel Buren, vagando ahitos de nuevas ideas sobre el arte por los suburbios de Nueva York: Morningside Heights, St. Nicholas Park, Washington Heights, el Bronx, Riverdale, Brooklyn Heights, Park Slope, Harlem,... que ciertamente, no son los suburbios de Madrid, de Bilbao o Barcelona, ni siquiera los de cualquier otra ciudad europea, aunque la indiferencia, la violencia, nihilista y brillante de los suburbios, la gente de la calle, los drogatas, los mendigos y vagabundos y, con ellos, los artistas respiren el mismo aire. Ah, el fin de las vanguardias, el espíritu de la época perdido en la ansiedad confusa de las calles, tirado a la basura y rescatado por los nuevos señores del arte -nombres y nombres desconocidos de sonidos extraños que a Vicente le encandilan con sus sílabas hechizantes... pintores, escultores, fotógrafos de la ultimísima vanguardia estética en el centro del mundo, en el eje de la ascosidad planetaria sobre la que se levantan los lujosos palacios de los rascacielos

colgados de un cielo decadente, de un apocalíptico gris ceniza, como este fin de milenio, con su obscena, inútil, insultante opulencia-. Todo esto antes de la confusión postmoderna, claro, la vil falta de respeto a la vanguardia, la cínica falta de estilo, la sátira y la insolencia de “el arte es el mercado”, el todo vale. En fin, como aquí pero a lo grande, te imaginas –y sé que no puede imaginárselo porque le resulta todo demasiado grande-. Cómo viven esos artistas mimados por los galeristas, con quién pasan sus días y sus noches, a quién o qué adoran, cómo se venden si venden, qué pintan si pintan y por qué lo pintan, todo eso me contaba mi amigo en sus cartas, con precisas y exactas pinceladas literarias. Comprendes ahora, Vicente, por qué lo he subido a casa, a tu casa. Él, que pinta como casi nadie pinta y lo que casi nadie pinta, él que, a pesar de todo, es de carne y hueso, mortal, como tú y yo, está dejando su testimonio en esta casa con sólo quedarse aquí unos días y retratarnos, a ti y a mí... en este sofá, ¿te parece bien aquí? –señalo el sofá y hago que Vicente se siente-. Eso, así, ¿con un libro en la mano?, mirando al lienzo con ojos inmortales, como diciendo: no sólo mis palabras dejo sino también mi alma vista a través de las pinceladas inmortales de Lorenzo Galán... ¿te parece bien así? (Me permito esta licencia, he de decirlo, porque sé que Vicente no sabe que

PERIFERIA O MUERTE

Lorenzo Galán es un artista conceptual y, por lo tanto, nunca nos haría –no quiere ni sabe- un retrato al natural.) Y Vicente asiente, algo confundido, aunque emocionado. Nos miramos... Cambio de tono-. Si bien no quisiera ofrecerte falsas promesas, ya que no depende de mí... en realidad, creo que no es necesario siquiera que nos pinte, pues con su sola presencia aquí, junto a ti y a mí en esta tu casa, ya nos está dejando su testimonio eterno, junto a la oculta grandeza de lo más sucio, lo más mísero, lo más sangrante, lo más verdadero, el basamento de bardoma sobre el que germina el mundo de los fastos y destellos, brillos falsos que hacen del mundo una triste parodia, simulacro de los medios y pobre, consumista, bienestar de los enteros... Ea, ¡cómo vamos a echar a la calle a un artista así! ¡Compréndelo, Vicente! Tú, que eres un artista y un protector de los artistas, no puedes hacer eso, pues estás en el centro de la vorágine de nuestra época y te sientes implicado a sangre y fuego con ella. Como yo, sabes que ya no puedes volverte atrás, demasiado tarde, hay que seguir, es nuestro destino: aunque no lo quieras no tienes más remedio que dejar a la posteridad el testimonio de la horrrisona belleza que te ha tocado vivir. Porque todo es bello, la mierda es bella, la violencia y el caos son bellos en las manos del artista que por la sagrada alquimia de su arte se sitúa dentro y fuera de lo que

expresa. Dentro y fuera, como uno más, viviendo la misma vida de todos, pero al mismo tiempo tocado por el rayo divino que le trae el ángel de la creación, incendiado por él, embriagado por su danza de fuego, en la vertiente oscura e iluminado por el ángaro negro que arde sobre la torre vigía de la cumbre, sobre los dos mundos.

Vicente se ha quedado atónito. Pasmado, con la boca abierta, parece un niño con el síndrome de Down, obnubilado y dulce. Me siento a su lado en el sofá, deshecho. Reclino la cabeza, agotado, pero todavía atento a las reacciones de Vicente. Aunque no es Vicente quien reacciona, sino el Choli, que se levanta de la cama dando botes, subiéndose por las paredes, gritando, temblando, moqueando, tiritando, con los primeros síntomas del mono. Al verlo, Vicente despierta, parece que comprende, me mira con expresión de pánico, después con ira, los ojos desmesuradamente abiertos, como dos faros antiniebla bajo una tormenta de arena roja iluminando el rostro lívido, revuelto, convulsionado del yonqui, disuelto en el humo de los cigarrillos, confundido con los gritos, los golpes, los insultos... Me levanto de un salto y agarro por un brazo al Choli que, al instante, se libera de un tirón y me mira con odio, como un loco furioso, aunque, al rato, se ablanda, me llora un poco.

PERIFERIA O MUERTE

-Marqués, que estoy muy mal, tienes que buscarme algo. Ya sabes que yo no puedo salir, que me entrullan, Marqués, que de esta no me escapo.

-Pero, Arturo, ¿qué está diciendo este tío?

-No te preocupes, Vicente. Delira. Se siente destrozado por cómo le han tratado después de su triunfo en la capital del mundo.

-Pero, si está con el mo...

-¡Déjame en paz ahora! ¿Qué más quieres? ¡Ya te lo he contado todo!

Vicente me pide un poco más de engaño, lo mismo que el Choli pide droga, para poder encajar lo que está viendo. No quiere reconocer lo que sin duda ya sabe.

-Búscame algo, Marqués, que no me aguanto el mono –y se va para la cocina, Vicente y yo detrás de él, abre el frigorífico, descubre las botellas de champán en el congelador y coge una, intenta abrirla, pero no puede. Se vuelve hacia nosotros, la botella entre las manos, y yo, de un manotazo se la quito. La abro. Me encaro con Vicente, que nos mira, estupefacto, aún sin atreverse a aceptar del todo lo que está pasando. ¡Qué más necesitas ver, amigo!

-¡Vamos a celebrarlo! –le digo- ¡Un día es un día! ¡Trae las copas, Vicente!

Sin rechistar obedece, si bien, frente a la puerta abierta del armario, de espaldas a nosotros, se detiene y susurra débilmente: “Celebrar ¿qué? No lo entiendo.” El Choli me quita la botella de un zarpazo y llevándosela a la boca con felina rapidez se echa un trago, interminable trago, al tiempo que Vicente se vuelve con las tres copas en las manos y se queda mirando, pasmado, como el yonqui acaba de un solo trago la botella de champán que tenía para celebrar con su amada Lucía...

-¡No importa! –digo- ¡Hay más! ¡Abriremos otra!

Voy a cogerla al frigorífico, pero el Choli se me adelanta. Ya la mece en su regazo como una madre a su hijo e intenta abrirla, sin conseguirlo. Ya me la pasa con un ronco eructo que significa: “¡guaaaaaaaaai el champán de tu colega, tronco!”. Y Luego suelta otro más débil a la jeta de Vicente, que no acaba de coscarse.

-¡Daaaaaaaame! –vuelve a la carga el Choli cuando se percata de que he abierto la botella, y se la lleva agarrada del culo con su zarpa de uñas negras.

-¡Quieto ahí, colega! ¡Tú ya has bebido! Ahora nos toca a nosotros.

-Está bien, Marqués, no te enfades con tu tronco el Choli.

PERIFERIA O MUERTE

Al oír el nombre maldito Vicente da un respingo, ya no le quedan excusas para su sueño, pero, oh maravilla, ha debido de perder el juicio definitivamente, aún se resiste.

-Hay que dejar una botella al menos, para las chicas –dice.

-Pero, ¿qué dice este?, ¿a qué chicas se refiere? –pregunta el Choli, apoyándose en la encimera para no caerse.

-¿Es que no van a venir, Arturo? –y se me queda mirando, con una expresión que da pena. Acabo de llenar una copa y se la ofrezco.

-Toma, bebe... y olvida. Bebe y aprovecha el momento, *ya que que ignoras lo que te reserva el mañana, procura ser feliz hoy* -lo dice Omar Khayyam-. *Coge un ánfora de vino, siéntate a la luz de la luna y bebe...*

-Pero... –balbucea, duda un instante. Siento como algo se rompe en mil pedazos dentro de su cerebro. Luego, se lleva la copa a los labios e, inexpresivo, se la bebe de un solo trago.

Miro, sin inmutarme, cómo se destruye un sueño, sus brillos reflejándose en los azulejos esmaltados de la cocina como una traca de fuegos artificiales, y así permanezco hasta que el Choli, dándome un golpe en la espalda, rompe el ensalmo, grita:

-¡Venga, tronco, pásame la botella! ¡Estás cocido!

LUIS LUCENA CANALES

Y, sin hacerle caso, otra vez lleno mi copa y, luego, la de Vicente y levantándola le invito a que brindemos.

-Eres un hijo de la gran puta, Arturo –dice él, tranquilamente, alzando su copa. Brindamos.

-Pero, ¿qué dice este? ¡Oye, que no insultes a mi colega el Marqués, que te doy! ¿Le doy, Marqués?

-¡Quita, Choli, y no molestes!

-¡Joder, si os la estáis bebiendo los dos solitos!

Lleno la copa de Vicente y la mía hasta que sólo queda un culo en la botella y, entonces, se la paso al Choli, que protesta por lo poco que le hemos dejado. Ahora es Vicente quien se va para la nevera y quita el alambre del precinto de la última, la aprieta contra su costado, tira del corcho con fuerza.

-¡Ya se derrama el líquido espumoso como el semen de un dios enorme buscando los nectarinos jugos de la virgen! –tiendo mi copa, que Vicente llena impasible, indiferente. Tras su mirada pétrea ha levantado un muro de cemento armado.

Sigue la juerga. Como ya no queda champán, Vicente y el Choli le dan al güisqui, bebiendo directamente de la botella. Los continuos brindis, los gritos del Choli pidiendo más bebida, las risas beodas de Vicente, las bromas del Marqués se suceden... Ya digo, agarran la botella de güisqui y beben directamente de ella, hasta que se la beben, y el Choli grita

PERIFERIA O MUERTE

pidiendo más bebida y ríe Vicente buscando las botellas que tiene escondidas y el Marqués bromea... y así sigue la juerga, hasta que se acaban.

-Ahora mismo bajo a la tienda del Moscardo y me subo más bebida –dice, con una risa ida, Vicente.

-¡Guai, tronco, qué tío más legal eres! –exclama el Choli, conmovido y, cogiéndole por los hombros, ponen rumbo hacia el salón, se tambalean por el pasillo dándose golpes contra las paredes... tratan, inútilmente, de alcanzarlo pues el salón se ha alejado con la marea, flota en el horizonte, se balancea, regresa con cada ola... Al pasar por la puerta de mi habitación empujo al Choli, que cae redondo sobre la cama. Y tiro de Vicente hacia la suya, dejándose llevar sin violencia y clamando a voz en grito: “¡Me has vuelto a engañar, Marqués de la Mierda, me has vuelto a engañar! ¡Me has vuelto a engañar y me has metido en casa a un drogadicto, como tú, otro drogadicto! ¡Un drogadicto, dos drogadictos, tres drogadictos... je, je, je! ¡Pues a hacer puñetas los tres! ¡Yo os echo a la calle a los tres, con toda educación, con toda aristocrática elegancia! ¡A hacer puñetas los tres!

Lo dejo caer sobre la cama y enseguida se queda dormido. Angelito, da gusto verlo, tan quietecito... No puedo más, me derrumbo en el sofá, rendido, aunque satisfecho al

ver mi objetivo cumplido. El Choli duerme a salvo de la pasma y Vicente duerme a salvo de sus fantasías. Este pensamiento me tranquiliza: mi objetivo está cumplido, ya puede dormir en paz el tercero de los drogadictos. Dormir, morir, acabar en tierra de nadie, entre dos fuegos... los pensamientos, que ya no son mis pensamientos, no dejan de girar y girar independientes del cerebro en que se asientan... es nadie, un yonqui sin pasado que no espera nada del futuro y al que persigue la pasma por un crimen que dice no haber cometido... es nadie y, sin embargo, sufre, como el Marqués, como Vicente, pusilánime hombrecillo, el muy estúpido, remilgado, cursi, afectado y pelmazo pretende dejar su nombre grabado en la eternidad con letras de oro, pero, sin duda, sufre, como el Marqués, como el Choli, perdido en la ciénaga del tiempo desde siempre y para siempre anónimo, en el lío desde niño, ha tocado casi todos los registros, pero el caballo le ha pisoteado, le ha trastornado, no es él cuando le falta, sin embargo él no ha apiolado a nadie, estos ojos le han visto darse el zuri por no chinarse a un pringao, él no ha sido, estoy seguro y, no obstante, sufre, como Vicente, como el Marqués, el otro (“Sí, ya sé / que nunca alguien seré”), entre los dos, ¿qué hace?, ¿a qué está jugando?, creador en tierra de nadie, como siempre entre dos fuegos, sin atreverse a romper con el

PERIFERIA O MUERTE

pasado, sin acabar de aceptar plenamente el presente... ¿por qué son tan altos los árboles en la alameda desierta, por qué son de esa manera? ...como el Choli, como Vicente, señor de orden y sueldo fijo, más dos pagas extraordinarias, piso y coche y ciertos vagos temores, esperanzas e inquietudes sobre la paz del mundo, la libertad y la justicia, cosas que suele leer en los periódicos, como el Marqués, como el Choli, aunque, ¿tendrá inquietudes, tendrá sueños y esperanzas un yonqui? Como todos los yonquis dice que quiere dejar la heroína, ¿es eso una esperanza, un sueño, una inquietud? Es tan malditamente caro y difícil de conseguir el burro (pura mierda con un seis por ciento de principio activo, según los expertos, lo demás lactosa o talco o yeso de las paredes, cuando no estriknina) que, como a todos ellos, no le queda vida para dar a nadie, ni espacio ni tiempo donde levantar una vida, pues toda se va detrás de la vena, todo su esfuerzo se lo come la droga, los que venden la droga y los que prohíben la evasión de la vida. ¿Qué los separa, entonces?, ¿el sueño dormido o el sueño despierto, el sueño vacío o el sueño con ensueños, el sueño químico o el sueño informativo, formativo, conformativo, deformativo? Los une el deseo, su sufrimiento: lo dice el Marqués de la Bardoma, en medio como siempre, sin saber si hacer (“Sé de sobra / que nunca tendré obra”) la que creímos

revolución interior y que acabó en el caos de las drogas destructoras o la revolución social que acabó como ha acabado... ¿qué significa todo esto para ti, Marqués? ...¿por qué es tan clara la hora, por qué está tan alta la luna, por qué tan serena? ...¿qué haces tú en esta historia? –he oído, de pronto, entre confusos sueños, mi voz llamándome y me he sobresaltado-... ¿por qué se acerca ese hombre, por qué recita esos versos, por qué son de esa manera? ¿Qué haces tú metido en esta historia? (“dejadme que me crea / lo que es imposible / que yo sea”), ¿de dónde a dónde esta pregunta y quién la ha formulado?, ¿quién pregunta?, ¿entonces quién, qué hay más allá de mí que me controla?, ¿realmente me controla?, ¿entonces, quién o qué controla al que controla? ¿autor o personaje? -Vuelvo al sofá, sobresaltado, duermela con un cigarrillo en la mano, mirando el techo vacío-. Entonces, ¿quién soy yo? Nadie responde ¿Tengo yo sueños? No, en esta tierra de nadie, siempre entre dos fuegos, no existen los sueños. ¡Oh, real tierra de nadie sobre el agua de los sueños! El sueño es agua, así es, así está escrito. El otro, ese sueño de fuego, no el fuego más allá del agua de los sueños, es alta traición del subconsciente, algo absurdo, sin sentido, como un escaparate vacío. “Y sé, sí / que no sabré de mí. / Pero, ahora / mientras dura esta hora...” me voy durmiendo sobre

PERIFERIA O MUERTE

instantáneas olas de silencio en un mar donde no hay nada, nadie, sólo... “esta clara y serena / noche de luna llena / estos ramos / esta paz en que estamos”... de donde salta un bufón, una mirada sin pupilas y un oscuro grito: “¡Ajajú!” , como un relámpago negro ese lambrijo, ese duende burlón, ese escuerzo, esa sombra lucífuga desplegándose por un ámbito homogéneo y sin márgenes, donde no hay nada, nadie, ni yo. Por lo tanto, “dejadme que me crea / lo que es imposible que yo sea”. Entonces, ¿quién?

No sé si duermo o he dormido. Nadie responde.

Durante todo el día siguiente, el Choli estuvo en casa. No había quien lo aguantara. Vicente no quiso saber nada y no volvió hasta la noche. Yo apacigüé al yonqui con paciencia, mucha agua, tisanas relajantes y depurativas, baños tibios y mi compañía, mi atención, mi escucha pasiva -pues la escucha, a pesar de lo que digan los psicólogos, es siempre pasiva, luz sin forma sobre el fondo oscuro de un espejo que absorbe lo sobrante y da coherencia a las imágenes de la memoria- y mis palabras.

Parece que el Choli, por fin, se encuentra mejor, hoy entre gimoteos y suspiros, me ha contado lo que realmente sucedió aquella maldita noche.

-Te advierto, Markés, que no me acuerdo bien, tenía un pedo que no me enteraba.

-Fue aquella noche que nos encontramos en el barrio y tú me propusiste un chollo de alucine, ¿recuerdas?

-No sé, eso no lo recuerdo. Me acuerdo de que me había pasado con las pirulas y el alcohol tratando de vencer el monazo que llevaba encima y que tenía guipao un chollo de alucine, pero necesitaba un socio, al final acabé con un menda que conocí, no sé cómo, aquella misma noche. El caso es que me caía bien, aunque estaba algo tocado. Iba de coca y llevaba varios días rulando por ahí. Me invitó a una raya. Lo recuerdo bien: la blanca sobre la mesa de formica del bar y el billete enrollado, la esnifada, el subidón de la coca, estimulante como un viento helado sobre la cálida piel perezosa... de eso me acuerdo bien, de lo que no me acuerdo es de su jeta. Es extraño, ¿no, Markés? Y, luego, otra y otra más y otra... otra raya y otra copa (de todas me acuerdo)... las pirulas bajando,

PERIFERIA O MUERTE

el güisqui subiendo y sus grandes manos preparando otra raya y su cuerpo desgarbado trincando y su camisa blanca desabrochada y su pantalón negro y su gastada chupa de cuero y sus ojos brillando y su aliento de fuego... de todo eso me acuerdo, de todo menos de su jeta, es extraño. Estábamos en un bar del centro y al abrirnos ligamos un tequi para volver al barrio. Conducía con un descontrol de acojone y yo le jaleaba. Se saltaba los semáforos y adelantaba sin margen apenas. Yo no sabía por dónde ni a dónde íbamos por aquella carretera, ni cómo fuimos a parar a aquel garito, ni cómo nos enrollamos con aquella furcia. Yo estaba frío, Markés, y sólo me apetecía seguir metiéndome. Pero nos habíamos quedado sin blanca y aquel menda estaba como loco. Le propuso un doblete a la lumi. Le dije: “¡Tú alucinas, tío! ¡Vámonos!”. Y él que si era maricón o qué. Y todo menos eso, que yo soy muy hombre, Markés, que yo nunca me he dejado dar por culo como otros para pagarme las papelas. Total, que subimos al picadero entre risas y bromas: que si te voy a hacer, que si te voy a dar, que si te voy a... ya sabes. Y yo cada vez más templado, que uno no es de piedra, Markés... y cuando la tía ya está en pelotas y dispuesta a recibir sobre la cama va el menda aquel y saca la chirla, sin avisar ni nada, se la pone a la fulana en el pescuezo y le dice: “¡Ponte de culo que vamos a chingarte por la cara!”, y

empezó a reírse todo zumbao, yo creo que por el brusco juego de palabras porque, la verdad, la situación no tenía ninguna gracia. Y dijo: “¡Rómpele el coño, colega, y rápido que luego me toca a mí y estoy que reboso!”. Estaba completamente colgado, Markés, ido, casi no me acuerdo de nada, no sé siquiera si llegué a metérsela. Y entonces, cuando tenía la cara sobre su espalda, me acuerdo por el cálido temblor que transmitía, oí su ahogado grito, terrible... y, al mismo instante, la paloma que se cae como un trapo sobre la cama y yo encima de ella. Me incorporo asustado y al llevarme la mano a la cara me la veo llena de sangre. ¡Cómo me acojoné, colega! Creí que la sangre era mía, joder. ¡Vaya si me acojoné! Era para acojonarse, si parece que aún la siento... Salí de najas, zumbando por las escaleras, al otro ni lo vi, creo que fue en ese momento cuando se me borró su jeta. La gente del garito me miraba, indecisa, las luces, los coches de la calle, todo pasaba delante de mí, muy rápido, y parecía como si yo estuviera inmóvil, sentado, viendo una de esas películas de Charlot, de esas de risa, sólo que yo no me reía. ¡Era una pasada, tío! Cuando, después de no sé cuanto tiempo, me detuve, me encontré en medio del campo, ¡alucina, en medio del campo, colega!, a oscuras. Lejos, algunas luces aisladas sobre el fondo negro, impenetrable, y, sobre el horizonte, el resplandor

PERIFERIA O MUERTE

guarrindongo de la noche madrileña... no entendía nada, incluso pensé que había tenido un mal rollo, que había alucinado, qué sé yo, pero cuando me vi las manos y la camisa manchadas de sangre supe que no había alucinado, que aquello había ocurrido de verdad. Vi el coño de la furcia como un enorme desagüe de cloaca, completamente abierto y chorreando sangre y yo entrando en él, no con mi polla, sino con mi cuerpo entero. Y, entonces, sí que me asusté, colega. Me corrió por la espalda un sudor frío mientras trataba de apartar de mi pensamiento esa horrible visión, que me tragaba, oscura y húmeda, dando cabezazos en el suelo, llorando. Veía a la pasma rompiendo la puerta de mi keli y a mi vieja rogándoles de rodillas que no me detuvieran y, luego, ya sola, llorar hasta morir de sufrimiento. Y juré allí mismo, por mi padre muerto, que nunca volvería a casa, por no dejar que mi vieja viera el rostro arruinado de su hijo. Luego, me dormí, o quizá me desmayé, no sé. Sólo sé que al día siguiente amanecí allí tirado y que después volví a Vallekas andando y que durante un tiempo impreciso anduve por ahí perdido hasta que te llamé por teléfono, Markés. Esta es toda la verdad, te lo juro, pero ahora quieren que me coma yo el marrón. Pero yo no fui, Markés, ya te lo he dicho. Te juro por mi vieja y por mi padre muerto que yo no fui.

Él no fue, de eso estoy seguro. Incluso pondría la mano en el fuego por mi amigo, pero el caso es que lo que ahora me ha contado no coincide con lo que me contó aquel día en el Bulevar de Vallekas. Me contó, entonces, que alguien le había delatado y yo supuse que había sido el mismo asesino, al que conocía. Pero, he aquí, que el Choli no recuerda aquel rostro, aunque sí se acuerde de la máscara, del engaño, de la droga. Seguramente el Choli, por rellenar los huecos que quedan en su memoria se inventa cosas sin querer, quizá se invente la acción e incluso al personaje.

-Pues la jodimos, Choli. La pasma puede pensar que yo soy el otro.

-Lo sé, Markés. Pero eso no voy a permitirlo. Antes, me declaro yo culpable.

-De todas maneras me van a empapelar por darte sombra.

-De eso nada. A ti no pueden enmierdarte en esto. No pueden reconocerte. Al otro le dicaron en el puticlub. Ya verás cuando lo cojan.

-Sí, cuando lo cojan, si lo cogen, ya veremos...

A veces, la memoria falla.

-Te juro por mi vieja, Marqués, que yo no fui... no, por mi padre muerto, yo no he sido, yo no he sido... –repite el Choli.

PERIFERIA O MUERTE

Él no ha sido, lo sé, pondría la mano en el fuego por mi amigo. Pero he aquí que sin desearlo ha entrado un criminal en mi libro, y como no tiene nombre y como no tiene rostro, incluso podría ser yo mismo. ¿Dónde estuve yo aquella noche? Yo, que pretendía escribir un libro sin asesinos, sin asesinatos.

Sin embargo, he aquí que un asesinato ha entrado en mi libro porque eso también forma parte de la vida, de ese mundo cruel y absurdo que no invento, aunque a veces tuerza, exagere o rompa para poner en evidencia los sórdidos deseos que anidan debajo de los buenos sentimientos, de las buenas formas del pensamiento, e intento removerlo todo, volverlo de cabeza, iluminando sus rincones más sucios y escondidos, las cegadoras y violentas aristas ocultas debajo de la luz engañosa de los convencionalismos nunca puestos en entredicho, de las costumbres que adormecen, de las crueles ideologías que simulan otra cosa distinta de lo que en los hechos significan, de las creencias esclavizadoras, de los prejuicios que atontan... y se ve al autor, contradiciendo a los que dicen saber, más allá del personaje.

LUIS LUCENA CANALES

Al día siguiente, cuando me desperté, el Choli había desaparecido sin dejar más rastro que un revuelto de sábanas sudadas sobre mi cama deshecha. Vicente me contó que le pilló registrando los cajones del armario muy temprano, mientras yo dormía, y que antes de irse le dijo que si largaba iba a rajarle, pero yo sé que no hablaba en serio. Sus amenazas forman parte de la tramoya del pavo frío, o sea, el mono que a veces berrea y si bien, a veces, también pincha, no el Choli. El Choli prefiere abrirse para conseguir su dosis y arriesgarse a que lo entrullen.

Desde mi torre de cristal, seguro, pienso en el Choli, por la liche con el mono a cuestras, buscándose su dosis, ocultándose, buscándose su dosis, huyendo como un lobo por el bosque, buscándose su dosis... mas, no hay nada que temer, el Choli es inaprensible, intangible, inalcanzable, pues conoce al dedillo su territorio, su gente, y tiene sus propias guaridas, sus encalomos, sus trapis.

Esta mañana, qué susto, ha venido la pasma a casa. Eran dos, muy arregladitos. Me han preguntado, con excelentes modales, por el Choli. Que si hace mucho que no lo

PERIFERIA O MUERTE

veo, que si sé por dónde anda... Les he dicho lo que sé, o sea, nada. Después se han ido, como habían venido, si dejar rastro. De esto, ni palabra a Vicente.

Lucía me ha llamado por teléfono entre semana, cuando estaba tratando de escribir sobre el Choli, por la calle, con el mono a cuestras. Un monazo es algo muy peculiar que pasa por distintas fases, aunque ninguna es tan terrible que pueda resultar peligrosa y mucho menos mortal para el enfermo, si bien en algunos casos resulte peligrosa para los que le rodean. Comienza con bostezos incontrolables, sudor frío y estornudos. Después, vienen los vómitos, las náuseas, los espasmos intestinales, las diarreas, los calambres musculares, los dolores de espalda y extremidades, los temblores, la sudoración profusa, la ansiedad y, más tarde, el insomnio, la fatiga, la depresión... o sea, nada grave, al menos nada que no pueda ser superado con un poco de voluntad y de paciencia.

Sin embargo, normalmente, se exageran los síntomas, aunque no creo que el yonqui lo haga a conciencia. El adicto es un ser delicado que pasa por distintos momentos existenciales, como cualquiera, momentos que aunque no tienen nada que

ver con su adicción, ni con el mono, influyen inevitablemente en ellos. Además su resistencia al dolor está tan menguada que cualquier pequeño sufrimiento se vive de forma terriblemente aumentada. Y como conocen la forma de acabar con ello, un simple pinchazo basta, no les resulta fácil evitar la tentación, por lo que, con el tiempo, los adictos con pocos recursos económicos (la heroína es cara) se colocan más para evitar los síntomas del síndrome de abstinencia que para obtener los beneficios de la droga. Esto les hace caer en una desenfrenada carrera contra el mono, lo que lleva a la más absoluta de las miserias: es la ruina de la droga, lo mismo da el nombre de la droga. Pero, este tema es largo y engorroso y ahora no tengo ganas de enrollarme. Además, cuanto más hablo de las drogas más ganas tengo de drogarme, ha dicho alguien, no sé quien, qué importa ahora.

Volvamos a Lucía. Resulta que me ha llamado entre semana, cosa que no suele hacer, ni yo tampoco. Suena el teléfono cuando estoy tratando de marcar las diferencias entre los monos que he visto en mis colegas de la calle y mi último, en realidad, único mono. Ya he dicho que yo soy un drogadicto atípico. Aunque todos los drogadictos sean diferentes entre sí, yo creo tener muy pocas cosas en común con la mayoría de ellos.

PERIFERIA O MUERTE

Se habla del drogadicto como si este término reflejara alguna realidad concreta, pero hay tantos drogadictos como seres humanos disponibles a ser adictos a las drogas. Cualquiera puede serlo, y muchos lo son sin sospecharlo siquiera. “Muchas veces no llegamos a ver las cosas por sí mismas, pues frecuentemente nos limitamos a leer las etiquetas que llevan adheridas.” ¡Qué sabias palabras de Henri Bergson!

Como dice el educador Luis de Fimia: “entre el yonqui marginado, que busca su autoafirmación a través de la ausencia del dolor, y cierta clase de personas, integradas socialmente, que la buscan a través del éxito, no hay tanta diferencia. Lo que persiguen ambos es lo mismo: el mayor grado de autosatisfacción posible como rechazo y huida de la continua frustración en la que viven. Unos y otros buscan lo mismo: la cara buena sin la mala, ya sea de la droga o del éxito, o simplemente de la vida.”

Y es así, tanto es así (por eso la metáfora del drogadicto habla de todos) que, a veces, me pregunto si yo habré estado enganchado alguna vez. Si no fuera por las cicatrices que tengo en los brazos incluso sería capaz de ponerlo en duda. Ya sé que esto puede parecer un poco extraño, pero a mí no me lo parece, porque, también pudiera

ser que yo en otro tiempo haya sido un adicto a la donación de sangre, o que haya estado durante varios años enganchado a un gotero, en coma o algo por el estilo. Hay una laguna en mi memoria. Tengo recuerdos confusos, que bien pudieran ser sueños o fantasías de otro tiempo o de otro personaje, pero nada que parezca una certeza, aparte, ya digo, de las cicatrices.

Quizá, yo sólo sea la posibilidad de un día, el personaje de una historia que se independizó en algún punto de la historia del autor-creador, o quizá nada sea cierto, o lo cierto sea que yo sea sólo un adicto a la ficción.

Ya sé que el Choli dice... pero qué sabe, en realidad, el Choli de mí, qué sabe nadie. Nunca me vio, que yo recuerde, picarme en su presencia. Si bien, a raíz del día que pasó en esta casa, me han venido ciertos recuerdos, instantáneas imágenes que bien pudieran no tener otro fundamento que la fantasía... una mujer de la que nadie quiere hablarme ahora, tumbada en una cama con la chuta clavada permanentemente en el brazo, una inimaginable suciedad y pestilencia y un relámpago que me dejó durante mucho tiempo ciego y, a continuación, un río de aguas claras, un valle entre montañas y terribles noches de dolor, soledad y frío, noches y días delirantes por un bosque de proteicas sombras, descabezando un breve sueño al amanecer... y, luego, un pueblo, Anela y

PERIFERIA O MUERTE

Manuel, de ellos sí me acuerdo bien, de la cumbre y de la cueva, aunque no de lo que fatalmente ocurrió y de lo que es preciso acordarse por mucho que sea tremendamente doloroso intentarlo... Me acuerdo de la sangre y del olor de otra sangre, aunque no podría precisar de quién era esa sangre.

Así que cuando empecé a acordarme de lo que fatal y realmente ocurrió y sentir que era preciso llegar hasta el final, por abrir una puerta que aireara el fondo de agobio de esa estancia donde el escritor mandaba, cogí el teléfono, y fue bienvenida agua de mayo para el agosto de mis campos, esa quemazón que no cesa en algún recóndito rincón de mi pasado, para esa angustia sin causa conocida que prefiero dejar desconocida, aunque sonara distante y fría, aquella voz, cortante y seca, la de Lucía, realmente enfadada por la conversación que mantuve el otro día por teléfono con su madre.

-Vamos a quedar, Lucía, necesito verte ahora, no me gusta hablar estas cosas por teléfono.

Hemos quedado dentro de una hora en *La Manuela*, el bar de Malasaña. Como voy con tiempo suficiente cojo el

metro hasta la Gran Vía y camino. Voy pensando que ahora es seguro que este libro se refleja en otro libro que está por escribir. Ese libro invisible asoma en los acontecimientos que aquí cuento, pero se oculta tras las figuras y símbolos de mis sueños y esconden un secreto que ya no me importa descubrir. Quisiera ver en la gente algo nuevo, como la promesa de un tiempo venidero que sin haber aún brotado ya luchara por abrirse paso entre los escombros del pasado. Pero quizá sea sólo una esperanza. Así que, al instante, la desecho. La esperanza es síntoma de huida y debilidad que mata, la esperanza es como la droga, significa engaño, y no quiero más engaños, ni huir ya más.

Tiempo de carnaval: apenas unas chiquillas con las caras pintadas riéndose en el metro, sugiriendo con sus disfraces multicolores una piadosa mentira a los mirones, mudos esclavos; real consuelo entre tantas inalcanzables ilusiones como sepultan a la ciudad y a sus moradores, día tras día, año tras año.

Quizá en estos días amanezcan más plásticos al viento que de costumbre y más botellas vacías tiradas en los parques o unos cuantos ciudadanos más vuelvan a sus casas de madrugada y quizá más camareros y músicos trabajen hasta altas horas de la noche o quizá suba el índice de consumo unas

PERIFERIA O MUERTE

décimas... pero, eso es todo. Carnaval en Madrid, farsa de la farsa perpetua, máscaras sobre máscaras en sitios dispuestos de antemano y controlados por la protectora autoridad o la mercantil privacidad de unos pocos. Por mi parte, vivo mi propio carnaval por dentro, donde me travisto en mi propia sombra, en una búsqueda estéril de aquella que refleje mi verdadero rostro en el espejo perfecto. Mi carnaval es auténtico por cuanto voy a usar mi disfraz antes de quemarlo y renacer tras la muerte de la carne, la Cuaresma, en una apasionada primavera.

¿Es por eso que mi corazón ha temblado con esa sana locura que creí perdida y que, a veces, temo, ese abismo de locura y de alegría? Ha sido, sin duda, por Lucía. Lucía, con sus veinte años indecisos y claros, ha dado vida a lo que creí abandonada ruina para siempre. No hay duda, ha sido Lucía, que no es ilusión ni ensueño, sino blanda dulzura de contornos de agua, más la fría dureza, la celeste ternura, de sus ojos de niña. Es Lucía, que no es una promesa, sino realidad acariciante y oscura como fuente en su caverna. Es Lucía, que cuando atraviesa mi sonrisa con su punzante mirada... y se la lleva a la boca, a esa boca que ahora escapa de la mía...

-¡Eres un cabrón, Arturo, un hijo de puta! –exclama-. Nunca te creí capaz de hacer lo que me has hecho.

LUIS LUCENA CANALES

Así me ha recibido.

-Perdona, no era mi inten...

-¡Eres un inconsciente! Pero, ¡a quién se le ocurre!

-Es que... tienes toda la razón, Lucía. Perdona.

-Me va a costar meses que mi madre vuelva a recuperar la confianza que tenía en mí, y todo por... ¿por qué lo has hecho, Arturo?

-No sé... estaba mosqueado y rabioso... con tanta pregunta estúpida y...

-A ti te parecen estúpidas porque vives en un mundo donde sólo tú importas, pero no lo son para una madre que quiere y teme por su hija. Ya sé que se preocupa por cosas que en realidad no tienen ninguna importancia; pero, para entenderla, tienes que ponerte en su lugar y no pretender que ella se ponga en el tuyo y comprenda lo que no puede comprender... No sé... ni siquiera sé porqué te he llamado, ni porqué te estoy echando la bronca. En realidad pienso que todo es inútil, que no puedes entenderlo. Lo siento, he perdido la confianza que tenía en ti.

Tiene los codos apoyados en la mesa y se cubre la cara con las manos. Y así permanece, inmóvil, un tiempo impreciso que a mí se me hace eterno. Luego, las junta, me mira con tristeza y dice:

PERIFERIA O MUERTE

-Es que cada vez que lo pienso... no lo puedo entender. No sé qué ganas con ello. Con cosas así sólo logras hacerte daño y hacérselo a los que te rodean. ¿De dónde te viene esa violencia, esa amargura? ¿Cuál es la causa? Ya sé que a ti te importa todo tres cojones, me lo has dicho muchas veces, que tienes bastante con tu literatura, con tu pequeño mundo hecho a tu medida, pero, ¿y los demás, qué somos? ¿Simples personajes que mueves a tu antojo? ¿Marionetas? Y yo, ¿qué soy para ti? ¿Cómo te atreves a pedirme que me enrolle con Vicente sólo para hacerte un favor, es que crees que no tengo sentimientos? ¿Y Vicente, tampoco los tiene Vicente?

-Perdona, nunca pensé que te lo fueras a tomar así: como dices que no eres mía y que, por lo tanto, puedes enrollarte si te apetece con cualquier otro tío, pensé que...

-Y no soy tuya, no te pertenezco, soy libre de hacer lo que quiera.

-¿Entonces...?

-Lo que me molesta es que seas, precisamente tú, quien me pida que me enrolle con otro tío. ¿Es que no lo entiendes? Y además, ¿por qué iba a hacerlo?

-Para ayudar a un amigo.

-Esas cosas no se hacen para ayudar a los amigos. Las personas tenemos sentimientos, ¿o no lo sabías?

LUIS LUCENA CANALES

- Es que mi colega estaba en un verdadero apuro.
- Por lo que se ve para ti sólo cuenta ese colega.
- No, no es eso. Se trataba de un asunto de vida o muerte.
- ¿Y no había otra manera de arreglarlo?
- Puede, pero... teniendo en cuenta la mezquindad de Vicente, creo que sólo había esa manera.
- No, si ahora va a resultar que el culpable es Vicente.
- Él nunca hubiera accedido a que mi colega se quedara en su casa a no ser que... Los acontecimientos ocurrieron tan deprisa... todo me llevó a pedirte que lo hicieras, no sé muy bien porqué... Lo siento. No sé qué me ocurre. Sé que no soy un ángel, pero tampoco soy un demonio. O mejor dicho: no sólo soy un demonio. La danza que me anima es una danza de fuego, una danza salvaje en torno a un fuego interior que no cesará hasta incendiar mi casa y todo lo que me rodea, incluida tú.
- Pues, apaga ese fuego.
- No puedo sin negar al mismo tiempo mi propia naturaleza.
- Muy bien, pues, quémate en él, si ese es tu deseo, pero, ¿qué pinto yo en todo eso?
- Tú eres el agua que puede apagar ese fuego.
- ¿Me has preguntado si quiero ser ese agua?
- Te lo estoy preguntando, Lucía.

PERIFERIA O MUERTE

-Yo no quiero ser ese agua -lo dice porque está cabreada, pero yo sé que no lo siente-. Además, de qué fuego me hablas. ¿Hablas de destruir o de transformar el mundo?

-Para crear algo nuevo es preciso previamente destruir ¡Dancemos alrededor del fuego que brota de nuestras entrañas, que la poesía queme los cimientos mismos de nuestra vida, que se extienda por los valles y se eleve hasta las cumbres, que ardan las ciudades y se consuma hasta la extinción final el corazón congelado de los hombres!

-¿Da igual de qué forma, con qué medios?

-Sólo el fin importa.

-No sigas, Arturo, me das miedo.

-No puedo parar, Lucía. Estoy atrapado en un violento proceso que me arrastra, a mi pesar, no sé si a un paraíso o a un infierno, aunque eso ya no importa... que me lleva por lugares y tiempos extraños, por parajes de paisajes alucinantes donde nunca antes estuve y donde seguramente nunca volveré. No sé qué sentido tiene este viaje, ni la causa que lo anima, si es que existe alguna. Aunque lo intento no logro ver el final, ni su significado, pero intuyo (con una claridad no sé si diabólica o divina) que estoy irremisiblemente abocado a la renovación o a la destrucción absolutas. Y lo acepto. No tengo voluntad, mi voluntad ha muerto. Pero, no creas que alucino, mi viaje es

LUIS LUCENA CANALES

mucho más real que vuestras anodinas vidas. Me estorban vuestra mezquindad y vuestro miedo, así que los aparto con enterísimo gesto, yo: que no creo en nada y por eso creo en todo, yo: reflejo invertido del caballero andante, yo: contrapuesto al héroe y redentor de nada, yo: al margen de la nobleza, aún más noble que ella, yo: exceso del lujo, justamente lujoso por ello, yo: desecho del poder, con un poder más vigoroso, yo: la aristocracia del lumpen, pues ya no queda otra aristocracia, amoral como el superhombre. Por fin, me estoy enfrentando a mí mismo. Ya no me importa la valoración moral de mis acciones, ni el sufrimiento que implican, sólo me importa la verdad que hay en ellas. A no ser que el amor, tu agua, Lucía, me salve sólo me queda un camino. Y dicho está.

-Estás loco, Arturo.

-No yo, sino el autor que me crea... ahora siento que soy yo quien a él le crea sin quererlo, y eso que proporciona una fuerza sobrehumana.

-No te entiendo, me das miedo y al mismo tiempo...

-Paga, no tengo un chavo, y vámonos, Lucía. El final aguarda.

PERIFERIA O MUERTE

Caminamos en silencio. Voy tejiendo a nuestro alrededor un nido de frágiles plumas y ella se deja envolver en su penumbra. Mi mano se posa en su cintura. De pronto, ella se suelta.

-Tengo que irme. He quedado con unos amigos –dice.

Si ella quisiera... pero no quiere. Quiere volar lejos del palomar, de su nido, con mi futuro prendido de sus alas, para romperlo, precisamente ahora que mi pasado muere. Vuelvo a intentarlo.

-Espera. Aquí al lado vive un amigo, Rubén se llama. Me llamó hace unos días, quería que leyera unos poemas en su fiesta. Tomemos unas copas y luego te vas. Anda, por favor, va a ser sólo un momento.

-No puedo, Arturo, ya te he dicho que he quedado con unos amigos. Otro día nos vemos.

-¡Espera! ¿Es que ya no me quieres?

-No sé si te quiero.

-Vamos, aunque no me quieras, es sólo un momento. ¿No lo harías por cualquier otro amigo? Te he escrito un poema...

LUIS LUCENA CANALES

Desde la calle se oye música de fiesta en el piso de Rubén, un piso inmenso en el que estuve viviendo durante algunos días cuando comencé a estar enganchado. Rubén, un hijo de papá medio pintor, medio poeta, al que acabé levantando la cubertería de plata de mamá, espero que no se acuerde, celebra el carnaval con un grupo de amigos de su misma cuerda. Se alegra, de verdad, al verme: un tipo como yo puede resultar muy decorativo en ciertos ambientes y además está Lucía, con sus hermosos veinte años indecisos y claros y su blanda dulzura de contornos de agua, más la fría dureza, la celeste ternura, de sus ojos de niña.

Me saluda Rubén con un apretón de manos y elegantes palabras de bienvenida, disfrazado del clásico diablo con tridente, cuernos y rabo. Yo, sonrisa de oreja a oreja y disímulo, por si acaso, aunque, con el pedo que tiene seguro que ni se acuerda de la cubertería de plata que le bailé *in illo tempore*. “Cojonudo que hayas venido, dice, vamos a hacer la lectura de poemas dentro de un rato.” Luego, besa, descontroladamente, a Lucía y se la lleva entre la turbamulta, susurrándole picardías al oído, lo sé porque ella se las ríe.

Me abro paso entre los invitados. Algunas caras muy conocidas, famosillos con los que podría hacer, si me lo propusiera, algunas sabrosas comidillas idóneas para la prensa

PERIFERIA O MUERTE

carroñera. Llego al salón, donde varias parejas bailan al ritmo de una música exasperadamente lenta, movimientos de acuario, entre el humo del tabaco y otras hierbas. Me dirijo a la mesa de las bebidas y me preparo un ron con cola. Curioseo entre los grupos que conversan y ríen en los pasillos, en la terraza. Luego, vuelvo a la mesa de las bebidas, mi vaso está vacío. Lo estoy llenando cuando alguien me toca por la espalda. Se trata de una monja de hábitos negros, algo ceñidos a la cintura, toca plisada, ancha, y pectoral de un immaculado blanco sobre el que reposa, sobre la línea de los senos, un crucifijo invertido de esmalte rojo con remaches dorados. Una monja satánica, de belleza enigmática, fumándose un porro de maría.

-Y tú, ¿de qué vas, colega? –dice, con sonrisa entre lujuriosa y cándida.

-Yo voy de auténtico. Acabo de llegar y no me entero.

-¿Nos conocemos?

-Voy sin disfraz.

Me pasa el cigarrillo sin dejar de mirarme, con fijeza, a los ojos. Esos ojos que incitan al suicidio, a la profanación, a la blasfemia...

-¡Vente conmigo! –susurra, muy cerca de mi oído, mientras sus dedos buscan, lentos, el lóbulo de mi oreja y, una vez

LUIS LUCENA CANALES

encontrado, lo toman, lo aprietan, tiran de él, lo hacen suyo, al tiempo que una risita maliciosa se escapa de su boca como de su cueva un murciélago negro y ciego.

-Perdona, me llaman -Me atrapa un excitante escalofrío y retrocedo, escapo en busca de Lucía. Al tiempo que le devuelvo el canuto. He notado el dolor de un recuerdo olvidado, una leve amargura no delimitada, aguda como una espada, en un lugar indefinido. La María me hace tan sensible.

Me siento, confundido, en un sofá estampado de colores violentos, como un robot exactamente programado para sentarse, y bebo del vaso que tengo en una mano porque para eso estoy también perfectamente programado. A continuación, no tengo sentimientos. Soy dos pupilas, abriéndose y cerrándose, como mecánicos objetivos de una cámara fotográfica. Registro a un jabato que morrea con la monja que me abordó hace un instante en la mesa de las bebidas. Ella deja ver, sin ningún recato, su liguero abigarrado de tenues encajes morados con delicados toques rojos y amarillos, entre los negros faldones del hábito.

Inmóvil observo la progresiva, excitada, agitación de los invitados, entre las paredes atrabancadas de los decorativos cuadros de Rubén, entre los lujosos muebles, sobre el parqué manchado con restos de canapés y bebidas y

PERIFERIA O MUERTE

los gritos y las risas sobre los gritos y las ondas de la música que flotan en el aire confundidas con los gritos y el humo de los cigarrillos, de los porros, de sudor mezclado con perfumes raros, caros, exquisitos.

Rubén, lo conocí en un *pub* de moda, al que solía ir con Lilit, aquella diablesa que me introdujo en la heroína. Era la época en que yo empezaba a tontear con el caballo. Traficaba con pequeñas cantidades para conseguir mis dosis. No tenía a donde ir. Conseguí atraer su simpatía y me permitió vivir con él durante un tiempo. Creyó que tener un camello en casa, que además era poeta y escribía, suponía una comodidad más para su vicio y algo distinguido, una pasada más de la que presumir con sus amigos. Pero se equivocó. Quizá habría funcionado si yo hubiera sido un profesional, pero yo sólo trapicheaba para mi consumo, a mí el negocio siempre se me dio muy mal.

Rubén no se coscaba de la movida de la droga, inmerso como estaba en la otra movida. Pero es que yo tampoco. A mí me bastaba entonces con una papelina o dos al día. Aunque más tarde, cuando Lilit y yo nos tragábamos por la vena toda la que yo trapicheaba y ninguna era demasiada ni suficiente,

LUIS LUCENA CANALES

pues siempre era posible un poco más, entonces, le pedía dinero y, cuando no me lo daba, le bailaba cualquier cosilla que encontraba, como esperándome, por la casa. Así hasta que le levanté la cubertería de plata de mamá y eso era demasiado. Me echó de su casa. Eso sí, con exquisita educación y una buena excusa. Sus padres venían a hacerle una visita y por nada del mundo admitían realquilados en su casa. Y me alegré, aunque a partir de entonces tuviera que dormir otra vez al cielo raso, entre los alcohólicos y mendigos de la calle.

Me exasperaba su frivolidad, su prepotencia, su indiferencia, su negligencia, su autosuficiencia, su indolencia, su disimulada torpeza y vacilona inocencia de niño bien entre la canalla callejera y, al mismo tiempo, como por encima de ella. Pero yo disfrutaba entre sus amigos, gente culta, profesionales, gente de la comunicación, de la literatura, del arte... Y Lilit, qué fue de Lilit. Se perdió, como tantos, en aquel hoyo sin fondo hoy lleno de cadáveres, cuando mi vida se convirtió otra vez en una permanente huida.

Solo y Lucía perdida por salones de espejos de reflejos vacíos... donde, por fin, encuentro su imagen. Está bailando

PERIFERIA O MUERTE

con Rubén, que le debe de estar diciendo algo muy divertido al oído, pues se ríe con ganas. Me acerco.

-Qué te cuenta de mí, este diablo.

-Oh, oh, oh... –exclama muy risueño Rubén-. No es lo que te imaginas, amigo. Le contaba a Lucía lo de la cubertería de plata que me levantaste. Pero, no te preocupes, para mí está olvidada. Sobre todo ahora que te has rehabilitado. Me alegro por ti, de veras, Arturo –Nos miramos, en nuestros ojos algo más que silencio.- Y ahora perdonarme, me reclama una vampiresa por aquella parte. Ah, prepárate vamos a dar comienzo a la lectura de poemas... por supuesto, jocosos.

Y se va echando humo, con el pasito tópico de Mefistófeles. Ya estamos, Lucía y yo, de nuevo, frente a frente. Nos quedamos quietos mirándonos a los ojos, un buen rato, fundiendo nuestras almas en un mismo vacío. Y no sé si sus ojos reflejan amor o indiferencia o asombro. Luego, me sonrío y toma mis manos. Hacia mí la atraigo y nos besamos, muy despacio. Bailamos, no por bailar, sino por estar cerca, juntos. Me comenta:

-Es simpático y te aprecia.

-¿Rubén?

-Me ha contado cosas de ti que no sabía...

-¿Buenas o malas?

-Lo mejor, la manera de contarlas. Él te aprecia.

-¿Quieres tomar algo? –La interrumpo. Asiente con la cabeza. Seguimos unidos por las caderas. Nos miramos: sus ojos, sumideros para los navegantes enamorados, ante el cual no pueden hacer nada, nada, sino rendirse-. ¿Te parece bien un cubata? ¿De qué lo quieres?

-Me da lo mismo. ¡De lo que tú quieras!

-¿Te parece bien de ron? –vuelve a asentir, sin decir palabra-. Vamos.

Nos dejamos arrastrar por la corriente que al salón se mueve. Se ha extendido la consigna de que comienza la lectura de poemas. Nos encontramos a Rubén de frente:

-Arturo, quiero presentarte a Mariano, poeta y editor... Lucía me ha dicho que estás escribiendo una novela. Quizá Mariano esté interesado en publicártela.

Mariano, el jabato que morreaba en el sofá con la monja de los ligeros morados con delicados toques rojos y amarillos es un joven simpático y expresivo. Nos saludamos y apenas si hemos comenzado a tantearnos cuando Rubén me invita a leer. He preparado una pequeña selección de mis

PERIFERIA O MUERTE

poemas más cáusticos. Lo que pretendo es molestar a la audiencia, no hay placer más exquisito. Comienzo con una cita de Miguel D'Ors: *nada más peligroso que un poeta*. Leo a continuación

SERMÓN DEL HOMBRE AUTÓMATA

Yo me despierto Yo me desperezo Yo me acuerdo de mis obligaciones del día Yo me ducho Yo desayuno Yo me fumo un cigarrillo Yo salgo de casa no sin antes dar un beso de despedida a mi esposa y a mis hijos Yo saco el coche del aparcamiento Yo pienso en la otra en el embotellamiento Yo me fumo un cigarrillo mientras llamo hijo de puta a más de uno Yo pienso en mis obligaciones del día Yo pienso en el partido de la tarde en el embotellamiento Yo ficho en el trabajo Yo trabajo Yo trabajo Yo trabajo Yo miro a Mari Carmen Yo miro la tenue línea de sus pechos Yo me pongo cachondo mirando sus piernas y su culo Yo me fumo un cigarrillo Yo trabajo Yo odio un poco a mi jefe Yo me fumo un cigarrillo Yo trabajo Yo trabajo Yo trabajo y me fumo de vez en cuando un cigarrillo Yo como mientras hablo de fútbol con mis compañeros Yo me tomo un café y me fumo un

LUIS LUCENA CANALES

cigarrillo Yo trabajo Yo desprecio a Jose Mari Yo odio un poco a mi jefe Yo miro a Mari Carmen Yo miro la tenue línea de sus pechos Yo me pongo cachondo mirando sus piernas y su culo Yo hablo de fútbol con mis compañeros Yo me fumo un cigarrillo Yo trabajo Yo trabajo Yo trabajo y me fumo de vez en cuando un cigarrillo Yo salgo del trabajo Yo pienso en el partido de la tarde Yo pienso en la otra Yo pienso en mi esposa Yo odio a Jose Mari Yo pienso en Mari Carmen Yo pienso en la tenue línea de sus pechos Yo me pongo cachondo pensando en sus piernas y su culo y me fumo cinco cigarrillos en el embotellamiento de la tarde mientras llamo hijo de puta a más de uno Yo vuelvo a mi casa Yo dejo el coche en el aparcamiento Yo saludo a mi esposa y a mis hijos Yo veo la tele y me fumo un cigarrillo Yo veo la tele y me fumo siete cigarrillos Yo veo el partido de la tarde Yo me bebo un cubalibre y me fumo nueve cigarrillos Yo veo la tele Yo veo la tele Yo veo la tele y me fumo de vez en cuando un cigarrillo Yo veo la tele mientras ceno Yo veo la tele mientras mi esposa ve la tele Yo veo la tele mientras mis hijos ven la tele Yo veo la tele y me fumo cinco cigarrillos Yo doy un beso de buenas noches a mis hijos Yo me

PERIFERIA O MUERTE

acuesto y pienso en mis obligaciones del día siguiente Yo pienso en Mari Carmen Yo doy un beso de buenas noches a mi esposa Yo duermo Yo duermo Yo duermo Yo quizá sueñe con la otra Yo quizá sueñe con mi jefe Yo quizá sueñe con el partido del domingo Yo quizá sueñe Yo me despierto Yo me desperezo Yo me acuerdo de mis obligaciones del día Yo me ducho Yo desayuno Yo me fumo un cigarrillo Yo salgo de casa no sin antes dar un beso de despedida a mi esposa y a mis hijos Yo saco el coche del aparcamiento Yo pienso en la otra en el embotellamiento Yo me fumo un cigarrillo mientras llamo hijo de puta a más de uno Yo pienso en mis obligaciones del día Yo pienso en el partido de la tarde en el embotellamiento Yo ficho en el trabajo Yo trabajo Yo trabajo Yo trabajo Yo miro a Mari Carmen Yo miro la tenue línea de sus pechos Yo me pongo cachondo mirando sus piernas y su culo Yo me fumo un cigarrillo Yo trabajo Yo odio un poco a mi jefe Yo me fumo un cigarrillo Yo trabajo Yo trabajo Yo trabajo y me fumo de vez en cuando un cigarrillo...

LUIS LUCENA CANALES

He sacado un cigarrillo y fumo mientras observo la
reacción del público: algunos ríen. Yo sigo:

BREVE ÉPICA DEL HOMBRE POSTMODERNO

fustiga a tu máquina
con látigo de trenzado acero
por yermas autovías desoladas
tu griterío guerrero
ha muerto el pasado no hay futuro
el presente es mío uno más uno es cero

Quizá no haya más que decir, pero yo prosigo con fervor
antipoético:

UN PERRO ANDALUZ HUSMEA
EL RASTRO DE LOS POETAS
POR LAS ESQUINAS

Recorro las calles
como un mendigo
con la linterna de Diógenes me paseo por los
libros
estoy buscando a un hombre

PERIFERIA O MUERTE

... ya sé
que os traicionaron vuestros mayores
hilando como orugas un capullo dorado
con el sudor de la noche
y a salvo de la noche de sueños corrompidos

... ya sé
que no os creéis
las malas películas que os cuentan
los virtuales guionistas
de íntima crueldad disimulada
que mañana al despertar se pegarán un tiro

... ya sé
que no deseáis
más de lo mismo

... pero si no veis
a la serpiente arcana de vibrantes anillos
relampagueando en el lecho de rosas de las otras
trivialidades

... no veis
a la serpiente arcana
hermanando la vida y la muerte
en vuestros corazones

LUIS LUCENA CANALES

... no veis,
ay, qué pena,
a la serpiente arcana en vuestros corazones
antisentimentales
ni la estéril autofagia de las bellas palabras, ay

Y sigo:

A LOS POETAS GRILLOS

Pero, ¿de qué leche hablan los poetas:
de palabra condensada, de polvo en el sendero, de
líquida belleza
o quizá de gaseosas miradas
que se cruzan
desde ninguna parte a ningún sitio
como senderos de cabras en el cielo?
¿Qué dicen los poetas
sociales u oníricos o empíricos o cultos o neos o
íntimos o místicos u holísticos o de la banda de
la última poesía
o listos pillos abismándose en rotos brillos
o aquellos sin meta tras la meta

PERIFERIA O MUERTE

poética que, al fin y al cabo, es teta o es peta o
es peseta o es jeta...

... todo lo cual me importa un pijo?

¿Qué es seso o sexo

eso tan lejos de la Madre

como una siseante ventana en el ombligo?

Yo voy tras el trisco

ondular de las serpientes

por donde bufo sus máscaras asoma

voy tras el brizo

donde se mezclan todos los sudores de las razas

tras lenes explosiones de mecánicos cilindros

y en el rizo contoneo de las hembras

los dulces chirridos

de mi cama recomponen

las fatuas palabras de los libros.

Y termino, comenzando con una cita de José Luis
Borges:

*No lo turba la fama, ese reflejo
de sueños en el sueño de otro espejo.*

LUIS LUCENA CANALES

de una pieza

algo perdido

se le vio

casi se le vio

reír un día hasta troncharse en dos

y roto

clamando a Dios

en la misma puerta del abismo

ya nunca más se le vio

dicen que subió

una escalera

hasta una puerta

en ésta, una inscripción:

DEUS PATER, EDITOR

"espero, dijo, que tenga buen humor"

Me halagan con sus risas. Quiero leer, por eso, algo más íntimo, más sentimental, incluso. Leo mirando a los ojos de Lucía:

Aun cuando me como el bicho de la luna

y me alejo

o me fumo la piedra de mi tumba

PERIFERIA O MUERTE

y me pierdo
tarumba con el humo de mis versos,
o me inyecto el polvo de una historia
y te dejo
por la droga de mis sueños,
aun cuando me escapo del grato cautiverio de tus
besos,
nuestro amor
es una llama
con dos cuerpos.

Nuestro amor:
dos cuerpos
que se queman
en una sola llama
aun cuando me pierdo.
Yo sin ti no soy nada.
Amor, tú me das vida,
tú me das el aliento,
alma que pone en movimiento
mi corazón herido.

Sin ti, amor, yo no soy nada,
sólo tinieblas, dolor y tiempo
diluido en la sangre de un tintero,
sólo palabras.

LUIS LUCENA CANALES

Por eso, amor, te pido,
ya sé que es demasiado,
paciencia, amor,
con mis excesos.

Se oyen comentarios favorables mezclados con risas y aplausos. Mariano se me acerca y me da su tarjeta. Me ruega que le llame. Yo, esbozo una sonrisa de compromiso y me disculpo. Busco a Lucía, me interesa saber lo que ella siente pues para ella y sólo para ella leí mis poemas.

Por fin, la encuentro. Triste la mirada pero sonriendo me saluda con la mano y la siento tan lejana como si estuviera muerta. Como si frente a su tumba mirara su fría fotografía, que ahora me recuerda otro tiempo, una vida ajena, un rostro desconocido, como si hubiera muerto antes de que yo naciera.

-¿Te ha gustado el poema?

-Sí...

-¿Quieres tomar algo?

-Bueno.

¿Te parece bien un cubata? ¿De qué lo quieres?

-Me da lo mismo. ¡De lo que tú quieras!

-¿Te parece bien de ron? –vuelve a asentir, sin decir palabra-

Espérame aquí, ahora vuelvo.

PERIFERIA O MUERTE

Maldita la hora, pues, al separarme de ella, sentí como mi corazón se convertía en el epicentro de una catástrofe, de un terremoto que partiera el salón en dos mitades, quedando cada uno en un extremo, alejándonos sin poder evitarlo. Pero a pesar de todo me dejó llevar por la marea, alcohólico reflujo hacia la mesa de las bebidas, a la que, por fin, después de muchos empujones, arribo. Busco los vasos, el ron, la cola.

-Creo que nos hemos visto antes en otro sitio –dice, vacilona, detrás de su antifaz, la del disfraz de monja, atrayentemente bella como un tabú a punto de ser profanado. No estoy para bromas, nublado está mi cielo, Lucía me espera. Quizá, por eso, respondo tan sin ganas, algo tan anodino, tan para salir del paso y que me deje.

-Puede, pero no recuerdo.

-¿Que no recuerdas, so cabrón?

Tiene la faja apretada esta máscara beoda. Será mejor seguirle el rollo.

-Espera. ¿Tú no serás...? Pero, ¿cómo no me di cuenta antes? Tú eres aquella mojigata española que no quiso joder con Casanova.

-Antes de eso digo. En una vida anterior, yo fui de verdad monja.

-Y yo aquel cachondo caballero veneciano.

LUIS LUCENA CANALES

-Bien pudiera ser, pero creo que lo dices de coña.

-¿O quizá la monja Garoza que murió presa del mal de amores por el Arcipreste de Hita?

-Antes de eso yo era bruja.

Con sonrisa inocentemente rijosa y mirada enigmática se desabrocha, mostrando el tatuaje de una cabeza de sierpe que enseña los dientes sobre el alto globo de uno de sus senos, escasamente cubiertos por un breve sujetador de rizados rojos y verdes-. ¿No me reconoces ahora?

Esta tía está como una cuba y, además, está loca, pero es tan diabólicamente hermosa que (¡ay, simulacro de pecado más dulce aún que el pecado!) seduce e incita a profanar el santo voto de sus hábitos.

-Pues, la verdad... no sé... eres... de una hermosura tan... perversa... que bien pudieras ser realmente... una... bruja...

-titubeo entre la farsa y la realidad del deseo.- Ah, ya caigo...

-Ya has caído.

-... tú fuiste en otra vida una bruja muy conocida quemada en la hoguera... -imagino a Lucía esperándome y sigo ese pensamiento.- Lo siento, tuvo que ser muy jodido pero, ahora, tengo cosas más importantes que hacer que refrescar mi memoria, refrescar mi gástrico, me muero de sed. Preparo dos cubatas.

PERIFERIA O MUERTE

-A mí me gustan de ron, como a mi gato.

Y fue en ese preciso momento, por una asociación de ideas, cuando se levantó el último velo del insondable pozo de mis cadáveres.

-Tú, tú, eres... Lilit.

-¡Ah, por fin has recordado, cabrón, hijo de loba! –exclama, se arranca el antifaz, y luego sigue, monorrítmicamente, en voz muy baja.- ¡Tú, tú fuiste, so cabrón, el inquisidor que me mandó a la hoguera, tú, tú fuiste, hijo de la gran puta, sapo barrigón, hijo de loba, tú fuiste! ¡Caigan sobre ti y tus descendientes mil maldiciones juntas, que el cáncer te estrague, que el sida te joda, que te florezcan como muérdago en el culo almorranas, que como hato de víboras se te atragante un mendrugo en la garganta y que los humúnculos de las profundidades anales de Satán y otras pestilencias de sus intestinos te ahoguen con sus inmundicias y que se te caiga el pelo y quedes para siempre pelón!

Me he quedado tan confundido que lo único que de mi boca sale es un balbuceante y tímido “lo siento, de veras que lo siento, no era mi intención, lo siento.” Y me he sentido tan ridículo... Su rostro es tan semejante al recuerdo que de él conservo que pareciera que no ha pasado el tiempo. Es, sin embargo, otra.

-No importa –dice ella, sin inmutarse, y a continuación, en un tono más amigable-. Creo que ya has pagado suficientemente tus pecados en esta vida. Por mi parte, ya no tengo nada que reprocharte, antes bien, agradezco tus disculpas. Cumpliste con tu obligación, eso es todo. Yo hubiera hecho lo mismo.

-Entonces, si me lo permites, voy a preparar los dos cubatas, que me están esperando, ¿sabes?

-Sólo si me concedes el próximo baile.

Lo mejor será escabullirse, pienso; mas, sin darme tiempo a evitarlo, se agarra a mi cintura y comienza a llevarme moviéndose, primero, muy lentamente, serpenteando al ritmo de la música y, luego, saltándose el compás como una loba parturienta que llevara el feto atravesado. Echa sus brazos, como hidra, por encima de mis hombros y anuda un lazo. Y así quedo envuelto como para un regalo. Listo para viajar a donde sus deseos me lleven.

No reacciono. De su piel emana una calor subreal, seductor y maligno, que me enloquece. Ahora lo entiendo, ella seguía estando ahí, en ese rincón inexplorado de mi sombra y, ahora que ha vuelto, ya sólo deseo ir a donde ella me lleve. Ya nada de todo lo demás me importa. He de dar luz a ese rincón, saber, que se oculta tras ese recuerdo olvidado. Y aunque

PERIFERIA O MUERTE

percibo un oculto peligro a la bestia me entrego, pues resulta agradable y dulce de igual forma.

No sé cómo ha sucedido: sin buscarlo, sin desearlo y deseándolo simultáneamente, como el terrible sufrimiento que acaba con todos los sufrimientos. Estoy tirado por los suelos con esa mujer en una habitación en penumbras, sus negros hábitos caen enredándose en sus curvas como tempestuosas olas y como sedosas vainas se abren mostrando sus secretos frutos, mientras le susurro al oído: dónde has estado todo este tiempo, mi loca.

Bailamos al ritmo de una misma llama y cuando llegamos al ápice del sexo nos lo llevamos a la boca. Ahí nos detenemos, lo gozamos, marcándolo con la lengua, pellizcándolo, mordiéndolo, sorbiéndolo... Es mucho más que el recuerdo de cómo se nos iba el día chutándonos y follando sin parar sobre aquella sucia cama y ahora, como entonces, uno a otro nos bebemos y palpamos y cuando ya hemos suficientemente reconocido con lenguas y manos cada uno de los secretos más escondidos de nuestros cuerpos, con rápido movimiento se levanta, se arrodilla, se pone a cuatro patas, las

LUIS LUCENA CANALES

manos en las nalgas y con gesto impúdico, se abre, y, girando la cabeza, me suplica con los ojos que la tome... Y ahora, como entonces, cuando voy a hacerlo me repite: Espera, antes vamos a ponernos un pico. La coca te la pone dura.

Hoy de nuevo he visto el brillo de los néctares arder en un fuego delicioso, divino y demoníaco... no sé, he vuelto a amar los mismos rotos reflejos en sus pliegues de ceniza. He vislumbrado, otra vez, el misterio sin velos de la cripta donde yace oculto el secreto de la vida a condición de la entrega sin reservas a la muerte. Y, sin dudarlo un instante, la muerte he elegido.

Y es una procesión de cadáveres levantándose de sus tumbas. Por fin, esas tumbas vaciándose debajo de los hábitos dispersos, la toca medio caída, el cuello torcido, la cabeza vuelta, descompuesta la boca, chispeante el cristalino, muy cerrada la pupila, rota la cintura, las piernas convulsas, desbocadas las ninfas, y agarrándola por las caderas, la traigo hacia mi miembro que ya principia a ahondar cuando recula, me lo aprieta, lo levanta un poco y lo lleva a la puerta misma del misterio: ese arco donde termina la tierra y comienza el

PERIFERIA O MUERTE

abismo, ese círculo astricto que al empujar se despliega, esa irreductible grieta que se abre volviéndose todo periferia, esa puerta secreta del templo que sólo los iniciados conocen y se atreven a hoyar y a escudriñar con su linterna en sus huidas sin miedo... húmeda y caliente por dentro, muy laxa y abierta... Y es una procesión de cadáveres levantándose de sus tumbas... estoy dentro y soy ella, ella, mi alma gemela, satisfecha por su alma gemela, Afrodita y Dionisos renaciendo en brazos del Dios hermafrodita. Yo soy ella, siento que he sido yo el poseído, mi matriz fecundada por un rayo que arde como una llama de oro sobre un altar, en un jardín helado por la luna. He viajado al fondo de mí mismo: soy yo y ella al mismo tiempo, andrógino sin atributos... y veo por los ojos de mi hermana Lilit-Agathe, alucinado, las fantasmales figuras del techo, entre las que distingo el rostro de Lucía, llamándome...

-¡Arturo, Arturo! ¿Estás ahí? ¡Me voy! ¿Te vienes? -y Lucía, su figura recortada contra el rayo de luz de la puerta abierta, proyectando su sombra contra el techo, así nos ha visto, enroscados y exhaustos, tirados en el suelo, como tras una huida espoleada por el terror a vernos encerrados en el camarote atrancado de un barco que naufraga, con la cabellera flotante al vaivén de las olas, cadáveres mordidos por los

peces, enroscados y exhaustos... -. ¡Oh, no, no, no! ¡Maldito perro!

Volviendo a mi ser me he levantado al tiempo que gritaba: “¡Lucía, Lucía!”, y la puerta se cerraba y volvían las sombras llenas de olor a sexo y a recuerdo.

-¡Lucía, Lucía!

-Venga, hombre, que no es para tanto. Una mujer menos... una mujer más.

-Una perra más, un perro... Guau, guau, guau!

Me visto rápidamente y al salir tropiezo con Mariano, que está buscado a su novia. Me lo quito de encima como puedo, sé que estoy despreciando un glorioso futuro. Mi novela puede esperar o, incluso, irse a la mierda. Todo lo que había de literatura en mí ha muerto. Sólo me importa recuperar a Lucía. La busco. Rubén no ha vuelto a verla. Ya en la calle, corro sin rumbo, mientras creo ver su cabellera flotando entre el gentío, cuando vuelve el sentido del ser a sí mismo idéntico en las miradas reflejadas en los escaparates, aquellos ojos, inútilmente... sé quién he sido pero no quién soy...

-¡Guau, guau, guau!

PERIFERIA O MUERTE

Me siento desgraciado y triste, extraviado entre las muchedumbres, castigándome por lo estúpido que he sido (¡La he perdido, ay, definitivamente la he perdido!) Mi mejor amigo y mi mayor enemigo viven dentro de mí. Por eso callo, no más palabras.

-¡Guau, guau, guau!

Epílogo

PERIFERIA O MUERTE

Arturo Alba Uribe fue detenido, unos días después, en la calle, bajo los efectos de la heroína. A los pocos días de ser encarcelado me envió el diario con una nota que decía:

*¡Tened piedad, tened piedad de mí
al menos vosotros, mis amigos!*

François Villon

Te escribo, amigo, desde la cárcel. Si quieres conocer las circunstancias previas y los motivos lee el diario que te envío. Sabemos que toda historia es mucho más que lo contado pero, al fin, es todo lo que queda: palabras como cenizas tras el incendio de los días. He sido acusado de ser cómplice de El Choli. Ninguno de los dos recordamos, sin embargo, si de aquel encuentro, aquella noche, nació un crimen o la promesa de un libro.

Nadie, ni lumis, ni chorlitos, ni siquiera el dueño, nadie de los que estaban en aquel garito

LUIS LUCENA CANALES

en el momento del crimen ha declarado en contra nuestra, quizá, por miedo a verse implicados.. quizá porque a nadie le importa nada ni nadie, sino seguir realizando la rutina que llamamos vida y soñando que hay algo de verdad en lo que soñamos.

Pondría la mano en el fuego por El Choli, soy inocente. Sin embargo, Vicente ha confesado hechos que nos incriminan, si bien, hasta no ser detenido el verdadero asesino, no podré demostrarlo. El verdadero autor se esconde como un espectro por las calles que fueron para mí reino de completa libertad y pone en entredicho la absoluta inocencia de mi vida. Ahora estoy seguro, contra toda evidencia, de que el verdadero asesino es el que queda libre. Pero no me importa, pues, todo se aclara, todo tiene por fin sentido.

Yo es otro.

Tenía intención de visitarle pero me avisaron de que, unos días después de su ingreso, sufrió una crisis nerviosa y había sido internado en el hospital psiquiátrico. Una semana más tarde recibí otra carta suya:

PERIFERIA O MUERTE

No, amigo, no, no soy otro. Y para demostrártelo te contaré que -acabaré por fin mi historia- caminaba en la oscuridad de la noche, por un bosque sin senderos, perdido. Me encontraba en un punto en el cual convergían dos espacios opuestos que se perdían, uno, hacia un infinito de luz, otro, hacia un infinito de tinieblas. De uno y otro ámbito surgían sutiles seres de luz y sombra que me llamaban. Y allí estaba él

-¡Ajajúí! -grita.

-¿Qué quieres de mí?

-Te vendo una entrada al Templo de la Gloria.

-¿Qué pides a cambio?

-¡Tu alma!

-¿Mi alma? ¿Tan poco pides? ¡Tuya es!

-¡Ajajúí!

Dentro del templo de lejanas paredes alguien leía un libro. Me acerqué por su espalda y vi un agujero redondo como un pozo en su coronilla y, dentro/desde atrás, sus ojos entre cientos, miles, millones de ojos caídos, hastiados, deseosos de una pizca de amor en otros ojos, el fin reflejado en esos ojos altivos, solitarios, orgullosos

LUIS LUCENA CANALES

laberintos sin salida... y ni una pizca de amor en esos ojos.

Yo era el otro, mi eterno enemigo.

Yo quería ser distinto, no aquel vulgar ciudadano que se acerca al mundo de la calle como voluntario, a través de acciones solidarias, o reportajes televisivos, películas o libros... sino el héroe mismo de la historia, su protagonista... y heme aquí, vencido por el autor de mi propia historia.

Tú sabes, como yo, que si soy el asesino también soy el traidor, el escritor y el hombre aquel al que miro leer mi libro, tú, mi lector. Por lo tanto, sin atributos, ya anulados los contrarios, no existo...

...bien sé que mi vida es reflejo de otra luz.

De tanto en tanto llamaba al hospital preguntando por él:

-Sin cambios apreciables en su estado -respondía una anónima voz femenina al otro lado del teléfono.

PERIFERIA O MUERTE

Lo del asesinato se aclaró inesperadamente al confesar un tercero en la sombra.

Para darle la enhorabuena fui a visitarle. Apenas hablamos. A menudo nos sorprendíamos observándonos a hurtadillas con la mirada cómplice de quienes comparten un secreto que nadie más conoce. Aparentemente era el de siempre.

Cuando ya me iba me pidió que me despidiera del autor, de su parte.

-¿Del autor? –pregunté.- ¿Qué autor?

Él se limitó a hacer un corte de mangas mientras sonreía con un rictus extraño.

Sé por otros que, poco después, le dieron el alta y que vive una vida tranquila en algún lugar del sur.